MI ENEMIGO Y YO

LUISA MARÍA LINARES

La Cuadra
— ÉDITIONS —

Luisa María Linares

MI ENEMIGO Y YO

La Cuadra
– ÉDITIONS –

Mi enemigo y yo | Novela escrita en 1939
Copyright ©LaCuadraÉditions2021
139 Rue d'Alésia 75014 Paris
Producción | MEL Projects
Depósito legal | Octubre 2021
Diseño de portada | Grégoire Dalle

ISBN: 979-8451503850

Todos los derechos reservados.
Bajo condiciones establecidas
en las leyes, queda expresamente
prohibido sin autorización
escrita del titular del copyright,
la reproducción total o parcial
de esta obra, por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la
reprografía y el tratamiento
informático.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. ISABEL EN VILLARZA
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
SEGUNDA PARTE. ISABEL EN LONDRES
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
TERCERA PARTE. ISABEL Y LA GUERRA
XVIII
XIX
XX

La cuadra es el lugar donde crecemos compartiendo entre vecinos discos, libros y a veces besos...

La Cuadra Éditions nace de este espíritu, del deseo de reeditar los libros de la novelista española **Luisa María Linares** (1915-1986) para hacerlos redescubrir o descubrir al público contemporáneo.

Reina de las comedias románticas sofisticadas, **Luisa María Linares** escribió más de treinta bestsellers entre 1939 y 1983. Traducida a varios idiomas, su obra fue objeto de numerosas adaptaciones al cine y al teatro.

Luisa María Linares nos toca el corazón con historias llenas de ternura y espontaneidad, donde la fuerza del amor viene a trastornarlo todo. Bajo su pluma brillante, la imaginación, el encanto y el humor están siempre presentes, y el ritmo de la trama nunca para.

La Cuadra Éditions publica, para comenzar, cinco de sus libros más vendidos, con ediciones en español y en francés. Placeres de lectura imperdibles para quienes aman las historias de amor divertidas y entrañables, dinámicas y apasionadas.

Lacuadraeditions.com

PRIMERA PARTE

ISABEL EN VILLARZA

h

I

h

Diario de Isabel

—Por favor, Martina. Tía Patricia no debe enterarse de este nuevo desastre.

Martina me miró enfurecida. Su oscuro bigote (¿por qué llamar bozo a un soberbio bigote?) tuvo un movimiento ascendente y pareció salirle de la nariz. En sus rojizas y gordinflonas manos estaban los restos negruzcos de lo que había sido mi último fracaso.

Envuelta en un gran delantalón de cretona floreada, salpicado de manchas de harina, las mangas subidas hasta cerca de los codos y las mejillas encendidas por el calor del horno, yo semejaba la imagen de «la perfecta cocinera». Pero la bandeja que Martina contemplaba como si de un monstruoso aborto se tratase pregonaba bien a las claras que, en materia culinaria, yo era una verdadera calamidad.

Martina tomó la palabra, aumentando con sus frases los remordimientos de mi atormentada conciencia:

—¡Un kilo de harina echado a perder, tres pesetas de pasas, cuatro huevos, medio litro de nuestra mejor leche, un plato de nata y dos horas de horno encendido para este resultado!...

Y, a la vez, cogió la bandeja y me enseñó el negruzco bizcocho, que, ante mi gran consternación, se desmigajó, quedando reducido a trocitos de carbón.

—Por favor, Martina —supliqué—; no alce la voz. Tía Patricia está en el huerto y puede oírla.

Tenía la seguridad de que tía Patricia no dejaría de contemplar con los ojos de la imaginación, durante varios días, los renegridos trozos de torta fabricados por mí, y que, semejante a un juez inapelable, los carbonizados pedazos saldrían a relucir en toda conversación que yo iniciase. Pedí a Dios que Martina se apiadase de mis súplicas y que aquella malhadada bandeja desapareciera de nuestra vista.

—Lo siento, Martina —dije—. Yo no tengo su maña para fabricar esos bizcochos deliciosos. —Martina lanzó un gruñido que demostró que era sensible a los elogios, y yo me animé, continuando—: Sé que esto me costará un disgusto con la tía. Probablemente me impedirá salir a pasear con Toni durante varios días.

Mi tono era tan lastimero, que la vieja criada me miró de reojo, temiendo que llorase.

—Todo se arreglaría si usted consintiera en hacer un budín de pan y leche, que supliera al que yo he quemado, para que no se notase la falta a la hora de la merienda. Ya sabe, Martina, que no la quiero

mal... Precisamente pensaba regalarle mi chal de lana malva, que no me sienta bien a la cara.

¡El chal de lana malva! Una obra de titanes hecha a punto de aguja, que me llevó tres meses de labor. Yo sabía que era el sueño dorado de Martina, la cual me lanzaba codiciosas miradas cuando me veía arropada en el suave tejido.

La emoción que tal obsequio le causó hizo que se le cayeran de las manos dos tapaderas sobre el fregadero, armando gran estrépito. Me miró, para cerciorarse de que hablaba en serio, y sellamos las paces.

Y una prenda más de mi pertenencia pasó a engrosar el ya nutrido guardarropa que Martina estaba formando a mi costa.

h

Por la tarde lo pasamos estupendamente. Vino Toni, con su colección de sellos de todos los países, y estuvimos en la sala, al lado del fuego, contemplándolos. Tía Patricia trabajaba con una labor de calceta —la invariable media de lana gris que teje para su uso personal todos los inviernos y que luego no usa jamás—. Martina pasaba las cuentas del rosario, sentada en una silla, a prudente distancia, envuelta en su, ¡ay!, magnífico chal de lana malva, y mi hermana Beatriz, Toni y yo soñábamos en fantásticos viajes a lejanas tierras que los sellos nos recordaban. Beatriz suspiraba por la Costa Azul, y Toni y yo optábamos por algún lugar donde hubiera caimanes y antropófagos.

Los perros dormitaban silenciosos, procurando que tía Patricia no advirtiera su presencia en la sala. La escena resultaba patriarcal, semejante a esas postales inglesas debajo de las cuales estampan la frase consabida: «Home, sweet home», y que suelen adornar los calendarios.

Cuando Toni —mi dilecto amigo, y el único también, ya que no hay otro chico tratable en este pueblecito de Villarza, perdido en el Pirineo navarro— exponía el acierto de su predilección al elegir el Congo como lugar a propósito para un viaje de placer, la paz de la sala fue bruscamente interrumpida por un fuerte campanillazo dado en la verja del jardín.

Los dos perros empezaron a ladrar, tía Patricia quedó con una de las cinco agujas en suspenso, yo recogí apresuradamente el cabello recién lavado que tenía suelto para que se secara aliado del fuego, y Martina se levantó refunfuñando y arropándose en su chal.

—Me parece haber oído la bocina del auto de doña Asunción. Abríguese para abrir la puerta —aconsejó mi tía, friolera impenitente.

Martina desapareció con gesto de víctima llevada al cadalso, y a poco oímos la simpática voz de nuestra vecina y sus pasitos menudos

precediendo a la entrada en la habitación de su menuda figurilla, materialmente envuelta en costosas pieles.

Todos nos levantamos haciéndole un sitio al lado del fuego. Al tiempo que se despojaba de su abrigo, charló animadamente.

—¡Querida amiga! —dijo, dando un afectuoso golpecito a tía Patricia—. Me he arriesgado a dejar mi casa para tener un ratito de conversación con usted y con estas queridas niñas. ¡Ah!, aquí veo al picarón de Toni, que sabe bien lo que hace rodeándose de tan grata compañía...

—Estoy encantada de que se haya decidido a venir a «La Rinconada» con un tiempo como este. Martina nos servirá ahora el té, y probaremos el bizcocho que mi sobrina Beatriz habrá preparado esta mañana.

—No, señora —interrumpió el indiscreto Toni, maliciosamente—. Hoy es el día de Isabel, y espero que se habrá lucido, por supuesto.

Beatriz contuvo una sonrisa y mi tía frunció el ceño con cierto temor. Por su imaginación pasaron aquella célebre torta de ciruelas en la cual eché sal en lugar de azúcar; aquel flan de «Maizena» hecho sin «Maizena»; aquellas natillas que serví el día de la Virgen del Pilar, y que tenían un color tan extraordinario que nadie se atrevió a probarlas, y otras cosas por el estilo, que tanto me han desacreditado. Pero hoy, con las espaldas resguardadas por la tarta de Martina, levanté la cabeza, desafiadora.

Mientras Martina preparaba tazas y bandejas, la anciana señora nos explicó el motivo principal de su visita, motivo que ha sido causa de que yo abriera este cuaderno de diario, en el que solo anoto las noticias sensacionales y que no había vuelto a abrir desde hacía mucho tiempo.

—Mi sobrino ha regresado de Inglaterra —dijo la simpática doña Asunción repentinamente— y, según la carta que he recibido hoy, va a venir a pasar las Navidades en mi compañía. Enseguida he pensado en que estas niñas se alegrarían de saberlo, particularmente Beatriz, que tanto interés tiene por conocer a su novelista predilecto.

Beatriz, que estaba vertiendo el té en las tazas, pasó de rosa al rojo violento, y sus finas manos temblaron de emoción.

Mi hermana será siempre la gran romántica de la familia. Toda la vida ha leído con gran entusiasmo los libros de Mauricio de Viera, y cuando doña Asunción compró la finca de «Los Abetos», y a raíz de la cuarta o quinta visita, nos comunicó que su fallecido hermano estuvo casado con una inglesa y que el hijo de ese matrimonio era nada menos que Mauricio de Viera, Beatriz no ha dejado de pensar que cabía en lo posible que el sobrino decidiera hacer alguna visita a su tía y tuviéramos la suerte de conocerle.

Milagrosamente, conseguí dominarme y no decir la frase que me

venía a los labios:

«¡Por favor, esas noticias se dan despacio!». Miré a Toni, que estaba con un palmo de boca abierta, y a tía Patricia, que murmuraba un cortés: «Sí, ¿eh?», a tiempo que ofrecía la bandeja de las tostadas a nuestra vecina.

—Sí; vendrá unos días, lo cual me satisface y me preocupa, pues temo que un hombre tan mundano como él se aburra en esta aldeíta sin distracciones.

—El paisaje es maravilloso —dijo Beatriz, otra vez en posesión de su voz —, y un espíritu selecto como el de su sobrino tiene que gozar aquí forzosamente.

La anciana asintió medio convencida. No puede ocultar la buena señora lo satisfecha que está de que el cielo le haya concedido un sobrino tan inteligente, tan guapo y tan popular como Mauricio de Viera.

Yo sé que es inteligente, guapo y popular porque varias veces he sometido a minuciosos interrogatorios a nuestra vecina, para luego contar a Beatriz lo que ella no se atrevió a preguntar directamente.

En la primera hoja de *El rapto de Eva* —una de sus novelas— tengo anotados los siguientes datos:

«Descripción del autor de este libro, hecha por su señora tía. Datos recopilados por la asidua lectora Isabel de Arozamena:

»Mauricio de Viera, escritor interesante a quien todas las muchachas españolas rabian por conocer, es compatriota nuestro, aunque de madre irlandesa.

»(He hecho mal en poner antes que la señora Viera era inglesa, ya que era irlandesa, que no es lo mismo.)

»Criado en España y en la "pérfida Albión", resulta una extraña mezcla de chocolate a la española y *tea with toast*.

»Edad: veintinueve años.

»Altura: alrededor de un metro ochenta (¡qué suerte!).

»Ojos: oscuros.

»Cabellos: rubio inglés, liso. (Espero que no resultará afeminado.)

»Su plato favorito: un rosbif (¡chico romántico!).

»Su mayor afición: viajar y escribir.

»Es huérfano y suele vivir en Londres y Madrid por temporadas.

»Amores: doña Asunción eludió la respuesta. Personalmente creo que un hombre que escribe con tanto realismo escenas de amor como las de El rapto de Eva debe de ser un poco pillín.»

He aquí mis deducciones acerca del SOBRINO —con mayúsculas— de nuestra amiga.

—La felicito por esa noticia, querida Asunción —dijo mi tía—. Sus Navidades serán más alegres de lo que hubieran sido contando solo con nuestra compañía.

—¡Con ella cuento también! —atajó rápidamente—, para que los días que mi sobrino pase en Villarza le dejen un recuerdo agradable y vuelva a menudo por aquí. Necesito rodearle de juventud. Espero que Isabel y Beatriz me ayuden a hacer los honores. Probablemente reuniré a cinco o seis invitados más, con los cuales organizaremos excursiones, partidas de caza y algún baile para los jóvenes.

Adorable viejecita. Beatriz y yo sentimos ganas de besarle las manos, colocarle un cojín bajo los pies, atizar el fuego de la chimenea para que diera más calor, estirar la alfombras bajo su sillón y ahuyentar a los perros, que pedían tarta insistentemente. Todo nos parecía poco para agradecer las frases ilusionantes que pronunciaba la simpática ancianita.

¡Fiestas, forasteros, excursiones; Mauricio de Viera! La cabeza me daba vueltas, y ni fui capaz de sonreír cuando tía Patricia me felicitó por la agradable tarta servida.

Cuando doña Asunción, después de otro rato de charla, tornó a envolverse en sus pieles y salimos a despedirla dejándola instalada en su coche, no sentimos la frialdad de la nieve, cuajada bajo nuestros pies, ni el cierzo helado que agitaba nuestros cabellos.

Somos jóvenes y llevamos más de seis años metidas en este desierto, sin ver a otro muchacho que a Toni, ni asistir a ninguna fiesta. No es extraño, pues, que nos vuelva locas la llegada de forasteros de la categoría del novelista Viera y el anuncio de bailes y excursiones.

Al entrar de nuevo en la sala di un par de saltos de júbilo, abracé a Martina, empujé a Toni, pisé sin querer una pata de Kazán, que dio un estentóreo ladrido, y cogí a Beatriz por la cintura, haciéndole dar dos vueltas. En sus ojos había una expresión soñadora que me intranquilizó.

—Beatriz —le dije a media voz—, no irás a enamorarte de Mauricio de Viera...

Me miró entre risueña y enfadada, como diciendo: «¿Tú crees que no lo estoy ya?»

—No seas insensata, hermanita. Somos dos chicas pueblerinas, y él estará acostumbrado a tratar a mujeres elegantes, como las que salen en el cine.

—¡Bah! Mi enamoramiento es puramente espiritual, y probablemente en cuanto le vea se romperá el encanto, ya que la realidad defrauda siempre nuestras ilusiones.

Los sellos de Toni quedaron relegados al olvido, y solo supimos hablar de las recientes novedades.

La nieve siguió cayendo tras los cristales. Los perros volvieron a dormitar con la cabeza sobre mi falda. Tía Patricia cogió su calceta. Martina reanudó su rosario, interrumpido en el segundo misterio, y

nosotros, alrededor de la chimenea, soñamos y forjamos planes.

¿No tenía razón al decir que esta tarde ha sido deliciosa?

II

h

Mauricio de Viera reclinose con gesto fatigado en un diván y encendió el primer cigarrillo del día. La noche anterior habíase retirado tarde, y a las diez de la mañana ya estaba el insoportable Sprules aporreando la puerta del cuarto de baño, que ponía en comunicación los dos dormitorios.

Tuvo que levantarse y abrir, y contempló a Sprules casi tan adormilado como él, que, con el cuello del pijama saliéndole fuera del batín y la inseparable pipa entre los labios, semejaba la imagen del mal humor.

—¿A qué se debe esta algarabía matinal? —gruñó, más que preguntó, Mauricio.

Sprules, en lugar de responder, dirigiose al armario de *toilette*, sacó su máquina de afeitar y una toalla y volvió a irse sin contestar, según tenía por costumbre.

El novelista cerró la puerta de golpe y volviose al lecho, intentando en vano conciliar el sueño. Las calles de París bullían de gente aquel 15 de diciembre por la mañana, y muy a pesar suyo se vio impulsado a descorrer las cortinas de los balcones y dejar que la luz del día inundase las habitaciones del hotel «Elíseo», en donde se alojaba por pocas horas, el tiempo suficiente para arreglar unos asuntos con los editores, antes de partir para aquel destierro del Pirineo, a abrazar a su anciana tía.

Durante la travesía de Londres a Calais encontrose con su amigo Sprules, que iba vagabundeando por Europa, sin saber dónde dar con sus huesos de millonario solterón. Al enterarse de los proyectos del novelista se empeñó en acompañarle, porque Sprules se agarraba a todo lo que significase novedad. Un buen chico, encantador cuando quería, y que sabría adaptarse con especial talento a la vida provinciana de tía Asunción.

A la hora del desayuno, Sprules apareció otra vez correctamente vestido, con una flor en el ojal, pulido todo él, desde la reluciente cabellera al bigote, recortado como ceja de *girl,* a los zapatos de la última moda, que le daban, junto con todo lo demás, el aspecto de un *dandy* inglés ataviado para asistir a la ceremonia de su enlace.

Después de ingerir la tercera taza de café, interrogó a Mauricio:

—¿Cuándo partimos para ese paraíso glacial, querido Mauricio?

—¡Caramba, mi buen Sprules! Siento verdadera alegría al ver que no te has quedado mudo.

Llegué a temerlo seriamente.

— Por las mañanas no se me ocurre nada que decir —se excusó festivamente—. De todos modos, agradezco tu preocupación por mi salud. Y volviendo a mi pregunta, ¿cierro mi maleta, la dejo entreabierta o la deshago?

—Puedes ponerle las etiquetas, aunque no es necesario porque vamos en el coche.

—¿Te parece que lleve mis útiles de esquiar?

—Llévate también un buen rifle; allí hay caza mayor, y me figuro que no desperdiciarás la ocasión.

Rápidamente ojeó el correo, que no traía ninguna novedad, aparte la carta de míster Cryner, el famoso director cinematográfico, que fijaba para primeros de enero la fecha de su próxima entrevista.

Era uno de los asuntos más importantes que habíansele presentado, ya que se trataba de una gran casa americana que deseaba la exclusiva de sus novelas para filmarlas.

Sprules, aburrido del silencio, interrogó de pronto:

—A propósito... ¿Qué es de Gladys?

— Gladys Sinclair-Leigs, quieres decir?

—Sí; aquella muchachita que tanto acompañaste durante el verano en Torquay, que en el otoño fue tu inseparable pareja de baile y en el invierno tu compañera de patín. ¿La has olvidado ya, como acostumbras?

—Oyéndote, creeríase que soy un tenorio impenitente —respondió riendo—. Gladys está aquí, y estoy citado con ella para almorzar en el «Vertige» esta mañana. No soy tan olvidadizo. Efectivamente, Gladys Sinclair-Leigs se hallaba en París en compañía de su madre, por el mismo motivo que en febrero podía vérsele en Niza, en primavera en Saint-Moritz o Chamonix, y siempre en todo instante en el lugar más *chic* donde estuviera reunido el esnobismo internacional.

A juzgar por el tren de vida que llevaban, todos hubieran podido creer que la viuda Sinclair-Leigs poseía una gran fortuna, que dilapidaba alegremente exhibiendo a su bella hija.

No faltaba quien sospechase que esta exhibición era debida a que la señora Sinclair-Leigs deseaba fervientemente encontrar un buen marido para Gladys, considerando buen marido a cualquier caballero distinguido que poseyera un saneado patrimonio.

Mauricio, como la mayoría de los hombres que empezaban a dejarse influir por una mujer, no veía en ellas más que a dos damas elegantes, muy bien recibidas en la alta sociedad, que le acogían con extraordinaria simpatía.

Sprules, después de desayunarse, decidió, en un rasgo de heroísmo, que iría por la mañana a visitar a su anciana tía la duquesa de Verdiores, que habitualmente residía en Fontainebleau.

Juntos salieron por la gran avenida Wagram, respirando a pleno

pulmón el aire fresco de la mañana. Era uno de esos raros días de sol con que París favorece a sus habitantes durante el mes de diciembre.

Multitud de mujeres elegantes invadían los bulevares, y los más lindos bebés de la ciudad, vigilados por sus *nurses*, correteaban en parques y paseos.

Separáronse frente a la plaza de la Estrella, ante una elegante tienda de flores, donde el novelista envió a Gladys unas rosas color índigo, entregándose luego al maremágnum de asuntos que debía resolver con los editores, a los que había citado en el club.

III

h

El descapotable de Gladys detúvose, limpio y reluciente, ante la puerta de entrada de «Vertige», y su dueña saludó con un gesto a Mauricio, que salía a su encuentro, aprobando de una ojeada el impecable «conjunto» crema y castaño y el absurdo sombrerito que la hacía semejar una estampa revivida del Vogue.

Le tendió las dos manos y, colgándose de su brazo, increpó:

—¡Seis días sin verme! Llegué a creer que nos habías olvidado... Pero, ante todo, gracias por tus magníficas flores. Aún quedan hombres galantes en este siglo... Mamá me encargó te saludase. Estoy contenta de verte, querido.

—¿En qué salón prefieres que nos instalemos? —preguntó Mauricio, para cortar aquel chaparrón de preguntas—. ¿Marítimo, nevado, tropical?

El «Vertige» era un club-salón de baile-restaurante, todo en una pieza, con salones decorados indistintamente simulando nevadas montañas alpinas, con abetos coronados de nieve, o espléndidos jardines sombreados por graciosas palmeras, cuajadas de racimos de dorados dátiles, en cuyas copas jugueteaban monos y pájaros de distintos colores.

—Comeremos en el tropical —eligió Gladys—. Hay mesitas apartadas, donde podremos charlar a gusto. Me figuro que tendrás muchas cosas que contarme.

—A ti siempre hay cosas agradables que decirte —respondió—. Celebro que te hayas puesto una de mis rosas. La última vez que nos vimos parecías preferir las orquídeas de lord Murphy. Por cierto, ¿qué ha sido de aquel vejete?

Gladys sonrió, mientras atravesaban el bosquecillo de palmeras, precedidos del *maître*, vestido a la usanza árabe, que los colocaba ante una mesa discreta. El flirteo sostenido con lord Murphy lograba excitar los celos de Mauricio. ¡Y su madre aún dudaba de que consiguiese atrapar al novelista!

—¿Me preguntabas por lord Murphy? — respondió, quitándose los guantes—. Anoche le vi en la ópera. —Esperó a que él terminase de dar órdenes al *maître* para causar más sensación—. No sé si sabrás que quiere casarse conmigo...

Mauricio se alteró visiblemente. La imagen de Gladys convertida en esposa del viejo le resultaba francamente molesta. Incapaz de disimular con una frase trivial, guardó silencio.

—Sí —prosiguió, contenta del efecto causado—. Pero ya

comprenderás que no he aceptado... No soy de las que aceptan un matrimonio por conveniencia. ¿No crees que tengo derecho al amor?

Le miró a los ojos con aire inocente, y Mauricio apretó su mano con entusiasmo.

—Desde luego. Sinceramente creo que mereces algo más que ese buen viejo. Gladys agradeció con otra sonrisa. Era una suerte gustar a un hombre como aquel, guapo, popular y rico. Sobre todo, rico.

La charla continuó animada. Poseían ambos conversación brillante y el almuerzo transcurrió velozmente. Solo cuando saboreaban los dátiles y el *moka* atreviose Mauricio a hablar de su marcha.

—Al regreso de mi viaje empezaré un nuevo libro —insinuó torpemente.

—¿Un viaje? ¿Ahora? —inquirió, intranquila.

—Sí. He prometido pasar estas Navidades con una anciana tía que me es muy querida.

—¿Dónde?

—En mi patria. En España.

—¡Ah! Es cierto. Olvidaba que eres español. Siempre pienso en ti como en un perfecto inglés. Y ¿serás capaz de irte... ahora?

Había un dejo amargo en la pregunta. Mauricio se sintió confuso. Quizá Gladys habría formado proyectos para la temporada contando con él.

—¿Lo sientes? —preguntó.

—Sí; de veras...

Aunque el acento era frívolo, a duras penas conseguía ocultar su decepción. Todos sus castillos de naipes veníanse abajo. Había creído tontamente que lo tenía bien cogido, y ahora se le iba de entre las manos.

Mauricio conmoviose. Realmente era encantadora.

—Sí; lo siento —volvió a repetir—. Si te he de decir verdad, me gusta tener al lado un amigo sincero con quien pueda contar. Ya ves, hace un momento, cuando hablábamos de mi matrimonio con lord Murphy, he comprendido que te ha parecido mal la idea de mi boda con él...

—Peor que mal —repuso.

—Y, sin embargo, mamá encuentra que es una cosa conveniente. ¿No crees que he hecho bien en rechazarle?

Aquí Gladys omitía decir que aún tenía al viejo lord pendiente de una respuesta.

—Se me ocurre una idea. ¿Por qué no te unes a la pandilla viajera? Viene Sprules conmigo. Mi tía se alegrará de ver caras nuevas. Aquello no será divertido como París, pero es agreste y hermoso...

—¿Lo dices de veras, Mauricio?

—Completamente en serio. En honor tuyo retrasaremos el viaje

para darte tiempo a meter en la maleta todas las chucherías que se te ocurran, junto con tu equipo de esquiar, un jersey grueso y unas botas de nieve.

Gladys vaciló. De haber podido elegir, sin que la ausencia de Mauricio hiciese pesar la balanza, habría rechazado con horror la idea de aquel viaje. Pero corría el riesgo de que se enfriase su *flirt*.

—Temo que mamá proteste.

—Tu madre puede venir también...

—No lo esperes. La horroriza el frío.

—¿Pondrá impedimentos?

—No es eso... —rio suavemente —. Yo siempre hago lo que quiero.

—Entonces, ¿aceptas?

Gladys dejó caer su mano sobre la del muchacho.

—Por ti soy capaz de todos los sacrificios...

Y la moderna pareja del «Vertige» decidió inconscientemente introducirse en la monótona vida de las dos ingenuas muchachitas españolas que soñaban con la llegada del gran novelista predilecto.

IV

h

Diario de Isabel

Amaneció un día claro después de la nevada de la noche anterior, y apenas acababa de ingerir la última rebanada de pan, con dos dedos de mantequilla, y de sorber mi taza de leche bien caliente, cuando ya Toni repiqueteaba tras los cristales del ventanal de la cocina, empañados por el frío, invitándome a salir a esquiar.

Una gran bufanda rodeaba su cuello, dejando ver únicamente dos ojos alegres y un trozo de nariz colorada. Sus manos, forradas de gruesos guantes, me hacían gestos impacientes.

Le hice entrar en la confortable cocina, a riesgo de enfurecer a Martina, que teme siempre por la nitidez del suelo, y Toni no se hizo rogar, irrumpiendo como un bólido, dando un cachete cariñoso en el robusto cogote de nuestra cocinera, cogiendo, al pasar, un bollo de la bandeja preparada para mi tía y metiéndome prisa con un sonoro:

—¡Vamos, Isabelita! Está el hielo duro como el mármol y podremos patinar.

—Espera solo un momento —dije—. Me pondré el jersey blanco.

Subí a mi cuarto en dos zancadas y, poniéndome rápidamente el suéter, unos pantalones de pana negra, gruesas botas y calcetines de lana, bajé de nuevo la escalera, encontrando ya a Toni en el salón tomando su segundo desayuno con tía Patricia y Beatriz, que, un poco acatarrada, no quería venir a pasear.

—¿Por qué no te has puesto tu jersey gris y rojo, Isabel? —preguntó Beatriz, que sufre cuando me ve mal arreglada—. Ya sabes que hay algunos invitados en «Los Abetos», y si te encuentras con alguien, te tomará por un golfillo.

—¡Bah! Tanto se me da de los invitados de doña Asunción. Creo que son personas muy mayores, y, además, este jersey no está muy viejo. ¡Si hubiera llegado quien yo sé...! —añadí, guiñando un ojo.

En efecto, la finca de nuestra amiga cuenta ya con dos invitados que llegaron ayer. Se trata de una señora anciana y de su hermano, que creo es almirante retirado. Ambos son ingleses y amigos de nuestra vecina, que ha vivido muchos años en Londres.

Después de cien recomendaciones de tía Patricia, tales como: «¡No hagas locuras, Isabel! ¡Cuidado con romperte una pierna!» y «No os alejéis demasiado», Toni y yo nos encontramos por fin aspirando a pleno pulmón el helado aire de la sierra, que recortábase, a pocos kilómetros, límpida y fantástica, en esta clara mañana de diciembre.

Los pinos y abetos inclinaban hacia tierra sus ramas, dobladas bajo

el peso del hielo, y un pálido sol hacía centellear las crestas, sinuosas y blancas, de las montañas cercanas.

Decidimos subir al Pico del Moro, llamado así por tener en lo alto un torreón, en donde cuenta la leyenda estuvo prisionero un rey moro. Esta torre y este pequeño monte están encuadrados en las posesiones de tía Patricia, que, sin importarle un ardite los recuerdos históricos, ha hecho de aquella verdadera prisión un almacén de patatas, maíz y toda clase de avituallamientos. La vista desde ese sitio es realmente magnífica, por lo cual es el lugar preferido para nuestras excursiones.

—¿Por qué no cantas un poco, Isabelita?

La voz de Toni, tras la bufanda, semejaba un gemido ahogado.

—Pedir que cante subiendo una cuesta es como pedirte a ti que toques el piano con esos guantes. Se me helaría el aliento y correría el riesgo de estropear mi preciosa voz.

—¡Lástima grande para tu numeroso auditorio!

—Algún día tendrás que pagar mil pesetas por una entrada para oírme —respondí, ligeramente mortificada, ya que mi sueño es llegar a ser una gran artista—, y desde ahora te advierto que jamás te daré una butaca de favor.

—Te enviaré ramos de hortensias a tu camerino.

—A nadie más que a ti se le ocurriría enviar ramos de hortensias. Prefiero orquídeas.

—Con una tarjeta que diga: «Tu fiel adorador, Toni».

—Nunca has sido adorador mío.

—Porque tú no me dejas...

—¿Quién va a soñar contigo después de verte con esa bufanda?

En el silencio del campo, su risa tuvo ecos atronadores.

—Me figuro que no te reirás de ese modo en la ópera, cuando estés en primera fila, enfundado en un frac que huela a naftalina, ¿verdad? —dije para molestarle, pues Toni, que va todos los años a Madrid a examinarse de Derecho, presume de «pollo pera».

Habíamos llegado al pie del torreón, y nos detuvimos para calzar nuestros esquís y deslizarnos desde allí hacia la llanura. Nunca siento más sensación de vitalidad que cuando tomo impulso para lanzarme al espacio, yendo a caer unas veces de pie y otras de cabeza, encontrándome repentinamente con la boca llena de nieve, el gorrito ladeado y algún que otro cardenal. Es delicioso, y aquí, entre nosotros, lo hago mucho mejor que Toni. (Me refiero a lo de caer de cabeza).

Durante una hora larga nos deslizamos bordeando la carretera, borrada por la nieve.

—Oye, Isabel, ¿qué es eso?

Toni señalaba, con un dedazo que el guante agigantaba, unas manchas sobre la nieve.

—Parecen personas —respondí, con la mano a guisa de visera, pues

la blancura del suelo hería mi vista—. Sí; son personas, y un auto averiado en la carretera.

—Vamos a ver qué les ocurre. Serán excursionistas.

Tres minutos más tarde nos hallábamos ante los viajeros, dos hombres y una mujer, que al vernos dieron muestras de satisfacción.

El más alto acercose a Toni amablemente.

—Perdone la molestia —dijo con voz clara y bien timbrada—. Somos forasteros y el motor debe de haberse averiado con el frío. Llevamos diez minutos sin saber qué hacer. ¿Qué distancia hay de aquí al pueblo?

—¡Estarán helados! —interrumpí aterrada—. ¡Qué suerte haber venido! ¡Podrían haberse muerto!

—Sinceramente, no me hubiera gustado acabar mi vida como excursionista fracasado —repuso nuestro interlocutor, que tenía los ojos más burlones que he visto jamás—. Y puesto que le debemos la vida, disponga de ella, y siga siendo nuestra hada madrina llevándonos a algún sitio donde se pueda beber algo caliente.

—Me parece que exageramos un poco... De todos modos, me alegro de haberles hallado. El pueblo está cerca y podemos ir andando.

—Mi intención es ir a una finca llamada «Los Abetos» —explicó el muchacho.

—¿A «Los Abetos»? —gritó Toni.

—¿A casa de doña Asunción? —grité yo.

—Sí. Es mi tía. ¿Está muy lejos?

—¡Su tía! ¿Usted es... el SOBRINO?

—Desde luego... —Su sonrisa se acentuó ligeramente.

—Yo soy Isabel Arozamena —dije—, y este es Toni; es decir, lo de Toni solo en confianza. En el mundo es conocido por Antonio Aguilar, estudiante, de Derecho, hijo del médico de Villarza, y amigos, él y yo, de su señora tía, que es una anciana encantadora.

El novelista tendionos la mano sencillamente, como podría haberlo hecho otro mortal cualquiera que no fuese el ilustre escritor conocido en el mundo entero.

—Puesto que saben mi nombre, creo inútil repetirlo. —Volviose hacia sus amigos y los presentó también—: Miss Sinclair-Leigs y Mister Sprules, dos amigos, compañeros de fatigas en este viaje.

La muchacha, rubia y bellísima, tendiome una mano delicada que temblaba de frío. El otro muchacho, de inconfundible tipo sajón, sonriome ampliamente, haciendo arquear el fino bigotillo que le sombreaba el labio superior.

Me volví hacia Viera.

—Nunca pensé que nuestro primer encuentro fuera así. Beatriz se desesperará al saber que me han visto con el jersey viejo. Beatriz es mi hermana —expliqué, ante su mirada un tanto sorprendida—. Ya

tendrá ocasión de conocerla. Pero... podemos ir andando. ¡Toni!, ofrece el brazo a la señorita, tú que estás acostumbrado al terreno.

Dejamos el coche abandonado, y los hombres cogieron una maleta en cada mano, iniciando la marcha hacia la finca.

Parecíame un sueño que aquel guapo muchacho que sorteaba los obstáculos a mi lado fuese Mauricio de Viera, el gran Viera... A fuerza de pensar en él habíamos llegado a hacer del novelista un ser irreal.

De una rápida ojeada advertí que era esbelto, con robustez nerviosa. El pelo, rubio —según yo sabía de antemano—, estaba ahora un poco despeinado por el viento y contrastaba con la piel, muy bronceada.

Vestía un gran abrigo deportivo color beige, traje castaño y zapatos del mismo color, con la punta cuadrada. También llevaba guantes, forrados de piel, y no sé cuántas maravillas más.

Caminábamos los tres —a mi izquierda iba el otro joven de apellido raro— a grandes zancadas, y pronto dejamos atrás a Toni y a la inglesa, que preguntaba con voz angustiada si dentro de las casas hacía el mismo frío insoportable.

—¿Usted vive aquí? —preguntó el novelista, curiosamente.

—Sí; vivo con mi tía. ¿Le doy pena?

Hizo él un gesto cortés, como diciendo: «¡No, no!», pero expresando: «¡Sí, sí!»

—¿Tiene hermanos? —el señor Sprules, que por el peso de las maletas resoplaba fuertemente, fue quien me hizo esta pregunta.

—Solo a mi hermana Beatriz. Está ilusionadísima por conocerle.

—¿A quién? ¿A mí? —Sprules pareció asombrado.

—No; al señor Viera —corregí—. Mi hermana es una lectora insaciable, y desde que doña Asunción nos dijo que vendría, ni una sola noche hemos dejado de pensar en cómo sería usted. Conocemos todas sus novelas.

Mauricio de Viera hizo un gesto divertido. Probablemente estará acostumbrado a que todas las muchachas le digan lo mismo y le demuestren idéntico interés.

Sprules inició una risita, prontamente interrumpida al tropezar con la enorme maleta.

—Es curioso lo distintas que son las cosas de como una se las figura —proseguí.

—¿En lo que respecta a mí? —interrogó el escritor, con fingida seriedad.

—Pensé que cuando le viera me pondría muy colorada y sería incapaz de hablarle. Y el caso es que estoy charlando como una cotorra.

Los tres reímos ahora francamente.

—Me encanta oírla —objetó Mauricio—; hace dos años que no oigo

hablar español.

—¿De veras? Pues conmigo se está resarciendo. Tengo el feo vicio de ser muy charlatana. Me figuro que usted hablará poco.

—¿Por qué esa suposición?

—Los hombres que piensan mucho suelen estar callados a menudo para acumular «ideas».

—Tiene un concepto original de los escritores —dijo sonriendo—. ¿Qué más rarezas esperaba encontrar en mí?

—Me lo figuraba serio, soñador..., pero veo que es tan guasón como cualquiera y que sabe bromear.

—Suelo hacerlo a menudo, sobre todo cuando tropiezo con muchachas tan... atractivas...

La inglesa y Toni apretaron el paso, reuniéndose a nosotros. Cogiose ella familiarmente del brazo de Mauricio, lo que me hizo pensar si serían novios. Nada en el modo de mirarse lo hacía suponer, aunque Toni asegura que hoy día las parejas de enamorados se miran normalmente, sin entornar los ojos ni dar suspiros ni nada de eso... El novelista detúvose un instante mirando el valle que se divisaba a nuestros pies.

—¡Qué hermoso es esto! ¿Está siempre así el paisaje o lo han preparado aprisa y corriendo para maravillar a los forasteros?

Reí alegremente y contesté, por seguir la broma:

—Su tía colocó anoche esas montañas, y Beatriz y yo hemos estado blanqueándolas y puliéndolas esta madrugada.

Tras una vuelta del camino divisose, por fin, la finca «Los Abetos», moderna construcción en piedra gris, rodeada de rosales trepadores, con parterres de bien cuidado césped, y un gran parque de abetos en su parte delantera, que dan el nombre a la villa. A lo lejos, en lo alto de un monte, destacábase la maciza silueta de «La Rinconada», inferior en construcción pero superior en situación y dimensiones.

Aligeráronse los pies de los viajeros ante la idea de un sillón confortable al lado de la chimenea y una taza de té bien caliente.

—Confío en que tendremos ocasión de vernos de nuevo —murmuró Mauricio amablemente.

—En este desierto se encuentra uno cien veces al día. Casi casi llegamos a odiarnos a fuerza de vernos tanto.

Ante la puerta de «Los Abetos» les tendimos la mano.

—¿No quieren entrar?

—No estamos presentables... Ya vendremos otro rato a saludar a su tía. ¡Adiós y bien venidos!

Dimos un impulso a los esquís y nos alejamos rápidamente. Latíame el pulso, y la emoción me producía ganas de hablar sin tino.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté a Toni.

—Muy guapa —fue la respuesta. —¡Me refiero a Mauricio de Viera!

—No está mal. Si te he de decir la verdad, casi no me he fijado.

—¿Es posible...? Eres un soso. ¿Crees que le gustará? —¿A quién?

—A Beatriz.

—¿Y por qué tiene que gustarle a Beatriz?

—Careces de imaginación, Toni —dije alejándome a toda velocidad.

—¿Adónde vas? —gritó.

—¡A casa! A contárselo a mi hermana para recrearme con sus «¡Oh!» y sus «¡Ah! asombrados.

Y desaparecí de su vista, dejándole perplejo.

V

h

Doña Patricia había elegido aquella tarde para hacer las compras de Navidad en el pueblo, y, habiendo ordenado a Pedro, chófer y jardinero en una pieza, que preparase el viejo Ford, marchose en unión de Martina con su manteleta de pieles y su velillo de encaje sobre los plateados cabellos...

Beatriz e Isabel encendieron un buen fuego de leña en la enorme habitación del piso alto, denominado por ellas «el Museo», en donde habían colocado toda suerte de heterogéneos cachivaches, tales como un magnífico piano de cola, una máquina de coser, una sillería que en sus buenos tiempos fue un prodigio de comodidad, un *pic-up* en regular estado, varias librerías repletas de libros y un sinfín de cosas más.

Cosían en silencio, cuando sonó un fuerte campanillazo. Isabel dejó la labor para curiosear tras los visillos.

—¡Es Mauricio de Viera! —gritó, más que habló, excitada.

El vestido que cosía Beatriz, con idea de estrenarlo en el baile de doña Asunción, rodó por el suelo, y los perros despertáronse sobresaltados.

—¿Viera? ¿Estás segura? —inquirió, completamente trastornada.

Pero ya su hermana bajaba la escalera para abrir la puerta.

El novelista, seguido de Gladys y de Sprules, obedeciendo instrucciones de su tía, que vivía pendiente de la etiqueta, presentábase en visita de cortesía.

—Buenas tardes, Isabel. Aquí tiene tres visitantes con los que de fijo no contaba —saludó el joven—. ¿Podrá recibirnos la señora de Arozamena?

—¡Pasen! ¡Pasen! Hace un frío terrible —respondió, hospitalaria—. Mi tía no está. Lo sentirá, de seguro. Ha ido al pueblo con Martina. Pero Beatriz y yo estaremos encantadas de la compañía.

Introdújolos en el salón, amueblado con buen gusto, un poco anticuado, en el que no se había descuidado la comodidad.

Gladys lo curioseó con mirada compasiva. Aquel ambiente desconocido, tan diferente del mundo en que ella vivía, resultábale agobiante. ¿Cómo podrían soportar dos chicas una vida tan deprimente?

—Voy a proponerles algo —siguió Isabel—. Si nos sentamos en el salón vamos a celebrar una visita ceremoniosa, cosa que aborrezco y que de seguro nos fastidiará a todos. Beatriz y yo tenemos un buen fuego en nuestro Museo. No es un sitio muy a propósito para recibir,

pero hay piano y lo pasaremos mejor. ¿Quieren subir?

Los cuatro iniciaron el ascenso y tropezaron con una Beatriz ruborizada que bajaba a saludarlos.

Instaláronse en el Museo, junto a la chimenea. La inglesa, hundida en un viejo sofá de tapicería, parecía una flor exótica con su cabello platinado y su vestido exquisito, cruzadas una sobre otra las esbeltas piernas, que cubrían unas medias finísimas. Comparábala Isabel mentalmente con una artista de cine, y pensaba en que era imposible que Mauricio y Sprules no estuviesen locos por ella.

—Me siento *at home* —exclamó Sprules frotándose las manos—. Me encanta la sencillez de estas costumbres. Quizá me quede a vivir aquí, señorita Isabel.

—No lo creo —respondió, moviendo la cabeza—. Es usted el prototipo del hombre de ciudad.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque sí. Sus pantalones impecables y sus cabellos planchados levantarían tempestades de curiosidad en Villarza. Y al cabo de quince días suspiraría usted por los autobuses y el «metro».

—Isabel, estás desanimando al señor Sprules —observó Beatriz bromeando.

—Por favor. No me llamen señor Sprules. Me creo un venerable anciano.

—Le llamaremos Sprules —consintió Isabel—. A propósito: ¿cuál es su nombre de pila?

—Cyril, para servirla —dijo, haciendo una burlona reverencia—. ¿De qué se ríe?

—Es un nombre chocante. Jamás podría llamarle Cirilo con seriedad.

—¡Isabel! —terció Beatriz, escandalizada.

—Puede usted llamarme, si lo prefiere, Federico Alberto o Carlos Adolfo. Son nombres románticos y les gustan más a las mujeres. Yo, de todos modos, contestaré siempre que usted me llame.

—Isabel es tremenda —se disculpó Beatriz—. Dice las cosas tal y como las piensa.

Mauricio sonrió divertido, mirando a Isabel, con la curiosidad del novelista que tropezase de pronto con una fuerte personalidad. ¿Era, en el fondo, tan extraordinariamente ingenua como parecía? Acostumbrado a tratar mujeres que bajo capa de fingida inocencia ocultaban espíritus de coquetas vulgares, no podía creer en la naturalidad de aquellas dos niñas.

Las dos eran muy lindas, sobre todo la mayor, que tenía aspecto de *madonna* de Rafael. Por el contrario, Isabel poseía una belleza picante que contrastaba con la candidez de su lenguaje.

—Isabel también es novelista, señor Viera —bromeó Beatriz, un

poco ruborizada al dirigirse al joven.

—No te burles. Solo soy una novelista fracasada.

—No puedo creer que usted fracase en nada —objetó Sprules galantemente.

—De veras. Escribí una novela romántica, que me ocupó cien cuartillas con letra menuda. Poco antes de terminarla, cuando ya solo faltaba un capítulo para el desenlace, se la di a leer a Beatriz y a Toni para que me dijeran su opinión. Aún recuerdo su respuesta: «Está bien, hijita. Pero... ¿cuándo empieza lo bonito?»

Todos rieron, y al ruido de sus carcajadas los perros ladraron tras de la puerta, pugnando por entrar. Fue Sprules el que abrió, y los animalitos avanzaron como ciclones, armando un alboroto de mil diablos.

—Isabel no será escritora, pero, en cambio, canta muy bien —confesó su hermana lealmente.

—¿Cantará algo? —interrogó el inglés, mirando encandilado a la chiquilla, que, sentada sobre una mesa de nogal, dejaba balancear las piernas en el aire.

—Primero tomaremos el té —propuso Beatriz.

—¡Estarán cansados de té! Mejor un chocolate a la española, y así verán lo bien que sabemos merendar en nuestra tierra.

Un campanillazo repentino hizo a todos prestar atención a la ventana.

—Es Toni —aclaró Isabel bajando a abrir.

Volvió a poco, seguida del muchacho, con sus grandes botas y la eterna bufanda tapándole casi la nariz.

—Espero que no habré interrumpido una conversación interesante —dijo después de saludar a todos.

—Desde luego que no —contestó Isabel, que no desperdiciaba ocasión de meterse con él—. Figúrate que hablábamos de ti...

—¡Te temo, Isabel! Serás capaz de haber contado que fui yo quien escondió la ropa de Martina en el pilón y el que pintó las lanas del perro en color verde, con mi caja de acuarelas...

—No había llegado aún a esta parte de tus crímenes. Miss Sinclair-Leigs puede hablar contigo tranquilamente sin sospechar el monstruo que se oculta tras esa apariencia atractiva.

Mientras hablaba colocó sobre la mesa de nogal un mantelito de encaje bajo las tazas y platos de fina porcelana, haciendo frecuentes entradas y salidas del Museo.

—¿Cómo pudieron acostumbrarse a este frío y a esta soledad? —preguntó Gladys a Toni, sentado a su lado en el sofá.

—¡Yo no he conseguido acostumbrarme! —gritó Isabel desde la puerta—. Mi ilusión sería salir de aquí, viajar, cantar, llevar, en fin, una vida activa. Si me oyera mi tía se escandalizaría, pero es la pura

verdad.

Mauricio la compadeció interiormente. Para una muchacha de imaginación tan viva, tenía que ser un suplicio estar encerrada en aquella pequeña aldea.

Isabel volvió con el humeante chocolate, y todos se sentaron alrededor de la mesa para hacer honor a dorados bizcochos crujientes, galletas untadas de confitura y sabroso pan con mantequilla.

Parecíale imposible a Beatriz que aquel guapo muchacho que bromeaba a su lado fuese Mauricio de Viera, el escritor que tanto la había hecho soñar. ¿Habría sentido él alguna vez aquella pasión que pintaba en sus novelas? Posó su mirada en la rubia persona de Gladys Sinclair-Leigs. ¿Qué parentesco les uniría? ¿Sencillamente una buena amistad, o...? Rechazó con desagrado la idea de cualquier lazo amoroso entre ambos. La inglesa era muy bonita, pero encontraba rebuscado el efecto que producía. Demasiado rubio el pelo, demasiado rojos los labios, excesivamente lánguidos los ademanes.

—¡Doy diez chelines por sus pensamientos! —dijo Sprules, dejando en suspenso una sabrosa galleta—. Es una frase que decimos en Inglaterra cuando alguien se queda pensativo. Está usted muy callada.

—Beatriz suele irse a menudo a las nubes —repuso Toni, entre sorbo y sorbo de chocolate—. Por equivocación nació en este siglo. Debió de haberlo hecho en la época de los miriñaques y de los desafíos.

—¿Usted no es romántica, Isabel?

—No he tenido ocasión de serlo. Aquí no hay de quién enamorarse —repuso, con un picaresco guiño dirigido a Toni—. Varias veces me ha pedido Toni en matrimonio, y siempre lo he rechazado.

—Por eso me tiré veinticinco veces al fondo del barranco, sin conseguir matarme ninguna —respondió el joven, que aceptaba de buen grado sus bromas.

—Respecto a Beatriz, es distinto —siguió la muchacha—. Está enamorada del amor. Si yo tuviera su cara, me iría a Hollywood. Cuando era niña le dieron un premio de belleza. Aquella copa de plata —añadió, señalando una figura de la estantería.

—Si sigues por ese camino, Isabel, tendré que marcharme de la habitación —se defendió, azorada.

—Perfectamente. Nos tomaremos su chocolate —bromeó Mauricio.

Levantose Isabel para echar fuera a los perros, que ahora lloraban por marcharse.

—Si quieren, podemos hacer un poco de música.

La idea fue acogida con satisfacción, y la joven dirigiose al piano. Parecía una colegiala con el trajecito azul marino, con el gran cuello blanco.

—Cantaré primero una canción campesina que me gusta mucho —

dijo alegremente. Sus dedos recorrieron ágilmente el teclado—. Pueden carraspear, sonreír y hablar en voz baja sin que eso me ofenda. Con la condición de que me aplaudan al final.

Las primeras notas del preludio fueron escuchadas con un silencio religioso. La voz elevose dulcemente, para ampliarse después en sonoridades magníficas.

Cantaba con entusiasmo, poniendo en el canto toda su sensibilidad exquisita, olvidándose de los que la rodeaban. Su música tenía arrebatos y audacias y sabor de juventud.

El sol derrama raudales
de sus rayos cegadores.
Témplanse los manantiales
y se curten los pastores.

Beatriz contemplaba el enérgico perfil de Mauricio escuchando abstraído. Su presencia junto a ella producíale un estremecimiento de alegría.

Va cantando el labrador
con voz estridente y sana
de la campiña el señor.
¡Su campiña castellana!

La cantante percibía ya en su imaginación la llanura ardorosa bajo el cielo muy azul. Contemplábala Sprules, prestando más atención, en su entendimiento profano, a la mujer que a la artista. Era encantadora. Un poco *enfant terrible*, con sus rizos alborotados y su naricilla respingona. Poseía una voz espléndida. «Temperamento de artista», pensó contemplándola.

La campana en lejanía
suena en la iglesia aldeana,
llenando el Ave María
la campiña Castellana.

Una salva de aplausos premió la labor. Volviose sonriente,

interrogando a Mauricio con la mirada.

—¿Le gusta?

—Delicioso —se adelantó Sprules con entusiasmo—. Mañana telegrafiaré a mi criado para que me envíe dos baúles llenos de ropa de abrigo, y me quedaré aquí... definitivamente.

Rieron todos, suplicando a Isabel que los deleitase con una nueva canción. La joven volvía complaciente al piano, cuando el ruido del coche de tía Patricia advirtioles la llegada de la anciana.

—¡Por favor! —suplicó Beatriz—. Bajemos al salón. La tía no nos perdonaría el haberlos recibido en el Museo.

Los seis lo abandonaron alegremente, y cuando la llave de tía Patricia, introducida en la cerradura, dio paso a la elegante viejecita, seguida de Martina y del chófer, cargados con grandes cestos llenos de paquetes, los seis juiciosos personajes charlaban discretamente en el salón. Al marcharse los visitantes, Isabel subió de nuevo al Museo, encontrándose con una Beatriz pensativa ante los restos de la merienda, teniendo entre sus dedos la taza en que Mauricio había bebido.

—Aquí ha bebido —dijo con suavidad.

—Me figuro que no irás a conservarla toda la vida con un lacito azul; para diferenciarla de las otras.

—¿Qué opinas de él, Isabelita?

—Que es muy sencillo y simpático... —Y guapo —interrumpió Beatriz.

—Y guapo —corroboró su hermana.

—Y atractivo...

—Bastante más que Toni.

—No seas boba, Isabel. ¿Crees que estará enamorado?

—¿De quién? ¿De Gladys?

—De Gladys... o de otra...

—Si te interesa saberlo, soy capaz de hacerme aborrecer a fuerza de preguntas indiscretas.

—No. No hay que ser así, Isabelita. Ya lo sabremos…

Y, dando un suspiro, Beatriz mezcló la taza con las demás.

Isabel díjose a sí misma, filosofando, que la vida era cruel en su prosa, juntando todas las tazas en el fregadero.

VI

h

Gladys Sinclair-Leigs dio el último toque a su espléndida *toilette*. Por excepción, podía vestirse aquella noche como a ella le agradaba. De no haberse tratado de Mauricio, no habría dedicado tanto rato a ponerse lo mejor de su guardarropa, ya que la mayoría de los invitados serían gente provinciana, sin la menor idea del gran mundo. Pero doña Asunción rogó a todos que vistieran correcta etiqueta para celebrar aquella pequeña fiesta que recordaba sus buenos tiempos. Gladys alegrose de poder lucir el vestido negro, con el que, por contraste, parecían sus hombros más blancos y su cabello más dorado. Contemplose satisfecha, al tiempo que prendía sobre el pecho un broche de brillantes.

Por muy exigente que fuera Mauricio, tendría que reconocer que se había superado. Bajó la escalera, lamentando que él no estuviera en el vestíbulo para contemplar su efectista aparición.

En el lujoso comedor, doña Asunción, en unión de miss Flynt, su invitada, y de la camarera, daban los últimos toques a la mesa, exquisitamente preparada para el *buffet*, donde la fina porcelana y la transparente cristalería alternaban con la plata reluciente y las verdes ramas de muérdago, cargadas de rojas bayas.

—Será una fiesta deliciosa —dijo miss Flynt con entusiasmo, al verla entrar—. Alternando con el baile, podemos jugar al «bordón», al «asesino» y al «*similia similibus*»

—¿Cómo se juega a todo eso? —preguntó Gladys conteniendo una sonrisa.

—¡Oh! Es muy divertido. Ya se lo explicaré después; verá qué bien resulta.

Miss Flynt contaba entre su manía principal la de no vivir un solo minuto al día sin estar divertida. No comprendía cómo otras personas podían disfrutar de un rato de silencio o de amena conversación. Miss Flynt tenía que estar siempre jugando. El ajedrez, las cartas y otras distracciones semejantes solo eran elegidos por ella en raras ocasiones. Poseía una brillante colección de juegos inéditos y nunca se sentía más feliz que cuando se rodeaba de bulliciosa juventud.

Dueña de una gran fortuna, podía permitirse el lujo de que nadie le llevara la contraria, y era conocida entre la juventud londinense por las brillantes y animadas fiestas que daba en su mansión de Park Lane.

Sus insinuaciones para emprender cualquier juego chocaban, sin embargo, con la negativa rotunda de su hermano, el almirante, única persona capaz de resistírsele.

Grandes amigos de doña Asunción, habían recibido durante su estancia en Madrid, que visitaban por primera vez, la invitación de la señora para pasar las Navidades en Villarza. Miss Flynt aceptó con entusiasmo, pensando que resultaría divertido. El almirante refunfuñó, temiendo que el frío agudizase sus dolores de reuma, pero tras una breve y ruidosa discusión emprendieron el viaje hacia los Pirineos.

Preparando la fiesta encontrábase miss Flynt en su elemento. Ataviada con un traje color orquídea, con el que creíase una chiquilla, andaba de un lado para otro haciendo sonar sus elevados tacones en el reluciente entarimado, retocando aquí y allá, ora una flor mal colocada, una bandeja de turrón o echando un gran trozo de hielo en el cubo donde reposaba el champán.

El cuarteto de músicos expresamente venido de Villarza afinaba ya sus instrumentos en el salón contiguo, habilitado para baile, cuando Mauricio descendía de tres en tres los escalones en dirección al vestíbulo.

—Quizá he debido bajar antes para ayudarte, querida tía —dijo abrazándola—. Pero temo que para estas cosas soy una nulidad. Estás guapísima con esos encajes negros y tus cabellos blancos tan bien peinados. ¿Quién te ha peinado así?

—Todo el mérito es de mi doncella, señor adulador. Guarda tus lisonjas para Gladys, que lo merece más que yo.

Volviose el novelista hacia la inglesa, que destacábase esbelta teniendo por marco un cortinón de terciopelo plateado, que contrastaba con la negrura de su vestido. Gladys buscaba siempre todos los efectos, y el premio lo obtuvo en la mirada admirativa con que Mauricio aproximose a ella.

—A Gladys no sé qué decirle —repuso—. Todo se lo habrá dicho el espejo.

—Por fin te tengo para mí. Después de tantos días en que temí que me hubieras olvidado —le increpó mimosa.

—¿Lo dices en serio?

—Entre los apuntes que estás tomando, la cacería de ayer y las repetidas visitas a «La Rinconada», he pasado unas horas muy tristes. Casi deseé no haber abandonado París.

—Perdóname. He sido descortés sin saberlo... El libro que tengo entre manos me urge tanto, que ni siquiera puedo permitirme el placer de descansar estos días. Es el guion cinematográfico de una de mis novelas, que he de entregar en propia mano a primeros de enero a un director americano. Respecto a nuestras visitas a «La Rinconada», han sido de pura fórmula.

—No creas que tengo celos de esas provincianitas —murmuró, jugando con su broche de brillantes—. Tienes derecho a flirtear con quien quieras. Entre nosotros solo media una buena amistad.

—Sabes bien que lo nuestro es algo más que un afecto fraternal —dijo con voz cálida.

Gladys disimuló una sonrisa. Aquello era casi una declaración. Sentíase satisfecha.

—Y en cuanto a flirteo —prosiguió el joven—, es cosa que nunca he sabido hacer. Además, esas niñas no se prestarían a un estúpido *flirt*.

—¡Oh! Cada cual cultiva su «pose»...

—¿Qué quieres decir?

—Ellas explotan el tipo inocente, que es lo que les va mejor.

—¿Crees que todo lo hacen con doblez?

—Conozco bien a las mujeres —aclaró Gladys. Esas chicas son demasiado inocentes para ser naturales.

El novelista hizo un gesto de disgusto. Gladys, muchachita refinada del gran mundo, no comprendería nunca el modo de ser sencillo de dos niñas educadas en un concepto más austero de la vida. Él empezaba a intuirlo.

—Dejemos eso —repuso suavemente—. Quiero pedirte el primer baile antes de que se me adelanten muchos.

—Se lo ofrecí a Sprules —rechazó ella, ligeramente mortificada por el cambio de conversación.

Los invitados empezaban a llegar envueltos en abrigos de pieles que ocultaban los trajes descotados y las pecheras almidonadas. Tía Asunción y miss Flynt recibíanlos en el vestíbulo con frases amables, haciendo sentirse en confianza a aquella gente, distinguida pero poco habituada en su mayoría a fiestas de sociedad.

Pronto el salón y la biblioteca viéronse invadidos por un grupo de personas, que no pasarían de cincuenta. La orquesta preludiaba las primeras piezas, bailadas por algunas parejas impacientes.

—¿Querría bailar conmigo, Gladys?

La peinada y reluciente cabeza de Toni, embutido en su bien cortado *smoking* de marca madrileña, que se ponía por tercera o cuarta vez, inclinábase sonriente ante la inglesa, que lo acogió con agrado.

—Con mucho gusto. ¿No han venido aún sus amiguitas de «La Rinconada»?

—Me figuro que Isabel habrá hecho alguna de las suyas, rompiéndose el vestido a última hora o enfureciendo a tía Patricia.

—Es muy graciosa —murmuró la inglesa.

—Sí; lo es.

La vehemencia de la respuesta demostraba lo sinceramente que apreciaba a las muchachas.

—¿Es Isabel su predilecta?

—Las quiero a las dos.

—¡Qué ansioso!

—Con amor de hermano —puntualizó.

—Los españoles son poco flirteadores —insinuó con una sonrisa.

—No lo crea...

—¿Usted lo es?

—¿Quiere probar para convencerse?

—¡Está bien! ¡Ha ganado...!

Riéronse, y Mauricio, contemplándolos desde la puerta, se preguntó de qué cosa divertida hablarían. Distrájose con la llegada de nuevos invitados. Tía Patricia y sus sobrinas entraban en el vestíbulo, y en seguida viéronse rodeadas por un grupo de amigos.

Beatriz, con un lindo traje de un tono ambarino, semejaba un ascua de oro, desde el áureo cabello ondulado hasta los dorados tacones de sus zapatos de baile.

Su hermana, vestida de blanco, parecía una colegiala que se asomase por primera vez al mundo.

«Las dos poseen un innato sentido de la elegancia», pensó el novelista, acercándose a saludarlas.

Latía apresuradamente el corazón de las jovencitas al entrar en el salón, con un gran deseo de divertirse y gozar de aquella noche de fiesta que la Providencia les deparaba.

Los bailes sucedíanse, y la animación de la juventud iba en aumento. Beatriz e Isabel tuvieron que multiplicarse para atender a sus amigos. Sentíase sofocada la más joven, y en unión de miss Flynt, que capitaneaba en la biblioteca un grupo de muchachas y muchachos juguetones, dejó de bailar para entregarse a los inéditos placeres del *similia similibus*.

—¿Podré por fin bailar con usted?

Mauricio hizo la pregunta aproximándose a Beatriz, que le esperaba.

—¿Acaso lo ha estado intentando? —preguntó ingenuamente.

—Seis veces he querido acercarme, y he tenido que volver a retirarme al ver que otro se me adelantaba.

—La suerte es siempre del más audaz —murmuró Beatriz, sonriendo—. Y no es que sea una suerte bailar conmigo.

—Opino que sí —repuso el joven, enlazándola por el talle.

Beatriz sintiose maravillada. Bailar con Viera, llevar la mano apoyada en su hombro y aspirar el agradable perfume del muchacho... Su cabello parecía más oscuro a la luz eléctrica, y el traje de etiqueta le sentaba admirablemente. «No hay hombre a quien no siente bien el color negro —pensó—. Hasta Toni parece otro esta noche.»

Contemplole al pasar, bailando con la inglesa, que parecía divertirse escuchándole, con la cara casi pegada a la suya y riendo provocativamente.

—Su tía da unas fiestas maravillosas —dijo Beatriz.

—Así lo creo en este momento —respondió Mauricio con agradable sonrisa.

—¿Le gusta bailar?

—Con usted, sí.

—Temo hacerlo bastante mal por falta de práctica. Esta es mi primera fiesta.

—¿Hace mucho tiempo que viven aquí?

—Diez años. Desde que quedamos huérfanas; mi tía es hermana de mi padre.

—Y... ¿vivirá aquí hasta que se case?

—No pienso casarme —fue el gracioso ultimátum de la chiquilla.

—¿Es posible? ¿Por qué tomó esa decisión? —interrogó Mauricio, entre divertido e intrigado.

—Hubiera querido casarme enamorada. Mis padres se adoraban. Y yo querría adorar a mi marido.

—No veo nada que lo impida...

Beatriz agitó la cabeza negativamente.

—No... No me casaré —repitió—. Solo me fijaría en un hombre muy superior, el cual, naturalmente, no repararía en mí porque soy una chica vulgar.

El novelista rio esta vez francamente.

—Pero ¿existen hombres superiores?

—Sí, existen. Y ellos ignoran su superioridad. —Ruborizose, temiendo haber ido un poco lejos.

—¿Será, posible, Beatriz, que esté usted enamorada?

Asombrábale que en Villarza ocurriesen apasionantes novelas de amor, capaces de entristecer a una jovencita inteligente como su pareja. La imagen de Toni pasó por su imaginación.

—No se trata de Toni, por supuesto —atajó la muchacha, adivinando sus pensamientos—. En realidad, no conozco el amor. Si es amor, el pensar siempre en el mismo hombre, entonces..., sí, estoy enamorada.

Él la contempló perplejo. Un amor, por lo visto no compartido, hacíale rechazar para siempre la idea del matrimonio. Pero ¿era posible que siendo tan linda hubiese sido desairada por un mentecato?

—Estoy seguro de que debió de haber una mala interpretación —la animó Mauricio—. En amores suele ocurrir esto.

Su cara revelaba la curiosidad que a él, forjador de conflictos sentimentales, producíale la novela romántica de una muchachita pueblerina.

Los claros ojos de Beatriz alzáronse hacia él.

—¿Usted lo cree así?

—Si mi opinión le interesa, creo inadmisible que, dada su belleza y atractivo, haya un necio que no le corresponda.

Una ola de felicidad invadió el corazón de Beatriz.

Él la encontraba guapa y no comprendía cómo un hombre podía dejar de quererla. La mano apoyada en su hombro tembló ligeramente, y temió que él se diera cuenta de su turbación.

—Podemos descansar un poco —suplicó.

Era un paraíso, pero también un infierno, bailar con Mauricio teniendo que contener el irresistible deseo de apoyar la cabeza sobre su hombro.

—¿Se ha fatigado? —preguntó cogiéndola del brazo—. La llevaré al invernadero, lejos de la gente. De paso podrá contemplar los heliotropos de tía Asunción, que constituyen su mayor orgullo. Les haré un vaticinio agradable —dijo poco después, mientras la guiaba por las vastas salas de la villa—. El amor ha de venir a usted antes de lo que se figura. Estoy completamente seguro.

La suave penumbra que rodeaba el invernadero impidiole distinguir las facciones de Beatriz, que de otro modo probablemente le hubieran revelado su ingenuo secreto. Al abrir la puerta de cristales, un penetrante perfume de flores acarició su rostro. El aire caliente y embalsamado se subía a la cabeza con más fuerza que un buen vino.

—Este es el célebre «heliotropo Asunción» —explicó mostrándole una flor. En el mismo instante se interrumpió al ver que otra pareja se adelantaba.

Por el vestido adivinó la figura de Gladys, cuya cabeza descansaba mimosamente sobre el hombro de Toni. Una sombra de enfado se dibujó en el rostro del novelista. La inglesa llevaba lejos ese *flirt*.

—¿Eres tú, querido? —murmuró Gladys con voz un poco trémula.

—Somos nosotros —respondió Beatriz, esforzándose en quitar violencia a la escena—. Veníamos a contemplar los heliotropos. Estoy rendida de tanto bailar. ¿Verdad que es una fiesta deliciosa?

—Puede que sí lo sea —repuso Gladys con sarcasmo.

Acababa de ver la arruga en la frente de Mauricio, y comprendió que había dado un paso en falso. Verdad era que Toni resultó más interesante de lo que creyera en un principio...

—Hemos coincidido en la idea de contemplar las flores —arguyó este, bastante azorado.

—Sí; ha sido una gran coincidencia —respondió Mauricio con sequedad.

—El ambiente es propicio para una pareja de enamorados que tuvieran muchas cosas que decirse —rio Gladys, recobrando su aplomo y con una mirada aviesa a Beatriz—. Pueden quedarse, naturalmente. Toni y yo habíamos decidido bailar el próximo baile.

Dirigiose a la puerta del invernadero.

—Beatriz, que es tan romántica, no puede desear un marco mejor para estar a solas con su novelista —concluyó mordazmente,

subrayando el posesivo... Sentía una ira violenta y deseaba poder descargarla en la muchacha, que con sus rizos rubios y su traje dorado parecía la imagen del candor.

—Nosotros también nos vamos —dijo Mauricio. Abrió la puerta para que pasara y añadió a media voz—: Los heliotropos han perdido su encanto para mí.

Separáronse en el salón. Mauricio, confuso por la anterior escena, quiso borrar el mal efecto de las palabras que la inglesa había dirigido a Beatriz; pero la voz de Sprules, precediendo a su persona, los libró de una situación violenta.

—Estoy buscándola para bailar el vals que me había prometido, Beatriz. Y el vals ha acabado. Ha empezado un tango, y vengo a exigirle responsabilidades por su falta.

—¡Cuánto lo siento! Pero lo mismo valdrá un tango que un vals.

—Si me lo suplica mucho, le concederé el tango —respondió Sprules, burlón—. Es decir, si Mauricio no se enfada por robarle su mejor pareja.

—Evitaremos una cruenta discusión delante de Beatriz y ajustaremos cuentas más tarde —repuso el muchacho en el mismo tono.

Sprules le ofreció el brazo.

—Te aconsejo que vayas a la biblioteca —dijo al alejarse—. Te distraerás con los juegos de miss Flynt.

Mauricio agradeció aquellos instantes de soledad. Tenía grabada en la imaginación la escena del invernadero. Su escena con Toni era inadecuada y estúpida, y acusaba una ligereza imperdonable.

Impensadamente encontrose en la biblioteca. Fuerte griterío hirió sus oídos al entreabrir la puerta de roble oscuro. Un grupo animado de jóvenes, sentados alrededor de la mesa, golpeaban esta pronunciando las palabras de ritual: «*Similia similibus curantur!*», a la vez que pasaban ocultamente de mano en mano una moneda de diez céntimos.

Miss Flynt, de general en jefe del grupo, dirigiose hacia él, y detrás contempló Mauricio los castaños rizos de Isabel.

—¡Querido Mauricio! —le gritó la solterona, tendiéndole las manos —. En mi vida me he divertido más. ¡Puede creerlo...! ¡Me divierto locamente! —Y la radiante mirada de la dama atestiguaba la veracidad de sus frases —. He encontrado a la chiquilla más encantadora y animada del mundo —añadió, volviéndose hacia Isabel —. Tengo que suplicar a su tía que me la deje llevar a Londres una temporada. No, no se ría, Mauricio. Isabelita es la horma de mi zapato. Sería dichosa teniéndola a mi lado. Si quiere jugar, puede sentarse al extremo de la mesa —ofreció generosamente.

—Habíamos acordado jugar al «asesino» —interrumpió Isabel, con las mejillas sonrojadas por la animación—. El señor Viera lo

encontrará más divertido seguramente.

La solterona se lo explicó, y el *similia similibus* fue relegado al olvido para dar paso al «asesino». Se apagaron las luces y cada cual corrió a esconderse, oyéndose risas sofocadas.

Isabel se encontró casualmente al lado de Mauricio, sin reconocerle.

—¿Es usted Isabel? —preguntó el joven en voz baja.

—¿Es usted el asesino? —repuso.

—De ningún modo.

—En ese caso, sálveme de miss Flynt y lléveme al *buffet* a tomar algo.

—Magnífica idea. Busquemos la puerta antes de que enciendan.

La cogió de la mano, cálida y suave, y la condujo hacia la salida.

—Por fin —dijo ella cuando se encontraron en el vestíbulo—. Me sentía cansada de tanto juego. Miss Flynt es agotadora.

Entraron en el gran comedor, donde algunas parejas charlaban y bebían.

—Su tía tiene muy buen gusto preparando las mesas —apreció Isabel con una mirada.

—¿Qué prefiere: comer o beber?

—¿Por qué no las dos cosas?

—Tiene razón. Empezaremos por lo primero.

Ofreciole una bandeja repleta de turrones.

—Esto es de mi tierra —declaró Isabel.

—Y de la mía —agregó Mauricio.

—Es cierto. Olvidaba que es usted español.

—Pues es una cosa que yo no olvido nunca.

—¿Contento de serlo?

—Orgulloso de esa suerte.

—Me gusta que piense así. Creí que era usted un joven inglesado.

—Mi madre era irlandesa.

—Esa mezcla le favorece bastante —repuso Isabel, siempre sincera.

—¿Por qué lo dice?

—Porque gracias a ello tiene el pelo de ese color tan bonito. —Añadió en otro tono—: Me encantan estas tortas rellenas de nuez.

Rio Mauricio.

—¿No me ofrece una?

—No me atrevo a hacerlo. A lo mejor copia luego esta escena en una de sus novelas: «La joven le ofreció una bandeja con tortas rellenas de nuez». No es romántico ni novelesco.

Rio el joven.

—¿Quiere tomar un helado? —ofreció—.

—Adoro los helados.

—¿Fresa?

—Fresa.

Mauricio hizo una seña al camarero, que acudió a servirles.

—Me siento feliz —suspiró Isabel, impulsiva.

—¿De veras? ¿Por el helado?

—Por el helado y por toda la fiesta...

—Tiene usted el raro don de saborear la vida plenamente —dijo Mauricio, contemplando sus ojos brillantes.

—¿Usted no?

—A veces...

—No piense cosas desagradables en este momento —le aconsejó.

—¿Cómo lo sabe...?

—Se le hizo una arruga en la frente. ¿Le fastidia algo?

—Un pensamiento importuno; pero ya pasó.

—Me alegro. Este helado es delicioso.

—Este también.

—Estoy segura de que el mío es mejor. Si fuésemos una pareja de enamorados lo tomaríamos a medias.

—¿Por qué no jugamos a serlo?

—Es un juego que no se le ha ocurrido a miss Flynt.

—Tiene menos imaginación que nosotros.

Volvieron a reír, contagiado Mauricio de la alegría de ella.

—Algún día asombraré a mis amigas diciéndoles: «El gran Mauricio de Viera pretendió tomar a medias conmigo un helado de fresa...».

—Y otro día cualquiera asombraré yo a los míos diciéndoles: «La prodigiosa cantante Isabel de Arozamena me ofreció tortas rellenas de nuez».

—Es usted muy simpático. ¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta?

—Haga cuantas quiera.

—¿Se ha enamorado muchas veces?

—Una nada más —respondió burlón.

—¿Hace mucho tiempo?

—Ahora mismo.

—No sea tonto; elude usted las respuestas difíciles. En fin, dejemos eso; me voy convenciendo de que la mayoría de las personas tienen el corazón incólume.

—¿Lo dice por el suyo?

—Por el mío, por el de usted, por el de Toni y por el de Beatriz.

—Su hermana me ha confesado que hace años que sueña con alguien...

—¿De veras le confesó eso...?

—Lástima que su hermanita lo tome tan en serio... Es una criatura encantadora, tan bonita y tan femenina... Puede aspirar a que cualquier hombre se enamore de ella.

—¿Lo cree así...? —Isabel sentíase radiante al escuchar su opinión

—. Me hace feliz oírselo decir —exclamó con alegría—. Seguramente a ella también se lo hará cuando yo se lo diga... Su opinión es muy importante para nosotras.

Rio Mauricio de su franqueza.

—¿Quiere beber champán? —le ofreció, tendiéndole una copa.

—No sé si atreverme.

—¿Por qué?

—No tengo costumbre. Quizá me haga decir locuras.

—En ese caso, la llevaré a un rincón, donde yo solo pueda escucharla.

—¿Como quien contempla un experimento divertido?

—Me interesaría saber qué clase de locuras diría usted.

—Quizá le ofreciese mi mano... —dijo graciosamente, agitando sus bronceados rizos al mover la cabeza.

—En este caso... le ruego beba champán.

—¿Acepta siempre con tanta facilidad proposiciones de matrimonio?

—Aunque ello hiera mi orgullo, he de confesar que es la primera que se me hace.

—Bien. Usted es responsable —cedió Isabel. Y aceptó la bebida alegremente.

Mauricio miró, sonriendo, los grandes y expresivos ojos.

—Es usted deliciosa... Y un poco...

—¿Qué...?

—Turbadora.

—¿Puede eso incluirse en el equipaje de una artista?

—Sí, y constituye un tesoro más...

—En ese caso... ¡me gusta ser turbadora!

El comedor había ido llenándose de gente, atraída por el espléndido *buffet*. El almirante, en un rincón, narraba a un grupo de señores algo que debía de ser muy interesante, a juzgar por la atención prestada, aunque quizá, dado el mal español utilizado, nadie comprendiese una palabra.

—Por cierto, no ha bailado conmigo, Isabel —dijo Mauricio.

—Ahora tocan el vals *Las mil y una noches*... Me encanta.

—Y a mí también. ¿Vamos a bailarlo?

—¡Isabel! ¡Isabelita...!

La voz de miss Flynt repercutió sonora en el comedor.

—¡Está usted aquí, queridita! —gritó al verla—. ¡Me es completamente imprescindible para organizar un juego ideal! Al marcharse en unión de ese pillo de Mauricio, perdimos toda nuestra animación. —La incomparable miss Flynt ponía cara consternada—. He prometido a esos muchachos que volvería con usted.

—Isabel y yo íbamos a bailar —objetó Mauricio.

—De ningún modo, amigo mío. Ahora me la llevo yo.

Isabel dejose conducir dócilmente, lamentando que el excesivo regocijo de la inglesa le impidiese bailar con el novelista.

—Venga, queridita. Ya verá qué divertido resulta. Es un juego que se llama «bordón» y se juega con un cordel y un anillo.

Quedose Mauricio pensativo, renegando interiormente de miss Flynt.

Lejos de la animación de Isabel, volvió a sentirse malhumorado, y dedicó el resto de la velada a hacer tertulia al almirante, que refería por centésima vez cómo estuvo a punto de ser aplastado por un enorme jabalí en una partida de caza en Escocia.

Al retirarse el último invitado, y tras de felicitar a su tía por el éxito de la fiesta, Mauricio retirose a su dormitorio, rehuyendo la explicación que Gladys trataba de provocar. Sentíase dolido con la joven y prefería no hablarle hasta no haber adoptado una resolución acerca de ella.

Su último pensamiento aquella noche fue para una deliciosa figurita vestida de blanco que, agitando graciosamente sus suaves rizos, murmuraba:

—Me gusta ser turbadora...

VII

h

Villarza, 30 de diciembre.

De Gladys Sinclair-Leigs a su madre:

«Querida mamá: “Todo se ha perdido, menos el honor”.

»Ya sé que fruncirás el ceño al releer la frase de Francisco I, que yo repito. Y te aconsejo que conserves las arrugas de la frente hasta concluir esta, pues hay materia de sobra para desanimarse.

»Te conté en mi carta anterior que, después del incidente del invernadero, Mauricio, que me pilló flirteando con el muchacho español, se dedicaba a rehuirme, amparándose en una cortés frialdad que hacía imposible cualquier intento de reconciliación. Todas mis maniobras se estrellaron contra aquel muro de granito.

»También te dije que las dos vecinitas de “La Rinconada” empezaban a resultar molestas, ya que las veíamos a todas horas, y que doña Asunción cantaba incesantes alabanzas a Beatriz, y miss Flynt aseguraba que Isabel es la criatura más encantadora que ha visto en su vida.

»Comprenderás que este ambiente no favoreciese lo más mínimo mis planes; lo que ha ocurrido hoy ha acabado de echar por tierra mis desfallecientes ilusiones.

»Siéntate en tu sillón mullido, tapizado en tres tonos de malva, y lee tranquilamente mi narración.

»Doña Asunción había decretado que Isabel y Beatriz, en unión de Toni —mi simpático *flirt*—, nos guiarían a una excursión al Pico del Moro, que es uno de los muchos montes que rodean Villarza.

»A las doce de la mañana emprendimos la ascensión, equipados con botas de clavos y gruesos bastones de nieve. El cielo estaba despejado y a ratos un sol pálido iluminaba nuestro camino, haciendo centellear como piedras preciosas los trozos de hielo que cubrían las rocas.

»Ya ves que hasta te describo el paisaje, para que puedas ponerte en situación.

»La animación corrió a cargo de tu antiguo amigo Sprules y de Isabel, que tiene temperamento de ardilla, ya que ni el mismo Cyril pudo alcanzarla cuando intentó hacerlo en una carrera, y tuvo que sufrir el castigo de su derrota, resignándose a ser tiroteado por la muchacha con bolas de nieve.

»Mauricio y Beatriz caminaban delante, y Toni y yo continuábamos una conversación empezada la víspera.

»Sentíame contenta porque Mauricio acababa de recibir un telegrama del director cinematográfico que va a filmar sus novelas,

citándole en Marsella el día 1.º de año. La entrevista será casi cinematográfica también, ya que tendrá lugar en el mismo transatlántico, que zarpará poco después. Por lo tanto, Mauricio ha advertido a su tía que nos iremos mañana, de madrugada. Coincide nuestra marcha con la de los hermanos Flynt, que dan ya por terminada su estancia en España.

»Al ser comunicada esta noticia a nuestros amigos, pusieron cara de consternación. Beatriz sobre todo. Sin duda, Mauricio lo advirtió, porque echó a andar a su lado, hablándole cariñosamente.

»Creo que la rubita ha cometido la insensatez de enamorarse. ¡Qué absurdo te parecerá a ti esto, mamaíta práctica, que has enseñado a tu hija a "sentir con el cerebro" más que con el corazón!

»Y hoy más que nunca te lo agradezco. De lo contrario, después de lo ocurrido, estaría a estas horas hecha un mar de lágrimas, con los ojos hinchados y la nariz colorada. Pero no, querida madre. Me siento completamente tranquila, a pesar de haber visto a Mauricio besando a la muchacha. Porque he de advertirte que se trata de un beso. Pero no adelantemos los acontecimientos y sigamos paso a paso los detalles ocurridos en el Pico del Moro.

»Habíamos llegado a lo alto del monte, sofocados por el ejercicio, y contemplábamos maravillados el panorama.

»Las montañas, con su capa de nieves eternas, parecían juntarse con el cielo. Por el lado del valle se perdía la vista en el bosque de pinos y abetos.

»—Desde el torreón, el panorama es mejor —dijo Beatriz—. ¿Podremos entrar, Isabel?

»La aludida subiose a una piedra enorme, respaldada contra el edificio, y sacó una gran llave de un improvisado escondite. Con sus pantalones y sus recias botas, encaramada en lo alto, semejaba un chico travieso.

»—Aquí esconde tía Patricia la llave para que no nos roben las provisiones —dijo riendo; y de un salto bajó a nuestro lado.

»Un olor a humedad y a lugar cerrado hirió nuestro olfato al introducirnos en la estancia, de enormes dimensiones, que apenas distinguíamos en la oscuridad.

»—¿Tienen una cerilla? —pidió Isabel—. Temo tropezar con un ratón y desmayarme.

»Mauricio encendió una y, alumbrada por ella, Isabel consiguió abrir una ventana provista de gruesos barrotes, por la que entró la luz del día, iluminando la vetusta habitación, llena de grandes montones de patatas, panochas de maíz, castañas, nueces y otras mil cosas apiñadas en varios rincones.

»—Esto es una verdadera fortaleza —apreció Mauricio, mirando por la ventana al valle, sobre el cual parecía el torreón una isla

surgida en el océano.

»—En verano es maravilloso —ponderó Beatriz—. Han visto Villarza en su peor época. Deberían volver en agosto.

»—Por mi parte, volveré —aseguró Sprules formalmente.

»—Yo también he de venir, aunque no podrá ser este verano —expuso Mauricio.

»—¿Lo dice en serio?

»Ya puedes figurarte que esta pregunta provenía de Beatriz, que clavaba los ojos en el novelista de sus sueños.

»—Sí —respondió él—. En primavera tendré que ir a los Estados Unidos a colaborar en la filmación de mis novelas. Hasta el otoño no estaré de vuelta.

»—¡Cuánto tiempo! —suspiró la rubita ingenuamente.

»Sentí necesidad de molestarla y tercié en la conversación.

»—Quizá vuelvas casado con alguna californiana.

»La chiquilla desvió la mirada y guardó silencio.

»—¿Casarse Mauricio? —intervino Sprules—. Me parece que antes me casaré yo.

»—¿De veras? ¿Con quién?

»—Con Isabel.

»—Siento darle calabazas en público, señor Cirilo —bromeó Isabel —. Pero yo tengo ya un amor: el canto.

»—¡Cuántas cosas románticas le diría yo, Isabelita, si no le tuviera tanto miedo!

»—¿Por qué me tiene miedo?

»—Miedo de sus burlas.

»—Si le prometo ser formal, ¿se pondrá a hacer de sir Galahad?

»—¡Isabel, eres abominable! —le lanzó Toni—. Es preferible que no te cases, porque serías un castigo para tu marido.

»—Te equivocas. Si me casara me volvería dulce y sumisa como un cordero. ¿Has leído El rapto de Eva?

»—¿Qué es eso?

»—Una novela de Mauricio que trata de una muchacha rebelde, a la que consiguen domar a la fuerza —aclaró Isabel.

»—Con lo cual no estoy conforme —murmuró su hermana dirigiéndose al autor—. ¿Cree posible hacerse querer así?

»—Nadie se hace amar a la fuerza. En la novela expongo el caso de una mujer que por una terquedad inadmisible no quiere reconocerse enamorada del hombre que está loco por ella. En vista de que por las buenas no ha conseguido más que desprecios de aquella chiquilla mimada, él se la lleva a su coto de caza y la encierra en un pabellón.

»—¿Y qué pasa después? —dijo Toni puerilmente.

»—La muchacha reacciona en el acto, reconociendo su amor por aquel hombre.

»—¿Es usted partidario de esa especie de rapto?

»Fue Isabel la que hizo esta pregunta en un tono un poco raro.

»—¡De ningún modo...! Pero hay circunstancias especiales en que el único medio de despertar el amor que pudiéramos llamar "durmiente" es empleando recursos extraordinarios.

»Salimos todos del torreón. Esta vez fue Toni el que se encaramó para esconder la llave. Formando parejas, como al subir, emprendimos el descenso.

»—¿Nos veremos esta tarde? —me preguntó Toni, suspirando cómicamente.

»—Hemos de ir todos a "La Rinconada" a despedirnos —respondí.

»—Partir es morir un poco... —recitó.

»Repentinamente oímos un ligero grito y vimos a Beatriz, que se había escurrido en el hielo, friccionándose un pie con gesto de dolor.

»—¿Qué te ha pasado? —inquirió su hermana.

»—Creo que... me he torcido un tobillo...

»—Haga ejercicio con el pie antes de que se le enfríe —aconsejó Sprules.

»Intentó ella obedecer, exhalando una queja.

»—Temo... que no voy a poder andar.

»—¡Qué mala suerte, Beatriz! —lamentó Isabel—. ¿Te duele mucho?

»—Al apoyarlo, sí.

»Ocurrióseme de pronto si estaría representando una comedia; pero deseché la idea, por no creerla lo suficientemente avispada.

»—Entonces, Beatriz, tendremos que llevarla a cuestas —ofreció Sprules.

»—¡Yo la llevaré! —exclamó Toni rápidamente.

»Pero ya Mauricio se había adelantado y la elevaba como una pluma.

»Y con ella en brazos, como una niña, continuamos bajando la montaña, sin volver a reanudar la conversación; yo sentía un profundo desaliento, y Toni, atacado por repentino mal humor, no despegó los labios.

»Isabel, por el contrario, parecía sumamente contenta, a pesar del percance de su hermana, y para animarnos empezó a cantar una canción antigua y absurda, que aseguraba era la única que sabía su tía Patricia.

»— ¡Muchachitas, saltad y brincad!

También en los bosques madura la fresa.

»—No comprendo qué tiene que ver una cosa con otra —criticó Sprules.

»—Tampoco yo; pero tía Patricia lo canta así. Tiene un oído

deplorable, lo cual es raro, siendo de nuestra familia.

»Y en seguida comenzó otra canción:

»—¡Qué placer experimento cuando a la montaña voy,

y en mi brazo el suyo siento,

como lo he sentido hoy...!

»Al llegar aquí sucedió algo inesperado. Isabel y yo volvimos casualmente la cabeza para ver si nos seguían Mauricio y su preciosa carga, que quedaban un poco rezagados..., y vimos...

»Ella llevaba la cabeza apoyada en su hombro, y dijo algo que él no debió de oír, porque aproximó su cara y después la besó... Un beso que a mí me hizo el efecto de una bofetada. Isabel también lo vio. Cruzáronse nuestras miradas; la suya con una expresión indefinible —¿sorpresa, satisfacción, disgusto?— y la mía, furiosa e irritada.

»¿Qué pensó en aquel momento Isabel de Arozamena? Daría algo por saberlo.

»A instancias de Cyril, que nada había advertido, continuó su interrumpida canción, y cantando prosiguió hasta llegar a "La Rinconada", donde dejamos a Beatriz al cuidado de su tía.

»Y esto ha sido todo. Poca cosa, pero ¿no tengo razón al decirte que "mi asunto ha fracasado"?

»Mientras cierro la maleta, reniego del momento en que llegamos. ¿Tendré que vivir siempre agobiada de deudas? ¡De ningún modo! Me casaré con Murphy.

»Te abraza, tu desolada

»Gladys.»

VIII

h

Diario de Isabel

¡No sé si tendré fuerzas para relatar lo ocurrido! La mano me tiembla mientras escribo, y no es solo por el movimiento del coche, donde voy con miss Flynt y el almirante. Las horas transcurridas desde ayer tarde me parecen una espantosa pesadilla de la que nunca podré librarme...

Miss Flynt y su hermano se han dormido con el traqueteo del auto, y he sacado mi bloc del maletín, dispuesta a narrar los acontecimientos que han revolucionado mi vida.

Para ello retrocederé unas horas y me encontraré en la alcoba de Beatriz, acostada en su cama con el tobillo vendado, vistiendo yo mi pijama de franela y cepillándome el cabello ante el espejo.

Las dos estábamos terriblemente tristes porque nos habíamos despedido de nuestros amigos. Sentía por mi parte gran amargura de pensar que otra vez volveríamos a la soledad, después de la ráfaga de alegría que acababa de pasar por Villarza, haciéndonos odiar nuestro destierro.

Deseaba provocar las confidencias de mi hermana, para que ella me dijese algo sobre aquel beso —porque fue un beso, no cabe duda— que Mauricio le dio esta mañana. Un beso significa cariño, y no podía yo comprender que, después de habérselo dado, el novelista se marchase bonitamente sin decir más.

—¿No tienes nada que contarme, Beatriz? —dije suavemente—. ¿Cómo se ha despedido Mauricio de ti después de tomar el té?

—¡No pudo decirme nada! —respondió compungida—. Tía Patricia era toda oídos. Solamente me apretó mucho la mano.

—Y esta mañana..., ¿qué te dijo?

—Nada práctico.

Mi hermana encontraba poco práctico un beso. Fui a amonestarla, pero me lo impidieron sus sollozos. Se había echado a llorar ruidosamente, con verdadera congoja, cubriéndose el rostro con las sábanas, tratando en vano de ocultarse de mí.

—¡Lloras, Beatriz! —dije asombrada, ya que desde la muerte de nuestros padres no había vuelto a verla tan angustiada.

—¡Se marcha, Isabel! Se marcha sin decirme que le gusto. Y yo seré desgraciada siempre.

Sin cesar de gemir, ocultó su rostro en mi hombro.

—No llores, encanto mío —dije, a punto de imitarla—. No soporto verte así. Estoy segura de que Mauricio te quiere. Siempre me ha

hablado de ti con entusiasmo.

—¿Por qué no me lo ha dicho?

—¿Acaso no te lo ha demostrado con... con algunos hechos...? —Tosí para no forzar su secreto.

—Temo que sea ilusión nuestra.

—De ningún modo. La vida nos ha proporcionado poca experiencia; pero las novelas nos han ayudado bastante. Yo juraría que te quiere, sin él mismo darse cuenta.

El deseo de consolar a mi hermana me hubiera hecho asegurar que leía en el corazón ajeno como en un libro abierto.

—Si no le vuelvo a ver, moriré de pena en «La Rinconada».

—No lo quiera Dios. Si a ti te pasase algo..., no sé qué sería de mí... Ya verás como todo se arregla.

Pero mi hermana seguía sollozando, cada vez más fuerte, estrujándome más y más el corazón.

—¡Seca esas lágrimas! Aún no se ha marchado... Y de aquí a mañana pueden ocurrir muchas cosas. ¿Quién te asegura que antes de irse no te escriba una carta diciéndote que le esperes?

—¿Lo crees de veras? —preguntó, esperanzada.

—¡Y tan de veras! Se me está ocurriendo un plan...

—Isabel, tengo miedo a tus planes...

—Pierde cuidado. No es cosa importante. ¿Quieres depositar en mí tu confianza?

—Bien sabes que sí, pero...

—No hay pero que valga. Duerme tranquila. Te doy la palabra de Isabel de Arozamena de que el día de mañana traerá gratas novedades.

Apagué la luz y recé para que se durmiera. De puntillas, para no despertar a la tía, que duerme cerca, salí de la habitación y me introduje en la mía. Necesitaba madurar el plan. Sentada a los pies de mi cama, dejé volar la imaginación. ¡Dichosa imaginación, que tantos disgustos me ha dado!

Era medianoche cuando encontré una solución que me pareció grandiosa. Entonces decidí dormir, para tomar fuerzas y tener éxito al día siguiente.

Amanecía cuando me desperté sobresaltada, temiendo no haberlo hecho a tiempo. Miré el reloj, que marcaba las cinco de la mañana. Silenciosamente me vestí con mi ropa deportiva, animándome a mí misma, encontrando maravilloso mi plan. Evitaría toda clase de penas a Beatriz, aunque para ello tuviese que pasar el Rubicón.

A tientas entreabrí la puerta y salí al pasillo, llevando las botas en la mano, con las mismas precauciones que un indio sioux en terreno de guerra. Atravesé el corredor sin respirar y bajé la escalera, rehuyendo los peldaños, que crujían escandalosamente.

Me costó gran trabajo levantar la pesada barra de hierro con que tía «Pat» se cree a salvo de los ladrones. Abrí por fin la puerta y, tras de dejarla un poco entornada, eché a correr, saltando de un brinco la verja del jardín. Allí me detuve para tomar aliento y calzarme las botas de clavos.

Empezaba a amanecer. El cielo, cuajado de estrellas, parecía reconvenirme por mi nocturna escapatoria.

«¡Si tía Patricia se enterase!», pensé con temor.

Pero los llorosos ojos de Beatriz borraron todo miedo de mi corazón. A pasos rápidos emprendí el camino de «Los Abetos», cuya silueta apenas se distinguía en la oscuridad. Sabía que Mauricio había fijado su partida para las seis de la mañana, y puesto que solo faltaba una hora, era lógico que ya estuviese levantado, haciendo preparativos. ¿Conseguiría hablarle a solas? Esta era mi principal preocupación. De ello dependía el éxito de todo lo demás. Tenía que triunfar. Si fracasaba, mi hermana no me lo perdonaría nunca... Fiaba en mi suerte, que jamás me abandona.

El cielo estaba más claro y la luna habíase ocultado cuando llegué ante las tapias de «Los Abetos». Me detuve, no sabiendo si dar un campanillazo en la verja o esperar. Un ruido insólito hízome mirar a un lado, y apenas pude contener un grito de alegría. La casualidad venía en mi ayuda. Mentalmente di gracias a Dios, que me favorecía. En el extremo del parque, delante del garaje, un coche reluciente estaba detenido, y al lado de él, con un «mono» oscuro y una manguera de agua, Mauricio llenaba el depósito, preparándolo para el viaje.

—¡Mauricio! —llamé.

Levantó la cabeza, pero sin duda creyó haber oído mal, porque continuó su tarea, impasible.

—¡Señor Vera! —repetí.

Esta vez miró hacia donde yo estaba y, lanzando una exclamación de sorpresa, soltó la manguera, acudiendo a mi lado.

—¡Isabel! ¿Usted aquí a estas horas? —dijo asombrado.

—Sí; vengo de incógnito —repuse con la voz temblona.

—¿Su hermana ha empeorado del pie?

—No, afortunadamente. Se trata de otra cosa... Quisiera pedirle un favor… si no le molesta, señor Viera.

Su cara demostró gran extrañeza ante mi tono solemne.

—¿Un favor a mí? Usted dirá, Isabelita.

Intenté fingir un puchero, que resultó terriblemente verídico.

—¿Qué le ocurre? —se inquietó.

—Quisiera que... me acompañase al torreón.

No se hubiera asombrado más de haberle dicho que era el espíritu de Napoleón I.

—¡Al torreón... a estas horas! —exclamó.

—Sí... Necesito imprescindiblemente subir allí.

Una lágrima rodó por mi mejilla. Recordaba que del éxito de mi empresa dependía la felicidad de Beatriz.

—¿Está llorando? —preguntó, dándome afables golpecitos en un hombro, sin poder disimular su perplejidad.

—Necesito subir y me da miedo ir sola —repetí, obstinada.

—Está bien; no llore. La acompañaré si lo desea...

—Ayer, durante nuestra excursión, dejé olvidada una cosa. Una medalla de tía Patricia, que llevaba yo puesta y que ella tiene en mucha estima. Tengo que encontrarla antes de que la tía se despierte. De lo contrario, me reñirá de un modo horrible.

Sentíame avergonzada de mentir por vez primera en mi vida.

—Si quiere que interceda ante su tía, lo haré con sumo gusto y se evitará la caminata —dijo el muchacho, a quien por lo visto no seducía, y con razón, el paseo.

—¡No! —atajé rápida—. Delante de usted no diría nada, y luego sería espantoso...

Mauricio me miraba asombrado, sin duda por descubrir tan horrendo carácter en la afable persona de tía «Pat», y a mí me remordía la conciencia del retrato tan poco halagador que le estaba haciendo.

—En fin, si lo cree necesario... —murmuró por pura cortesía—. Tendremos que darnos prisa, porque dentro de hora y media he de salir de aquí... Espere. Me pondré la chaqueta.

Entró en la villa y aguardé unos instantes que me parecieron siglos. Al fin volvió con un chaquetón de cuero color oscuro.

—¿En marcha? —dijo.

Sin pronunciar palabra volvimos a recorrer el camino del día anterior. El novelista me maldeciría interiormente, sin sospechar que trabajaba por su dicha.

—Cuánto siento molestarle, Mauricio.

—No es molestia —replicó finamente. Sin embargo, una penosa ascensión, a las cinco de la mañana, con un frío que se metía en los huesos, no era un paseo delicioso.

Faltaba poco para alcanzar la cumbre y llegar al torreón. Volví a insistir:

—No sabe cuánto se lo agradezco y lo feliz que me ha hecho acompañándome.

Me dirigió una mirada de extrañeza por mi excesivo entusiasmo.

—No tiene tanta importancia.

Nos encontrábamos ante la puerta del edificio, y nos detuvimos.

—Ya hemos llegado —dije—. No se ha hecho demasiado largo.

Él no hizo el menor comentario; de seguro no era de mi opinión.

—No se moleste en coger la llave —repuso—. Yo la alcanzaré. —De un ágil salto sacola del escondite.

—¿Lleva cerillas? —pregunté.

—Sí. Traigo una caja.

Abrió la puerta y dejome paso.

—Pase delante —rogué—, si no le asustan los ratones. Obedeció amablemente y entró en el oscuro desván.

—Tenga cuidado con ese saco, Isabel —le oí decir a través de la puerta.

Porque yo... había cerrado tras él, con doble vuelta de llave, y corría desenfrenadamente hacia «La Rinconada», después de haber cometido la GRAN LOCURA.

h

A las seis y media de la mañana, según el despertador de mi cuarto, me introduje en este, felicitándome de que mi ausencia no hubiese sido notada. Me senté en la cama, y así estuve mucho rato, sin poder coordinar mis ideas.

Cuando salí del estado de coma, oí a Martina trajinar en la cocina, y bajé tranquilamente, como si acabase de levantarme.

—Buenos días, Martina —saludé.

—¿Levantada ya...? ¿Quiere que le sirva el desayuno?

—Esperaré a tomarlo con mi tía —respondí, dejándome caer en una silla. Me sentía cansada por la caminata y empezaba a invadirme un horrible nerviosismo.

¿Qué estaría ocurriendo ALLÍ?

—Temprano se pone usted las botas y los pantalones —criticó Martina, que no soportaba el verme vestida de chico.

—Voy a salir a dar una vuelta, y me molesta vestirme dos veces.

—Si quiere ayudarme, puede ir preparando la mesa para el desayuno.

Me dirigí maquinalmente a la sala, cubriendo la mesita con un mantelito de hilo. Las tazas se me escurrían de las manos, y a punto estuve de hacer añicos el tarro de la miel.

Encendí un buen fuego en la chimenea y me senté en un sillón, esperando la llegada de mi tía. ¿Cómo estaría Beatriz?...

El cansancio y la emoción me cerraban los ojos. No podía dejar de pensar qué haría ÉL... Estaría furioso hasta que le explicase... La primera parte de mi plan había salido bien. ¿Saldría la segunda?

Cuando volví a tener noción de la realidad, el sol entraba a raudales por el ventanal. Me había dormido. De un salto me levanté horrorizada. ¡Eran las once, y Mauricio llevaba seis horas encerrado en el torreón!

Indignada, increpé a Martina:

—¿Cómo me han dejado dormir tanto? ¿Y mi tía?

—Su tía marchó hace rato a «Los Abetos». La señorita Beatriz, que ya tiene su pie mejor, marchó también.

—¿Han ido a «Los Abetos»? ¿Para qué...?

—Vino el señor inglés, el del bigote, preguntando por el sobrino de doña Asunción. Tenían que marcharse a las siete y ha desaparecido.

—¡Adiós! —fue mi brusca respuesta.

Y acto seguido abrí la puerta de la calle sin escuchar los gritos de Martina:

—Pero... ¿no toma siquiera el café...?

¡Para café estaba yo...! ¡Temblaba de emoción mientras escalaba la montaña, sin hacer caso del viento que azotaba mis cabellos! Subí tan de prisa, que me encontré en la cima sin poder precisar cómo había llegado.

Apretándome el corazón con una mano, para contener los fuertes latidos, golpeé con los nudillos la puerta.

—¡Mauricio! —llamé.

—¿Qué hay? —respondió una voz desconocida de puro furiosa.

—Soy Isabel —dije tontamente.

—¿Quiere abrir de una vez? Su tono aterraba.

—Voy en seguida —prometí.

Saqué la llave del pecho y abrí la pesada puerta, cerrándola tras de mí. Contemplé entonces a un Mauricio despeinado, enfadadísimo, que me miraba fijamente.

—¿Querría explicarme por qué me ha hecho objeto de una broma tan desagradable?

—No se trata de una broma —dije, deteniéndole con un ademán—. Se trata de algo distinto. Quería hablarle.

—¿Y para hablarme me tiene encerrado seis horas seguidas entre cuatro paredes?

—Le suplico que me perdone... No era mi intención retenerle tanto rato. Me dormí y...

—Eso no me interesa. ¿Quiere decirme por qué me ha encerrado como a un oso?

—Sencillamente, PORQUE LE HE RAPTADO A USTED, señor Viera.

Su rostro reflejó primero duda, y asombro después.

—Temo haber oído mal —dijo—. ¿Quiere repetirlo?

Repetí la frase, a la que siguió un prolongado silencio, solo roto por el ruido de nuestras agitadas respiraciones. Finalmente hizo lo que yo menos esperaba.

¡Se echó a reír! Lanzó una carcajada que me hizo estremecer por la frialdad de su tono.

—¡Es usted... ridícula!

—No hago más que practicar lo que usted me aconsejó —repuse, deseando convencerle.

—¿Que yo le aconsejé... que ME RAPTARA? —gritó, iracundo.

—Usted dijo que la violencia era conveniente cuando, poseyendo la seguridad de ser amado, el otro no se había dado cuenta de sus sentimientos.

—Bien, ¿y qué? —rugió, más que habló.

—Pues que yo trato ahora de «despertar el amor durmiente». Esta fue su propia frase —murmuré angustiada.

Hubo otro silencio.

—¿Va a descubrirme que estoy enamorado?

—Eso mismo —dije.

Otro silencio pesado me hizo sospechar que la cabeza de Mauricio era un caos.

—Creo no comprenderla bien. ¿Ha sido lo suficiente ingenua para... declararme su amor?

El tono habíase dulcificado. Sus oscuros ojos me miraban de un modo extraño.

—No se trata de mí —repuse ruborizada— Se trata de Beatriz.

—¿Beatriz? —repitió como un eco.

—Sé que usted la quiere, a pesar de que no se da cuenta.

—¿Que... yo... quiero... a Beatriz?

Un rayo que cayese a mi lado no me hubiera producido peor efecto que su expresión perpleja repitiendo mis palabras. Comprendí en aquel instante el grave error que acababa de cometer. Mauricio no quería a Beatriz ni había pensado jamás en ella. Demostrábanlo sus ojos asombrados y su expresión atónita.

—¡Que yo quiero a Beatriz! —volvió a decir, siendo causa de que la frase me martillease los oídos.

—Sí; usted la quiere, y se lo ha demostrado cien veces con sus indirectas y sus acciones. Usted la ha hecho enamorarse, y en el fondo sé que le corresponde, aunque no se ha dado usted mismo cuenta...

Contemplando su cara, mi seguridad vacilaba.

—Por eso me propuse que no se marchara sin declararle su amor —añadí—. Ayer, aquí mismo, me dio usted una idea hablando de su novela. El enamorado raptó a la muchacha para hacerla reaccionar y que comprendiera que le quería. Como mi hermana es incapaz de hacer eso y yo no quiero que ella sufra, me decidí a hacerlo yo... Lo hago por su felicidad.

Al concluir el largo párrafo sentí la garganta seca y tirante y las mejillas ardiendo.

—Así, pues..., ¿es verdad que me ha raptado? —dijo, tras una pausa. Su sonrisa era de hielo y un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo—. ¿No comprende que me ha puesto en ridículo ante mis

propios ojos? ¡El rapto de Mauricio de Viera...! ¡Es usted sencillamente grotesca...!

Su indignación, en lugar de amilanarme, empezó a inundarme de rabia también.

—Usted escribe unas cosas y piensa otras —exclamé retadora.

—¿Coloca en el mismo plano a una mujer y a un hombre? —dijo.

—En lo referente al amor, sí...

—¡Qué sabe usted de amor, chiquilla! —me lanzó con acento indefinible.

—Todas las cosas que le ha dicho a Beatriz, toda esa cantidad de indirectas, ¿tampoco significan nada? —dije airada.

—¿Indirectas?

—Sí. Usted dijo que cualquier hombre se enamoraría de ella sin darse cuenta, y muchas cosas más. ¿Por qué las dijo?

De acusado me había convertido en acusador.

—Porque así lo pensaba.

—¡Ah! Lo pensaba... ¡Pues es usted un vulgar conquistador que se divierte destrozando el corazón de las muchachas ingenuas!

—¿Tengo la culpa de ser mal interpretado? Jamás he dicho una palabra a su hermana que tuviese otra intención que la de una cortesía corriente. Jamás le he dirigido una frase de doble significado. Para mí es solo una niña encantadora.

—Y... ¡el beso...! —le increpé triunfante—. ¿También es una cortesía dar un beso? ¿Suele besar a todas las niñas?

—¿Qué beso?

—¡No se haga el inocente! Ayer le dio un beso a Beatriz, cuando la llevaba en brazos.

Puso una cara más perpleja, si cabe, de lo que ya la tenía.

—Es usted mala psicóloga —exclamó—. Ahora comprendo a lo que se refiere... Llevaba a su hermana en brazos y por un movimiento casual le hice daño en el pie. Se quejó y le rocé el cabello con los labios, como podría haberlo hecho con una niña lastimada... Juro que es verdad. Creo que ni siquiera se enteró.

—Entre muchachos y muchachas no existen los besos platónicos.

—¿Sabe usted algo de besos, por ventura?

—Realmente aún no ha habido un necio conquistador que me besase. Creo que si lo hubiera hecho le habría contestado adecuadamente.

Miré sus ojos y vi que cuanto más me enfurecía yo, más iba él dulcificándose, hasta brillar en su mirada una chispa burlona.

—Por lo demás —agregué—, mi hermana está de enhorabuena. Esperaba otra cosa de usted.

—Beatriz es una amiguita deliciosa. Lamento el equívoco. Pero tengo la conciencia tranquila de no haber insinuado el más pequeño

flirt.

—¿Pretende que le crea? —repuse con sorna. No podía soportar la amargura de mi fracaso—. Un día dije que era usted simpático. Hoy creo que es usted el hombre más estúpido que conozco.

—¡Isabel!

—No retiro el adjetivo.

—¿Qué debo yo pensar de una chica que rapta hombres? —me increpó irritado.

Enrojecí hasta las orejas.

—Es usted indelicado y grosero. Casi estoy por dejarlo encerrado varios días —amenacé.

—Sí, ¿eh...? ¿No sabe que me ha estropeado un negocio importantísimo, el más importante de todo el año? —dijo con ira.

—También usted ha estropeado la vida de mi hermana...

—Todo son fantasías suyas, Isabel. Le aconsejo que se cuide esa imaginación calenturienta.

—¡...!

¡Ya estaba hecho! Sin poderlo evitar, mi mano se había posado con excesiva brusquedad en su mejilla.

—¡Isabel! —exclamó sujetándome con aire amenazador—. Me dan ganas de responderle con otro… cachete..., pero es usted... ¡adorable!

Y con brusca transición cogiome la cabeza... ¡y me besó! Pero fue un beso... No platónico, como el de Beatriz. Un beso en los labios, que me hizo estremecer y que duró... ¿un minuto?, ¿un siglo...?

Retrocedí temblorosa, llevándome la mano a la boca, temblando de pies a cabeza.

—Es usted un... —no sabía qué adjetivo darle.

—Perdóneme—se excusó, completamente confuso—. Le juro que no era esa mi intención. Estaba usted tan graciosa enfadada..., tan incitante...

—Es usted un... besucón —repetí obstinada, sintiendo mi cara roja de vergüenza—. Ayer besó a Beatriz. Hoy a mí... Me figuro que también besará a Martina y a tía Patricia...

—Le aseguro...

—¡Basta! —proseguí, deteniéndole con un gesto—. Ha interpretado mal mi fatal idea de encerrarle. Puede marcharse. Deseo no volver a verle.

Pero entonces ocurrió lo más espantoso. En el umbral de la puerta, con gesto de haberlo oído todo, tía Patricia y Beatriz contemplábanme airadas. Los ojos de mi hermana despedían chispas y por vez primera en nuestra vida miráronme con odio. Las gafas de mi tía temblaban sobre su nariz, prueba evidente de la emoción que la embargaba...

Perdí la cabeza, dándome cuenta en aquel momento de la espantosa acción que había cometido. Ni mi hermana podría

agradecérmelo. ¡Raptar a un hombre! ¡Suplicarle amor... para otra mujer!

El desván daba vueltas ante mis ojos. Temí desmayarme, y, dando un violento empujón a mi tía, bajé corriendo, casi rodando, las laderas de la montaña. Deseaba olvidar, borrar aquella escena, y me avergonzaba de mí misma por mi locura. Tropecé con una piedra, cayendo sobre la nieve. El frescor de esta me hizo mucho bien, y, cogiendo un gran puñado, me lo pasé por la cara y las mejillas. ¡Qué fracaso el mío y qué amargura! ¡Ya nunca podría ser la vida como hasta entonces...! Beatriz no me querría y tía «Pat» avergonzaríase de mí.

Gruesas lágrimas empapaban el suéter gris. ¡Si pudiera irme lejos!

Esta idea me recordó algo. Rápidamente salvé la distancia que me separaba de «La Rinconada». Subí a mi cuarto velozmente y, bajando de lo alto de un armario la vieja maleta de cuero castaño, empecé a llenarla de cosas. Unos pijamas, dos pares de medias, mi libro de misa, el retrato de mis padres, otro de la ingrata Beatriz y algunos objetos más.

Cinco minutos después salí de la villa sin que mi presencia hubiera sido advertida por Martina. Me atormentaba la idea de la violenta situación en que habrían quedado los tres personajes del torreón. Ni sombra de ellos divisábase por el camino.

A todo correr, arrastrando la maleta, dirigí mis pasos, por segunda vez en aquel día, a «Los Abetos». Creo que batí el récord de velocidad, recorriendo el camino en cinco minutos, a pesar del molesto estorbo del equipaje.

Un gran auto, cerrado, cargado de maletas, estaba detenido ante la verja.

«¡Es el de los Flynt! —dije—. ¡Aún llego a tiempo!...» Momentos después encontrábame en el elegante vestíbulo, donde reinaba gran agitación.

—¿Ha visto a Mauricio? —preguntó doña Asunción al verme entrar.

—¿Mauricio? Está en el torreón, donde había ido a hacer fotografías... Se le cerró la puerta estando la llave por fuera... Eso he oído decir... Mi tía lo ha encontrado y vienen para acá...

—¡Alabado sea Dios! —exclamó la anciana.

—¡Qué demonio de fotografías! —gruñó Sprules. Gladys mirome en silencio, y noté que no creía del todo mi burda mentira.

—Puesto que nada ha ocurrido, nosotros ya podemos marchar —dijo miss Flynt—. Mi pobre hermano está impaciente...

—Pero... ¿qué hace usted con esta maleta, Isabel? —preguntó Sprules.

—Vengo a decirle a miss Flynt que tía Patricia consiente, por fin,

en dejarme ir con ella murmuré con fingida alegría.

La tarde anterior había dado una negativa a la inglesa cuando esta le expuso su deseo de llevarme a Londres.

Un coro de exclamaciones acogió mi frase.

—¿De verdad, Isabelita? —La impulsiva señora vino a abrazarme cariñosamente—. ¡Cuánto vamos a divertirnos!

—Aquí está mi pasaporte. —Dada nuestra proximidad con la frontera y las frecuentes incursiones que hacíamos por tierra francesa, teníalo en regla, afortunadamente—. Desearía marchar cuanto antes —supliqué—. Ya me he despedido de «La Rinconada» y quisiera evitar otro nuevo mal rato.

—Ahora mismo, querida. Voy a ver si mi pobre hermano está ya a punto.

Tardó varios minutos, que a mí me parecieron siglos, en volver seguida del almirante.

Mi temor era que la improvisada llegada de la tía con Mauricio desbaratase mis planes. Con febril ansiedad seguía los movimientos de los dos ancianos, que, tras de repartir abrazos y apretones de mano, tomaron asiento en el coche.

El motor rugió, y asaltome la idea de que se iba a estropear en aquel momento, para hacernos quedar en Villarza. Pero, por suerte mía, el chófer lo puso en marcha suavemente. Y tras de agitar los pañuelos, desaparecieron de nuestra vista la graciosa construcción de «Los Abetos» y la pesada mole de «La Rinconada».

Una hora después cruzábamos la frontera, y yo, como si fuese un perseguido por la ley, me sentí en libertad.

Esta ha sido la horrenda pesadilla.

SEGUNDA PARTE

ISABEL EN LONDRES

h

IX

h

Diario de Isabel

Hace varios meses que cerré este cuaderno, y han transcurrido tan vertiginosamente, que no he tenido tiempo para coger la pluma y anotar las diversas sensaciones que he experimentado durante esta temporada extraña y maravillosa. Villarza paréceme lejana y ancestral, ya que llevo la imaginación llena de los esplendorosos lugares visitados.

Al salir de «Los Abetos», miss Flynt aseguró que estaba cansada de paisajes nevados y que deseaba saciarse de sol. Por lo tanto, como el almirante no tuvo esta vez nada que objetar, tomamos rumbo a Niza. En un pequeño carnet he anotado los nombres de los innumerables hoteles visitados en la Costa Azul.

Miss Flynt, acometida del vértigo de los viajes, nos obligaba a preparar las maletas sin casi habernos dado tiempo a visitar cada sitio, haciendo mezclarse en nuestra imaginación, como los vinos de un coctel, los jardines de Montecarlo con la playa de Jean-les-Pins, la carretera de Antibes con las avenidas de Villefranche.

Una mañana, el almirante puso fin a nuestro continuo deambular con un «¡basta!» que por una vez hizo achicarse a miss Flynt y tomar el expreso de París.

Por mi parte, he de decir que me gustaba la agitación, ya que me hacía olvidar lo que deseo tener enterrado en lo más profundo de mis recuerdos.

Al llegar a París, mi protectora y amiga decidiose a inspeccionar mi guardarropa.

—Hasta ahora todo ha ido bien, querida —dijo—. Durante nuestros viajes has tenido suficiente con el trajecito sastre y las otras cosas que compramos. Pero ahora necesitas proveerte de lo indispensable para una mujer elegante.

—Creo que eso será terriblemente caro, miss Flynt —atrevime a decir.

—No te proecupes, Isabelita —tranquilizome—; será un placer para mí proporcionarte esa pequeña alegría... ¡No digas que no! ¡Ya verás lo divertido que resulta...!

Y, por supuesto, no tuve más remedio que someterme y ceder. Y de nuevo la «mujer-vértigo» apoderose de mi persona, haciéndome recorrer en pos de ella, como un perrillo faldero de ojos asombrados, todos los altares de la moda, universalmente conocidos, que tienen su sede en la rue de la Paix, y las fantásticas tiendas dedicadas a la

exclusiva venta de toda clase de bagatelas deliciosas. ¡Vestidos como los que yo había imaginado leyendo los libros de un novelista de ingrata memoria, juveniles y elegantes, que me hacen dudar de si será la misma Isabel de «La Rinconada», con sus pantalones de pana y sus botas de nieve, la imagen que me devuelve el espejo, mucho más esbelta, ¡más mujer y hasta más alta!

—Todos estos trajes necesitan debajo una linda ropa interior, querida —me dijo mi protectora—. Ninguna muchacha se sentiría a gusto llevando bajo esas telas suaves unas combinaciones detestables. Elegiremos unas prendas deliciosas. No sabes cuánto me divierto.

Y volvieron a pasar ante mis atónitos ojos sutiles crespones rosa, malva, crema, exquisitos encajes de tono marfil y humo, medias transparentes como el aire y finas como cutis de bebé. De nada sirvieron mis tímidas protestas a la bondadosa miss Flynt.

—Es excesivo... Jamás podré estrenar tantas cosas...

—No te preocupes, Isabelita. Cuando estemos en Londres necesitarás todo eso y mucho más...

Y continuó divertida en la tarea de gastar, lo mismo que si se entregara a los placeres del «asesino» o del «*similia*».

El almirante, a quien su gesto anterior había dado buenos resultados, volvió a imponerse, asegurando que deseaba pasar en su casa de Londres el resto de la primavera. Fue como una orden de marcha, porque en seguida empaquetamos nuestro abundante equipaje, facturándolo camino de Londres.

Y estas son, relatadas a grandes rasgos, mis aventuras hasta que embarcamos en Francia, camino de Inglaterra, sintiendo yo una antipatía invencible hacia la tierra donde había vivido AQUEL a quien jamás volveré a nombrar, aunque tranquilizada por la seguridad de que esa Odiosa Persona está en California, según aseguró cierta mañana, sentado sobre un saco de castañas, en el torreón de terribles recuerdos.

Con este ánimo atravesé el canal de la Mancha y divisé por vez primera las costas de la Pérfida Albión.

h

Hundida en un sillón, en mi agradable saloncito, emborrono estas cuartillas, las primeras desde Londres.

Llegamos ayer y aún estoy asombrada del confort y opulencia que me rodean. Sabía que los Flynt eran gente adinerada y habíame convencido más al ver el tren de vida llevado en los grandes hoteles. Pero jamás pude sospechar que su casa de Park Lane fuese tal dechado de riqueza y de buen gusto.

Sentí que me achicaba hasta quedar convertida en un pigmeo

cuando me encontré deslumbrada en el redondo vestíbulo, de enormes dimensiones, en cuyo suelo, de mármoles blancos y negros, formando caprichosos dibujos, vi reflejada la imagen desconocida de mi nueva «Personalidad», con el sombrerito de viaje y el abrigo de flexible piel.

Del vestíbulo, a cuyos lados se abren innumerables salones, parte una inmensa escalera, subiendo la cual me creo una princesa de cuento de hadas.

—Estas serán tus habitaciones, Isabelita —me dijo miss Flynt al llegar.

Y me introdujo en ellas, que son una delicada sinfonía de toda la gama del verde, con muebles bajitos, absurdos; alfombras mullidas, que se hunden bajo los pies; preciosos jarrones, siempre llenos de flores frescas, enorme lujo en este Londres misterioso que tengo curiosidad por conocer.

El contiguo cuarto de baño es la maravilla que siempre deseé poseer. Abundan en él grifos misteriosos, tarros de sales olorosas, inmensas toallas, a tono con las paredes, de un matiz blanco brillante.

Me sentí contenta, con esa alegría un poco pagana que produce la riqueza, aunque esta sea ajena, y solo temporalmente compartida, y así se lo dije a mi anfitriona, que contestó alegremente:

—Prepárate, Isabelita, a pasar la temporada más divertida de tu vida. Hace tiempo que deseaba tener una compañera animada como tú.

Me asalta el temor de no ser, desgraciadamente, todo lo animada que mi buena amiga merece.

A los pocos días de dejar mi casa escribí una larga carta a Beatriz y otra a mi tía, diciéndoles lo avergonzada que estaba por mi comportamiento, a pesar de haber obrado de buena fe, suplicándoles me enviasen unas palabras de afecto. Pero ninguna de las dos se ha dignado responder. La ofensa es demasiado grande para que puedan perdonarla. Por eso mi felicidad es relativa.

Por esto y porque sé que existe un hombre (odioso, necio, indeseable) que tiene derecho a despreciarme y a pensar de mí lo peor..., la chiquilla que supo llevarle a una encerrona..., la mujer fácil a quien se atrevió a besar, por haberle dado pie con su conducta incalificable...

¡No! Ni con grifos misteriosos, ni jarrones con flores, ni paredes pintadas al óleo, podré jamás sentirme regularmente dichosa, habiendo cometido lo que un día llamé «la gran locura», y que es, nada menos y nada más, que raptar a un hombre.

X

h

Diario de Isabel

—¿Quieres instalarte al lado de la piscina mientras subo al bar a tomar un refresco?

Miss Flynt me hacía esta pregunta en el ultramoderno edificio llamado «Acuario», donde habíame llevado aquella mañana.

—Un lugar delicioso —me aseguró. En pleno invierno puede practicarse la natación. El agua está templada y el aire acondicionado. Solo hay peligro de coger un resfriado a la salida. Esto puede evitarse yendo en el coche.

Encontrábame ahora enfundada en un bañador blanco, no habiendo podido resistir la tentación de sumergirme en la enorme piscina pompeyana, llena de agua transparente y tibia. Por el techo de cristales entraba la luz del sol, luminoso aquella mañana de mayo, y la falsa temperatura veraniega producía un inefable gozo de vivir.

—Puede ir al restaurante tranquilamente, tía Ermyntrude —dije sonriendo—. Me voy a lanzar al agua ahora mismo.

La causa del original título de «tía Ermyntrude» fue el resultado de una conversación sostenida durante la noche anterior.

Por rara casualidad, ignoraba el nombre de miss Flynt. Quedé sorprendida cuando su hermano le dijo:

—Sírveme otra taza de café, Ermyntrude.

Parece ser que este horrible nombre es corriente entre la aristocracia inglesa; pero, lo mismo que el de Cyril Sprules, jamás podré pronunciarlo con seriedad. Apenas pude contener la risa cuando mi protectora dijo que era impropio que la llamase miss Flynt y que debía llamarla «tía Ermyntrude».

Emparentadas tan singularmente, mi nueva tía aceptó con agrado el título que le di en el «Acuario».

—Diviértete, Isabel —me aconsejó, alejándose con su paso menudo.

Me cubrí los cabellos con un gorrito de goma color rojo y me lancé del trampolín con la más artística zambullida de las aprendidas en verano, cuando me bañaba acompañada de Toni en el lago de Villarza. Siento verdadera pasión por el agua. Estaba tan sumamente deliciosa, que durante un cuarto de hora nadé sin cesar.

Mientras, pensaba alegremente en los días pasados. Un mes llevábamos ya en Londres, durante el cual había vivido más activamente que en el resto de mi vida. Miss Flynt había hecho de ella un torbellino. Reuniones, partidos de polo en Hurlingham, tenis en Battersea, meriendas en el Mayfair o en el Carlton, compras en el

Strand, bailes nocturnos en los palacios de Maida Vale, conciertos, estrenos teatrales, todo cuanto de agradable puede ofrecer una gran ciudad, habíalo yo disfrutado en compañía de tía Ermyntrude.

Y sobre todo habíame reservado una maravillosa sorpresa. Días antes me presentó al muchacho más simpático de cuantos he conocido: guapo, elegante, moreno (odio a los rubios) y millonario... Además de todas estas cosas, es una autoridad en asuntos teatrales. Dirige varias empresas y lanza artistas de categoría. Me ha oído cantar y mi voz le ha entusiasmado. Por esto se ha convertido en mi asiduo acompañante. Es sudamericano.

Miss Flynt me ha prevenido un poco contra él: «Ten cuidado, Isabelita. Miguel Leiva tiene fama de tenorio. Es lo que pudiéramos llamar un pillín».

Sin embargo, a mí me rodea de respetuosa atención, y me hace olvidar que existen hombres desagradables. Decididamente, estoy contenta con su amistad. Sobre todo desde ayer, en que habló a tía Ermyntrude ofreciéndome la oportunidad soñada de hacerme famosa. Se trata de una fiesta benéfica que está organizando. Tendrá lugar en el teatro Auditorium, en presencia de los reyes y de lo más selecto de la sociedad. Entre otras cosas, se cantará un acto de *Aida*. Para eso... ¡ha pensado en mí! Es tan maravilloso que me resisto a creerlo.

—La cantante presentada esa noche tiene su carrera asegurada —dijo con su acento acariciador—. ¿Querrá usted probar fortuna, Isabel?

Tía Ermyntrude aceptó encantada. Yo también, y he empezando a estudiar *Aida* con un profesor de canto que asegura que mi voz está naturalmente bien impostada.

¡Si no fuera porque mi familia continúa sin escribir, estaría loca de felicidad! Tía Patricia puso unas líneas corteses a miss Flynt autorizando mi estancia junto a ella, pero sin dedicarme a mí una letra.

Llegaba a este punto de mis pensamientos, sumergida en la piscina del «Acuario», cuando ocurrió el terrible percance: practicando el *crawl* con la cabeza dentro del agua, fui a chocar contra algo duro, que resultó ser la cabeza de otro bañista.

—Perdón, señorita —me dijo cortésmente.

Y al oír su voz inolvidable, alcé los ojos con el mismo espanto que si tuviese ante mí un tritón con algas a guisa de cabellos y manos cubiertas de escamas.

—¡Usted! —grité. Porque ante mí estaba el hombre que un día encerré en un torreón.

Fue él quien primero pudo hablar.

—¡Isabel! —exclamó—. ¡Qué extraordinaria sorpresa! —Estaba desconcertado, aunque no tanto como yo, que sentí deseos de dejarme

ahogar en la piscina tan ponderada por tía Ermyntrude.

—Sí; es sorprendente —tartamudeé, haciendo un brusco movimiento que me hizo tragar agua.

—Siempre pensé que nos volveríamos a ver. Pero nunca creí que nuestro primer encuentro fuese tan original —aseguró con su odiosa sonrisa.

—¿De veras? Si he de ser sincera, no tenía el menor deseo de que este encuentro se produjese. Creí que estaba usted en América.

—¿Me guarda rencor, Isabel?

¡Me preguntaba si le guardaba rencor! Su cinismo me irritó.

—Creo que... no tenemos nada que decirnos..., señor..., ¡perdón!, olvidé su nombre —mentí descaradamente.

—Viera —recordó con una sonrisa que se me antojó burlona—, Mauricio de Viera.

—Es cierto, señor Viera. Por lo tanto, permítame decirle adiós.

Le volví la espalda olímpicamente y seguí nadando en dirección opuesta.

—¿Sabe, Isabel, que no he dejado de pensar en usted ni un solo momento desde aquel día?

La voz del novelista, que nadaba a mi lado, sonó de nuevo en mis oídos, y en su tono adiviné algo indefinible. ¿Desafío? ¿Travesura?

—Le iba diciendo, Isabel —continuó, haciendo caso omiso de mi mirada fulminante—, que no he podido olvidar a aquella niña que fue lo suficientemente inocente para cometer una acción absurda, y lo bastante generosa para exponerse a una situación ridícula en beneficio de su hermana.

El recuerdo de aquellos crueles momentos me hizo enrojecer hasta la raíz del cabello. Odié su cinismo, que le impelía a recordármelo.

—Quisiera pedirle un favor, señor...

—Viera —atajó sonriendo—. ¿Un favor a mí?

Sin duda recordaba aquella madrugada de «Los Abetos», cuando dejó la manguera de agua en el suelo y respondió con el mismo tono, terriblemente correcto:

—¿Un favor a mí?

Cada frase servíame de cruel mortificación. Deseé con toda el alma no haberle conocido.

—Sí, un favor —recalqué furiosa—. ¿Querría llegarse a Trafalgar Square a ver si estoy allí...? Si no me encuentra, búsqueme por Piccadilly —concluí, alejándome.

Oí su risa de nuevo, y otra vez me alcanzó en dos brazadas.

—Me llevarían a la cárcel si apareciese en bañador, y no me agrada estar encerrado. —Subrayó la palabra con una mala idea que se me antojó infame—. Me gustaría, Isabel, que hiciésemos las paces —dijo.

—Perdón —objeté—, mi nombre es señorita de Arozamena.

Y volví a nadar con una velocidad terrible, sintiendo su risa a mi espalda y el ruido del agua removida por él. Así recorrimos, en ridícula persecución, la enorme piscina, durante mucho rato. Tuve que detenerme para tomar aliento. Se aproximó, sin el menor rastro de fatiga, y continuó la conversación.

—¿Por qué se marchó tan repentinamente de «La Rinconada»? Cuando mi tía se lo dijo a doña Patricia, no quería dar crédito a sus oídos. Tuvo mucha gracia.

—A mí no me la hace. Además, es usted un indelicado al recordar cosas que por caballerosidad debía olvidar.

—¡Olvidar! ¿Cómo voy a olvidar su carita llorosa y furibunda? ¿Usted ha conseguido olvidarlo...?

Llena de ira respondí:

—Tan solo recuerdo con agrado un momento de la funesta escena del torreón. —Hice una pausa para secar una gota de agua, o quizás una lágrima de rabia que temblaba en mis pestañas, y terminé—: Fue el instante delicioso en que le di la bofetada.

Sin detenerme a contemplar el efecto producido por tan rotunda frase, alcancé la escalerilla, abandonando la piscina rápidamente.

¡Nunca más podré pasarlo bien en Londres mientras corra el riesgo de tropezar con Mauricio de Viera!

XI

h

—Hoy llevaré el coche yo sola, Bates —declaró Isabel, abotonándose los guantes delante de la portezuela del pequeño Chrysler, que el chófer mantenía abierta—. Pienso pasear por las afueras.

Agarró el volante con visible placer. Una de las primeras preocupaciones de miss Flynt en La Riviera fue la de enseñar a conducir a la muchacha, ya que la buena señora disfrutaba haciendo gozar a los demás.

—Ya verás, querida, lo apasionante que es la velocidad —profetizó.

Y las carreteras asfaltadas de la Costa Azul supieron de los primeros ensayos de Isabel, de sus frecuentes *pannes* y de los diversos frenazos bruscos a dos pasos del tronco de un árbol.

Aprovechando que tía Ermyntrude padecía un fuerte catarro y no salía de casa, Isabel abandonaba la ciudad en el ligero cochecito azul, buscando el aire de los campos.

Atravesó lentamente las calles hirvientes de tráfico, sorteando las dificultades de la circulación. Cuando al fin consiguió ganar la carretera, pisó fuertemente el acelerador. Era delicioso sentir el aire ligeramente húmedo alborotándole los cabellos. La tierra, cubierta de flores silvestres, exhalaba un intenso perfume, e Isabel dio gracias a Dios por sentirse joven y fuerte y poder disfrutar de aquel placer maravilloso.

«Cuando sea una artista consagrada, tendré un cochecito como este y una villa en las afueras», pensó.

El recuerdo de su carrera artística hízole fruncir el ceño con ligera mortificación, recordando la tarde anterior. Miguel Leiva habíale telefoneado al mediodía, indicando que estuviera a las dos en el teatro para ensayar. Inmediatamente, Isabel se puso nerviosa, sintiéndose asustada y feliz por ir a entrar definitivamente en aquel mundo misterioso del arte.

Comió muy de prisa y muy poco, pensando que estaría mejor de voz, y en cuanto sirvieron el café dejó a miss Flynt dormitando en su butacón y se lanzó a la calle, parando un taxi, ya que el coche no estaba a punto. Como resultado de esta precipitación llegó la primera. En el local, un conserje malhumorado le indicó que entrase al escenario por unos pasillos sin luz. Se perdió en los corredores, empezando a sentir la angustia que pasara de niña en el laberinto de una feria. Todas las puertas ocultaban idénticos camerinos, de los cuales salía un perfume penetrante a cosméticos rancios. Al fin

distinguió un cartel con una mano negra indicadora, y un letrero con la siguiente inscripción: «Al escenario».

Consiguió llegar sana y salva, encontrándolo tan a oscuras como el resto del local. Apenas lo iluminaba la débil luz de un estrecho ventanuco, casi a ras del techo. Decidió sentarse a esperar, y lo hizo en el extremo de un banco, que crujió lastimosamente.

Sintiose decepcionada. Había soñado con una entrada triunfal, con Miguel Leiva recibiéndola en la puerta, mostrándole su eterna sonrisa, presentándola a sus compañeros como la futura diva a quien todos contemplarían con curiosidad. En rudo contraste con sus ilusiones, un escalofrío le recorrió el cuerpo. No había calefacción y empezaba a quedarse helada. Se subió el cuello del abrigo, dejando fuera los ojos, que comenzaban a cerrársele entre la oscuridad y el silencio. Escondió las manos en las bocamangas, pensando si aún tardarían mucho aquellos a quienes esperaba.

La primera noticia que volvió a tener del mundo fue una fuerte sacudida dada en un hombro por alguien que intentaba despertarla. Incorporose bruscamente, recriminándose por haberse quedado dormida. Miró alrededor. La vista del patio de butacas hízole volver a la realidad.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —La pregunta le fue hecha por un señor de mediana edad, con gafas y abundantes cabellos grises.

Medio dormida aún y completamente aturdida, no se le ocurrió más que responder:

—Soy... soy... la diva, y he venido a ensayar.

—¿La diva? ¿Qué diva?

—La que va cantar *Aida* —declaró.

El hombre hizo un gesto de comprensión.

—¡Ah, vamos! Es usted la debutante para la función benéfica. Ha venido demasiado pronto. Yo soy el maestro de canto y director de coros —añadió, presentándose.

—Tanto gusto —saludó Isabel, con timidez. Sentíase nerviosa en aquel ambiente extraño. Empezaban a llegar muchachas elegantísimas, y hombres correctamente vestidos. Se figuró que serían personas importantes. Más tarde supo que pertenecían al coro.

Nadie le hizo el menor caso, charlando y riendo con grandes muestras de alborozo. El profesor imponía silencio de cuando en cuando con unos gritos estentóreos que no obtenían más resultado que un momentáneo cambio del diapasón juvenil. Creyó Isabel que ensayarían acompañados por la orquesta, pero vio con asombro que solo el pianista ocupaba su puesto. A una seña del maestro, preparose, con las manos frías, a empezar a cantar.

—¿No podríamos esperar a que viniese el señor Leiva? —preguntó —. Tiene deseos de oírme.

—¿El señor Leiva? ¿Es su amigo? —interrogó el maestro.

—Sí. Es un buen amigo mío —respondió ingenuamente.

—Entonces esperaremos. Que empiecen a ensayar los coros.

El bullicioso grupo adelantose hacia el centro de la escena, con los papeles de música en la mano, charlando y empujándose hasta que el maestro impuso silencio, dando la señal de comenzar.

Apenas sonaron las primeras notas, les volvió a hacer callar con grandes muestras de indignación.

—¡Mal! ¡Muy mal! ¡Espantoso! —gritó—. ¡Una colección de grillos chiflados...! Vuelvan a empezar.

Y así diez o doce veces.

En aquel momento divisó Isabel a Miguel Leiva. Fue la impresión del náufrago que advierte a poca distancia el transatlántico que va a salvarle. El transatlántico, representado por el millonario, acudió inmediatamente.

—¡Se me ha adelantado, Isabel! —dijo muy cordial—. Creí que se haría esperar, como corresponde a una futura diva...

—Solo hace un ratito que he venido —mintió repentinamente tranquila.

—¿Ha cantado ya?

—He estado esperándole.

—Cuánto se lo agradezco...

Miró alrededor, pareciéndole que la decoración había cambiado. El fiero director había alisado sus cabellos y saludaba a Miguel con una sonrisa aduladora. Los coristas, que antes la ofendieron con su glacial indiferencia, observábanla al fin, dando muestras de visible interés.

«Miguel debe de ser importantísimo, cuando su presencia hace cambiar a personas y cosas», pensó, mientras míster Green la invitaba amablemente a cantar.

El millonario sentose en una silla a pocos pasos del piano, dispuesto a escucharla. Mirándole Isabel, con su traje oscuro y sus zapatos impecables, su cabello negro reluciente y su sonrisa animadora, sintió nuevo afecto hacia él.

Inició las primeras notas con voz un poco trémula. Cohibíale la presencia de tantos desconocidos. Era preciso acostumbrarse, ya que el día de la función cantaría nada menos que ante los reyes.

Míster Green interrumpiola suavemente:

—¿Quiere tener la bondad de repetir ese trozo, señorita, y decir más «piano» la primera frase?

Obedeció Isabel, respondiendo graciosamente al gesto alentador que Miguel le dirigía. Durante media hora continuó ensayando.

—Puede descansar... Ya ha cantado bastante. El próximo día lo hará con el tenor y la contralto, que no han aparecido hoy... —Tendiole la mano cortésmente—. Espero que no se habrá fatigado.

—¡Oh, no! En absoluto. Estoy acostumbrada a cantar durante horas seguidas.

Cinco minutos después se encontró en la calle con Miguel.

—¿Se ha puesto nerviosa? ¡Pobrecita...!

La palabra, dulcemente cariñosa, sirvió de bálsamo al agitado corazoncito.

—Hasta que usted llegó me sentía como el prisionero blanco que ve a los caníbales preparar la hoguera... Pero su presencia hizo cambiarlo todo...

Sonrió Miguel, comprensivo.

—Yo haré de usted una estrella rutilante a la que nadie podrá molestar si antes no pasa por el cadáver de su empresario.

Rio la muchacha alegremente.

—Quisiera hacerlo bien para satisfacerle.

Detuviéronse ante la mansión de los Flynt.

—¿No quiere entrar? —le invitó.

—Se lo agradezco. He de ir al Garrich, donde tengo una cita de negocios. ¿Cuándo volveré a verla?

—Puede telefonearme cuando guste.

—Así lo haré... —afirmó estrechando su manita.

—Le agradecería que fuese a los ensayos, por lo menos estos primeros días...

Miguel acogió la súplica con una sonrisa.

—Desde luego, la acompañaré. Irá siempre el gigante bueno al lado de Caperucita. Adiós, Isabel.

h

Mientras el coche devoraba kilómetros, ella recordaba la anterior escena. «Todas las carreras tienen sus inconvenientes y dificultades. Que el profesor sea un ogro no es motivo para inquietarse, siempre que conmigo se vuelva un manso corderillo...», se dijo, animándose.

El cielo estaba azul y habían desaparecido todas las preocupaciones de la víspera. Recorriendo los verdes campos de Sussex, decíase que solo tenía motivos para estar contenta. Además, hacía varios días que no padecía la insoportable persecución de Mauricio de Viera.

Porque la perseguía por todas partes. Después de la escena de la piscina, convirtiose en su sombra. Apenas salía de casa, notaba que la seguía su coche, y si para ahuyentarle se metía en el «metro», le encontraba sentado en cualquier mesa del local adonde ella pensaba dirigirse. ¿Cómo podría averiguar sus intenciones? Era un misterio. Ignoraba el poder de una espléndida propina dada a tiempo a una doncella.

Afortunadamente, hacía cinco días que el novelista habíase

esfumado. Se regocijaba, ya que su sola presencia poníala inexplicablemente intranquila.

Detuvo el coche ante la verja pintada de verde de un *cottage*, convertido en restaurante campestre. Tenía sed y deseaba mitigarla con cualquier refresco. Hizo sonar el *claxon* e indicó su deseo a una muchachita de largas trenzas que salió del edificio.

Mientras esperaba, quitándose los guantes de piel color castaño, le hizo volver la cabeza el ruido de otro coche. Abrió los ojos con asombro. Mauricio asomó la rubia cabeza por la ventanilla haciéndole un saludo amistoso.

—Voy a creer que se dedica a seguirme, adorable enemiga —sonrió alegremente—. Es demasiada casualidad esto de que nos encontremos en todos lados.

Esperó su contestación, pero Isabel dio rápidamente marcha atrás y tomó el camino de Londres.

Mauricio la siguió, conteniendo un gesto de inquietud ante su maniobra. Partieron los dos coches a diez metros de distancia, ante el asombro de la muchacha de las trenzas, que volvió a llevarse el refresco.

Isabel oprimía el acelerador pensando que aquella carrera podría acabar muy bien con la cabeza rota y el coche de tía Ermyntrude en cualquier cuneta. Pero su orgullo la impulsaba a no dejarse adelantar. Aquel hombre se divertía irritándola. Hundía más y más el pie en el acelerador, cuando oyó un ruido de cristales. Frenó rápidamente, y vio medio volcado el coche del novelista.

Su conciencia impulsola a prestar ayuda a un ser humano en peligro.

—¿Qué le ha ocurrido? —gritó retrocediendo.

—Un pequeño percance. Desgraciadamente, no me he herido —respondió el novelista tranquilamente—. Y digo desgraciadamente porque, si me hubiera usted visto con la cabeza partida, habría llorado de remordimiento.

Isabel no se dignó contestar.

—¿Necesita el «gato»? —preguntó con brusquedad.

—¿Un gato? ¿Qué falta me hace ahora un animalito de esos?

—Es usted muy ingenioso. ¿Quiere o no el aparato para levantar el coche?

—No es necesario. Lo que se ha averiado es el motor.

—¿No sabe arreglarlo?

—Los novelistas somos seres inútiles…

—Esa es mi opinión.

—¿Se va? —gritó Mauricio con rapidez.

—Avisaré al garaje más próximo para que vengan a remolcarle.

—Por favor, amiga Isabel...

—Yo no soy su amiga.

—Por favor, enemiga Isabel —corrigió con cómica seriedad—, no me abandone a la hora del almuerzo.

—¿Qué quiere que haga? Yo tampoco entiendo nada de motores.

—Las divas son algo inútiles también.

El motor del coche de miss Flynt empezó de nuevo a funcionar.

—¡Espere...! ¿No podría remolcarme?

Isabel titubeó.

—Enganche los coches y cállese de una vez —dijo por fin—. ¿Está ya? —preguntó al cabo de un rato, sin volver la cabeza.

—¡Ya está! —afirmó Mauricio alegremente—. ¿Puedo subir aquí?

—¡A mi lado! De ningún modo. Suba en el suyo.

—Está lleno de cristales rotos —objetó el pedigüeño novelista.

La paciencia de Isabel tocaba a su límite.

—¿Quién va a llevar el volante del otro?

—Lo he sujetado. La carretera es recta. Podemos ir despacio. ¿Me permite subir?

—Con una condición: que no me dirija la palabra hasta que le deje en un garaje. —¡Sea! —aceptó el novelista, con sonrisa enigmática.

Isabel abrió la portezuela, echándose a un lado para evitar su contacto. Lentamente recorrieron la carretera, con un silencio solo interrumpido por las llamadas del claxon.

—¿No es aquello un garaje? —preguntó Isabel al cabo, señalando un edificio cercano ya a las primeras casas de la ciudad.

Extrañándose de no recibir respuesta, añadió:

—Pregunto si aquello es un garaje, señor... —esperaba que el joven le recordase su nombre, como de costumbre, pero al ver que no lo hacía, concluyó—: señor Viera...

Mirole intrigada al advertir su nuevo silencio.

«No puedo hablar», expresó Mauricio por señas.

—Le relevo de su palabra, señor...

—Viera —concluyó él.

Y la joven se mordió los labios para no sonreír.

—Sí; aquello es un garaje. Es un garaje..., siempre que no sea un restaurante o una iglesia metodista...

—¡Vuelva a callarse, por favor! Está usted más insoportable que otros días.

El edificio resultó, efectivamente, un garaje, y detuviéronse allí, con gran satisfacción de la muchacha.

—Ya puede bajarse y separar su coche —indicó sin mirarle.

—Mil gracias, enemiga mía.

Aguardó impaciente hasta que el novelista gritó: «¡Ya está!» Arrancó rápidamente, aliviada al sentirse libre de su presencia.

—Es una maravilla lo pronto que arreglan los coches en ese garaje

—gritó una voz a su lado.

Por la ventanilla abierta le contempló agarrando tranquilamente su volante.

—Pero... ¿no estaba estropeado? —interrogó, sin poder disimular su sorpresa.

—Milagrosamente, no, a pesar del encontronazo que le he obligado a dar y que podía haberlo hecho cisco. Solo los cristales. El que usted me paseara a su lado, bien valía un coche nuevo —explicó, con una sonrisa de chiquillo travieso.

Isabel no quiso oír más. Exponiéndose a una multa, lanzó el coche velozmente, consiguiendo que los incidentes del tráfico le hicieran perderlo de vista.

«¡Indignante! —decidió, furiosa. Pero recapituló inmediatamente, lanzando una carcajada—. La verdad es que ha tenido gracia...»

XII

h

Diario de Isabel

Mi vida de artista no me deja tiempo para abrir este cuaderno. Casi diariamente voy a ensayar. Durante el segundo ensayo del Auditorium me presentaron a «Radamés», el tenor que ha de representar ese papel en *Aida*, y a «Amneris», la contralto, que son dos tipos originales. El tenor es un buen padre de familia, un poco calvo y un poco más grueso de lo que conviene a un cantante. No sabe hablar más que de sus ocho chiquillos, y entra y sale del teatro como una exhalación. Yo creo que al pisar el vestíbulo ya va cantando las primeras notas de su romanza, para no perder tiempo. Con el último sonido vibrando aún en su garganta, coge el abrigo, un enorme abrigo con el cual parece un elefante, y se lo va poniendo mientras se dirige a la puerta de la calle. Me temo que al público le parezca incomprensible el que «Aida» sienta esa ardiente pasión por él. Vestido de guerrero va a estar horrible. Tiene una voz deliciosa, que parece imposible salga de su garganta, y un gusto exquisito para cantar. Se llama Percival, pero todo el mundo le llama Percy.

La contralto responde por el extraordinario nombre de Agatha. Es morena, con ojos oscuros y ademanes lánguidos. Al andar mueve las caderas con un balanceo muy cinematográfico. Conocía a Miguel Leiva hace mucho tiempo, y temo que esté o haya estado enamorada de él. Al verle le saludó con grandes demostraciones de afecto, le llamó «gatito mío» y no sé qué otras cosas que tuvieron la virtud de fastidiarle. A mí me dirigió un saludo y una mirada glacial. Esa mujer tan morena y tan trágica da miedo.

Miguel es un buen amigo. Aunque me esté resultando más acaparador que tía Ermyntrude, ya que fiscaliza mis menores acciones. Dice que hará de mí la mejor artista del mundo y que eso exige ciertos sacrificios. Tengo que consultarle todos los sitios adonde voy, los alimentos que como y hasta los vestidos que me pongo. Es una especie de amo, y yo un perrillo obediente.

Claro que lo hace por mi bien y con la mayor cortesía, lo cual tengo que agradecerle.

Aparte de esto, no ha ocurrido novedad. No puede mencionarse como novedad el haber visto a ese hombre. Me refiero a mi pesadilla, o sea a Mauricio de Viera. Le vi esta tarde, y estoy satisfecha de que fuera él el burlado, ya que me jugó tan mala pasada el día de su fingido accidente automovilístico.

En el ensayo, cantábamos el dúo de «Aida» y «Amneris», cuando

adiviné en la penumbra del patio de butacas una cabeza rubia en la última fila.

«Es él», pensé en el acto. Y, efectivamente, él era. Me hizo un saludo muy amable, al cual no contesté. Para colmo de males, no estaba Miguel Leiva, y, sabiéndome sin su presencia, empecé a equivocarme. Míster Green se creyó en la obligación de enfurecerse, y todo fue de mal en peor.

Al concluir, salí a la calle de un humor horrible.

—Buenas tardes, enemiga —me saludó el novelista—. Ha cantado detestablemente.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar en el teatro y cómo sabe que vengo aquí a cantar?

—Yo lo sé todo —dijo.

El cielo estaba encapotado, haciendo presagiar un chaparrón. Por desgracia, el auto de los Flynt no había venido a buscarme, porque yo contaba con que Miguel me llevaría a casa en el suyo.

Apenas había atravesado la calzada, cuando, a las primeras gotas, siguió un diluvio torrencial; esas lluvias de Londres, sucias por el humo, que dejan la ropa completamente inservible. Lamentando la suerte de mi traje de chaqueta blanco, recibí el cobijo oportuno de un paraguas protector.

—Mil gracias —dije amablemente a quien venía en mi auxilio. Pero mi gesto tornose hosco al ver un mechón de cabellos rubios bajo el paraguas de color castaño.

—Llueve mucho —fue su único comentario.

—Yo creí que hacía sol —comenté a mi vez.

—Puede que tenga razón...

—No se tome la molestia de guarecerme —dije—. Voy a tomar un taxi.

Intenté hacerlo; pero, para mi desdicha, todos pasaban ocupados. Uno de ellos salpicó de barro mi falda, obligándome a volver a la acera.

—¿Por qué se preocupa tanto por mí? —dije, viendo que volvía a cubrir mi cabeza.

—Será porque me interesa su personita.

—No sea ridículo. Resulta grotesco flirtear bajo un paraguas. ¡Aborrezco a los hombres con paraguas!

—Yo también —corroboró el impertinente muchacho.

—Pues no lo parece.

—He de advertirle que este no es mío. Lo cogí del guardarropa del teatro, previendo lo que iba a pasar.

—¡Qué gracioso!

—Quizá no opine lo mismo la dueña del paraguas.

Mañana lo dejaré donde estaba, con un cartelito que diga:

«Gracias».

—Adiós, señor Viera —le despedí—. Voy a coger el «metro».

—La acompañaré hasta la próxima estación. No quiero que coja una pulmonía.

Y yo callé, porque la lluvia arreciaba.

—Isabel —habló de pronto—, ¿cuándo permitirá que la invite a comer, a merendar o a cenar, en el sitio que usted elija, en amigable camaradería?

Lo intempestivo de su proposición me hizo detener en mitad de un cruce, pasmada, mirándole con asombro.

—¡Está usted loco! ¡Por fuerza ha perdido la razón...! Tiene la osadía de invitarme a comer... ¡a mí!

—O a merendar o a cenar, lo mismo da —asintió tranquilamente.

—Señor Viera, sus bromas colman la medida. ¡De una vez para siempre, déjeme en paz! Mi amistad hacia usted es imposible.

—¿Por qué imposible?

—Porque jamás conseguirá de mí ni una mirada amable.

Estaba furiosa, y él lo comprendió así. Dijo seriamente:

—¿Es capaz de condenar a un hombre a la desesperación, solo por testarudez...?

—Me importan un bledo sus conflictos sentimentales, señor Viera. No crea que yo me dejo fascinar como otras.

—Está bien. Algún día se arrepentirá de sus palabras —dijo. Y luego, en tono de broma, añadió—: ¿He oído mal, o ha dicho usted que le encantaría cenar conmigo en cualquier restaurante?

Su cinismo obligome a sonreir.

—Entonces, ¿cuento con su promesa?

—Yo no prometo nada.

—¡Le pesará!

—¿De veras? ¿Cuando sea una gran artista y hable mal de mí en los periódicos?

—De usted no hay nada malo que decir, Isabel. Además de que no debutará.

—¿Que no debutaré? —Sus palabras me dejaron tan sorprendida que un auto estuvo a punto de atropellarme.

—Que no debutará —recalcó.

Reí sin ganas.

—Es usted muy bromista —dije con voz hiriente—. ¿Puedo saber por qué no voy a debutar?

—Porque yo no la dejaré. Me da celos... —fue su desconcertante respuesta.

—¿Celos...?

Hubo un silencio entre los dos, durante el cual oíamos la algarabía de autos y demás carruajes y el chocar de nuestros pies contra el

pavimento encharcado.

—Sí, *celos* —recalcó—. ¿No sabe lo que eso significa?

—Claro que sé lo que son celos. Un escritor inglés, Sthandal, los calificó bien: «Lo que hace tan agudos los celos es que la vanidad no puede ayudar a soportarlos». Y eso le pasa a usted. Está hinchado de vanidad y le indigna que una insignificante chicuela como yo le demuestre verdadera aversión.

Lanzó una exclamación indefinible, que no pude oír, porque en aquel momento se detenía ante mí un reluciente Mercedes Benz, y una voz amiga, la de Miguel Leiva, me decía:

—Suba, querida, por favor. He llegado al teatro cuando usted acababa de salir, y he venido mirando a ver si la encontraba. ¿Se ha mojado mucho...? —Entonces se dio cuenta de que yo iba acompañada. El novelista se había quedado rezagado, y vi cruzarse entre los dos hombres una mirada glacial. Fría y retadora la de Mauricio. Curiosa e inescrutable la de Miguel—. ¿Iba usted acompañada? —preguntó por cortesía—. Si quiere subir su amigo...

—No se trata de un amigo —dije en voz alta para que el novelista lo oyera. Y subí al coche.

Por curiosidad volví la cabeza para contemplarle por el cristal de atrás, cuando nos alejábamos, y lo vi parado en el centro de la calle, con el paraguas color castaño chorreando agua.

—¿Quién es ese tipo? —preguntome Miguel displicente.

Y ahora me pregunto por qué, en contra de mis convicciones, molestome aquel adjetivo de «tipo» dado al sobrino de doña Asunción y salí en su defensa, arguyendo: —Le advierto que es un buen muchacho...

XIII

h

—¿Puedo saber qué contemplas con tanta atención? —preguntó Sprules, asomando la cabeza por la puerta del saloncito donde se hallaba Mauricio enfrascado con la lectura de una revista.

—¡Hola, viejecillo! —saludó, invitando a su visitante a tomar asiento frente a él—. ¿Qué te trae por aquí?

—Cerciorarme de si era cierto que habías desaparecido, como algunos aseguran —respondió Sprules sacando su vieja pipa del bolsillo.

—¿Quién te ha sugerido esa tontería?

—Gladys Sinclair-Leigs, a quien encontré ayer en el Ladie Mile. Está furiosa contigo.

—¿Por qué motivo?

—Apenas te ha visto desde que volvimos de España. Ha estado telefoneándote mañana y tarde durante una semana, sin conseguir hablar contigo. Me figuro lo que significa. Tu antiguo *flirt* empieza a fastidiarte, o, mejor dicho, te ha fastidiado ya, ¿no es eso?

Mauricio hizo un gesto evasivo. Sin ponerse de acuerdo, las miradas de los dos hombres convergieron en las hojas abiertas de la revista que Mauricio contemplaba.

—Es Isabelita —comentó Sprules con alegría, viendo su retrato—. Ya he leído lo de su debut. Hará probablemente una gran carrera. Pero es lástima que la presente ese gran tuno de Leiva... Tiene mala fama en cuestión de faldas. Claro que tratándose de Isabel no hay caso.

—No creo que se tome libertades con ella —opinó Mauricio pensando en voz alta.

—Isabel es todo un carácter. No hay que preocuparse. ¿Querrás creer que aún no la he visto desde Villarza, cuando jugó aquella mala pasada a su tía, que no quería dejarla venir? —Hizo una pausa para preguntar—: ¿Y tú? ¿La has visto?

—Sí, la he visto —fue la reservada respuesta.

—Es adorable... Si no le tuviera tanto pánico, me casaría con ella.

—Afortunadamente, se lo tienes —comentó el escritor, con voz afable.

—¿Por qué dices «afortunadamente»?

—Porque si intentases hacerlo, me vería obligado a partirte la reluciente cabeza —aclaró con idéntica amabilidad.

Sprules retiró la pipa de sus labios, profundamente sorprendido.

—¡Hum! —gruñó—. ¿Conque era eso?

—¿Eso... qué?

—Tu desvío hacia Gladys, tu retraimiento, tu vida misteriosa...

—No divagues. Lo que tú designas por *eso*, existe en verdad. Pero solo por mi parte. De modo que no comentes, ni opines, ni preguntes, ni especifiques...

Sprules lanzó una bocanada de humo, conteniendo una sonrisa pícara.

—Está bien, querido. A propósito, ¿qué opinas de la situación política de España? —dijo, cambiando de conversación—. ¿No crees que todo va de cabeza por allá?

Mauricio contestó, repentinamente serio:

—Creo que es más grave de lo que pensamos los que vivimos lejos.

Los amigos se enfrascaron en el tema político apasionante del momento. La situación de España, en segunda República, ocupaba gran espacio en todos los grandes diarios del mundo.

—Afortunadamente, Isabelita está aquí —comentó Sprules tras un rato de amena charla —¡Pero... perdón, querido! Olvidaba que no debo nombrar a ciertas personas...

—Estás disculpado —tranquilizole Mauricio, sonriendo—. Ahora caigo en que tengo que salir —añadió, consultando su reloj—. No te molestes si te despido de este modo descortés.

—En absoluto. Esto entra en la colección de cosas que no debo comentar, ni opinar, ni inquirir. Salgamos juntos y nos separaremos en la calle.

Así lo hicieron, y el escritor subió a su coche, partiendo vertiginosamente en dirección al teatro Auditorium.

h

—¿Hoy no ha venido el señor Leiva?

La pregunta, dirigida a Isabel, hizo levantar a esta la cabeza del espejito de bolsillo donde se retocaba los labios.

—¿Es usted, miss Agatha? —dijo con la acostumbrada amabilidad con que procuraba hablarle—. No; no ha venido el señor Leiva hace varios días, y estoy extrañada.

—¡Estará ocupado! —comentó su interlocutora, en tono inexpresivo.

—Probablemente.

Había concluido el ensayo, y los músicos recogían sus partituras. Percy se había marchado el primero, y míster Green se ponía en aquel momento su estropeada chaqueta color castaño. En el aire flotaba un polvillo sucio, como sucede inevitablemente donde se mueven muchas personas a la vez. Isabel, sintiendo pesada la cabeza, deseaba marcharse pronto a casa.

—¿No telefoneará para preguntar lo que le ocurre? ¿O es que están

de monos?

—¿De monos? No la comprendo.

—Digo que no pasará de una riña de enamorados.

Su tono le hizo ponerse en guardia. Por un motivo misterioso, aquella mujer la aborrecía. Deseando concluir la escena, dijo con sequedad:

—El señor Leiva y yo somos dos buenos amigos únicamente.

La contralto lanzó una carcajada burlona.

—¡Qué tontas son las españolas! —exclamó.

—Me parece que no es usted quién para juzgar a las españolas, miss Nickson —reprochó con firmeza.

—¡Caramba! ¿También sabe ser insolente? Conmigo no le vale. He adivinado que sus modales y su cara de niña ruborosa no son más que un engaño para llevarse los millones de Miguel. Pero no espere que lo consienta. Miguel es mío; ¿se entera?

Isabel retrocedió, enrojeciendo. Aquella mujer, con sus ojos ardientes y sus modales felinos, la había asustado siempre. Parecía ahora una tigresa a punto de lanzarse sobre su víctima. Miró alrededor y vio con angustia que se alejaba el último corista.

—Es usted incorrecta y odiosa —la apostrofó—. Desde el primer momento me ha sido hostil, y ahora comprendo por qué... Sepa que entre el señor Leiva y yo no hay nada, absolutamente nada. Por lo tanto, puede quedarse con sus millones, aunque dudo de que él se deje conquistar por una mujer tan vulgar.

La cantante temblaba de rabia. Su boca empezó a soltar una serie de injurias incomprensibles para los oídos de Isabel.

—¡Me insulta esta mosquita muerta, cuando todo el mundo sabe que es la amante de turno de Leiva, que le paga los trajes y la hace debutar!

Isabel no escuchó más. Antes de que hubiera podido pensarlo había lanzado un «directo» al ojo derecho de la calumniadora, que se tambaleó. Después retrocedió aterrada, echando a correr. Latíale el corazón furiosamente, mientras intentaba escabullirse.

Agatha, barboteando insultos, se lanzó tras ella, prometiendo atroces venganzas. El escenario estaba casi a oscuras. El conserje, creyéndolo vacío, había apagado las luces. «Una escena de pesadilla», pensó Isabel mientras de un ágil salto, que recordaba sus incursiones deportivas en compañía de Toni —el lejano Toni—, se tiraba al patio de butacas. Rasgose la estrecha falda, pensando, como en un sueño deshilvanado, que Martina hacía mal en abominar de los pantalones. Corrió desalentada, mientras la actriz, menos ágil, trataba de plagiar el salto de su enemiga.

Isabel ganó el vestíbulo y descorrió el gran cerrojo de la puerta principal, corrientemente cerrada a tales horas, encontrándose en la

calle, que atravesó con rapidez. Las fuerzas la abandonaban. Apenas veía a los transeúntes que la empujaban, y no pudo contener las lágrimas provocadas por la fuerte emoción sufrida. Varias veces volvió la cabeza atrás creyendo sentir en la nuca el aliento de la cantante.

Lloraba con verdadera congoja, sin preocuparse de si la miraban, ocultando con una mano el rasgón de la falda y secándose los ojos con la otra. Nadie acudía a consolarla y a nadie importaba que el corazón de la pobre Isabel pareciese romperse.

Sintiose cogida por un brazo fuerte en el momento en que sus rodillas flaqueaban. Se dejó llevar, con un alivio infinito, al ver que alguien cuidaba de ella.

—Suba al coche —ordenó una voz conocida.

Y, a pesar de saber a quién pertenecía, obedeció con infinito agradecimiento. Hallose a gusto en la oscuridad del auto, donde podía llorar y desahogarse.

—Llore lo que quiera —dijo Mauricio, que era el dueño de la simpática voz—. No se preocupe por mí.

—Yo... yo... —intentó decir inútilmente la muchacha.

—No se moleste en explicarme... Tiene ganas de llorar y debe hacerlo. —Tendiole un pañuelo grande y perfumado—. Yo la pasearé mientras tanto, si quiere.

Isabel no se hizo rogar. Todas sus preocupaciones, sus inquietudes, su soledad, las desahogó con lágrimas en el pañuelo de su implacable enemigo. Los gemidos se escapaban de su pecho mientras las calles desfilaban ante su vista casi sin verlas. Todo giraba en su imaginación: butacas, músicos, partituras, gente andando de prisa, y, en primer plano, los relucientes ojos de Agatha, que la perseguían.

Era casi de noche. Las luces de los escaparates parecían un faro de costa, alumbrando el coche al pasar. Reconoció entre sueños el puente de Westminster y el río con la suave quietud del agua negra, y, a lo lejos, el bosque de mástiles del muelle.

—¿Se siente mal? —preguntó Mauricio, aminorando la marcha.

—Tengo un... un susto terrible —oyose decir a Isabel.

Sintió que un brazo rodeaba su talle y que una voz cariñosa le decía:

—Apóyese aquí, niñita mía. Tranquilícese y no sufra.

Obedeció con sumisión. ¡Qué bien se encontraba apoyando la cabeza en el hombro... ¿amigo?... y respirando su agradable perfume, mientras contemplaba la placidez de las aguas...! Oyó la sirena de un vaporcito que entraba. Cerró los ojos y siguió oyendo la agradable voz que le decía:

—Amor mío, tesoro mío, Isabelita...

Y se sentía enormemente reconfortada.

—No sufras —seguía diciendo la voz—. ¡Si supieras de qué modo

desesperado te adoro, solo tendrías motivos de felicidad...!

Dejábase arrullar por la voz ardiente como un niño abandonado que encontrase un regazo acogedor. Quedaron en silencio, en medio de la deliciosa oscuridad, solo rota por las lucecitas de los barcos.

Un vientecillo fresco, que venía del río, empezó a despejar la cabeza de Isabel. Secó sus lágrimas, extrañada del sitio donde se encontraba. Retiró la cabeza del agradable apoyo y se ruborizó mirando la cara repentinamente inescrutable de su antiguo enemigo Mauricio de Viera.

—Me parece que me he portado como una chiquilla —murmuró, con un suspiro convulso—. Desearía explicarle y darle las gracias...

—No tiene nada que explicarme, Isabel. Ni yo pregunto nada —dijo con voz ronca, que no se parecía a la que Isabel creyó oír en sueños—. ¿Quiere que la lleve a su casa?

—Prefiero esperar a que se borren las huellas del llanto —rogó—. Miss Flynt se intranquilizaría.

—Como quiera. —Aproximó el coche a la orilla del agua, deteniéndolo allí—. Esta vista es muy bonita —dijo, por hablar algo.

—Mucho —aseguró Isabel a media voz—. Parece Venecia.

—Sí... Allí también hay agua y barquitos.

Rieron los dos, sintiendo Isabel que su corazón se aligeraba de un gran peso.

—Es usted mejor de lo que creía, señor Viera —dijo al cabo de un momento.

—Sí; soy muy bueno —respondió él, deseando oír su risa de nuevo.

Lo consiguió, y Mauricio suspiró fuertemente, como queriendo beber aquel sonido.

—La vida es horrible a veces —sentenció Isabel lentamente.

Mauricio no respondió hasta un momento después.

—¡Isabel! ¿Me dirá tan solo una cosa...? —Y sin aguardar respuesta siguió—: ¿Ha sido... es... existe —titubeó— un hombre a quien yo deba estrangular?

Isabel sonrió, adivinando su gesto de ira en la oscuridad.

—No ha sido un hombre el causante de mis lágrimas.

—¿No? —preguntó, escrutador.

—Por lo menos, directamente no. Ha sido una mujer. Y sin comprender cómo, encontrose refiriéndole lo ocurrido. Él no la miraba, pero la rigidez de sus facciones denotaba el interés con que seguía el entrecortado relato.

—¡Estúpida mujer! —fue su comentario sobre Agatha cuando concluyó la historia.

—¿Verdad que es horrible el amor...? Pensar que puede llevarla a una a semejantes extremos...

—«Los hombres son causa de que las mujeres no se amen»... —dijo

Mauricio, emulando a La Bruyère—. Pero creo, Isabel, que interpreta mal la palabra. Agatha no conoce el amor ni sospecha su existencia.

—Pues ¿qué es el amor, entonces?

—Lo que yo siento por usted.

La muchacha no contestó. Mil ideas confusas pasaron por su imaginación.

—No lo creo. Usted es un hombre que disfruta enamorando muchachas.

—¿Por qué se obstina en pensar eso?

—Lo he comprobado.

—¿Cuándo?

—Allá en «La Rinconada». Beatriz sufrió por su causa.

—Padece usted un error. Jamás dije nada a su hermana, porque nada me inspiraba. Igual le dije a ella que a usted y aún menos... Beatriz está enamorada del amor, y yo, aureolado por las referencias de mi tía, tenía que ser el que ella prefiriese en aquel momento...

Esperó una respuesta; pero Isabel callaba, contemplando en la penumbra la punta de sus guantes.

—No he amado nunca a nadie; me he dado cuenta de ello al empezar a amarla a usted, aquella mañana en el torreón. Le suplico que me crea.

—Siempre habrá un muro entre los dos que nada podrá derribar.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a... —titubeó un instante, sintiéndose confusa— al beso... ¿Por qué me besó?

—Porque comprendí que la quería en aquel mismo momento —respondió Mauricio sin vacilar—. No le extrañe. Yo mismo no sabría explicar cómo lo descubrí. Cuando usted se hubo marchado, adiviné que no volvería a ser feliz hasta... —Vaciló, sin atreverse a continuar.

—¿Hasta qué...?

—Hasta que volviese a besarla de nuevo.

La joven desvió la vista. Y Mauricio buscó también en la oscura sombra de las aguas un motivo para ocultar su emoción.

Un pontón de limpieza surcaba el río, dejando oír el lúgubre sonido de la sirena.

—¿Por qué ha sido tan amable conmigo después de lo que le hice el otro día? —preguntó.

—¿Cuando me dejó plantado en plena calle con un paraguas robado...? Sentí odio hacia el importuno coche y hacia...

—¿Hacia mí? —interrumpió.

—Hacia el hombre que me la arrebataba. Y me aferré a la idea de que la vida de teatro no se ha hecho para usted. Hoy esa maldita mujer ha venido a darme la razón.

—No tiene que ver que una mujer sea grosera para generalizar de

ese modo...

—El teatro por dentro es eso. Celos, envidias... Algo con lo que usted no debe alternar. Es usted una chiquilla, Isabel. Esto de hoy ha sido un aviso. Continuamente sufrirá disgustos por el estilo.

Movió la cabeza con incredulidad.

—Tengo que hacer carrera y ser una mujer independiente... ¿Qué podría hacer si no?

—Casarse conmigo...

Hubo una pausa.

—No le amo —repuso suavemente.

—Algún día me amará...

—¿Por qué tiene esa esperanza?

—El amor es contagioso, y yo la quiero...

Contempló su cara en la semioscuridad y adivinó, turbada, el gesto de ardiente súplica.

—No sé cómo agradecerle su bondad de hoy...

—Aunque no sea muy correcto el exigir algo a cambio, puede pagármelo.

—¿Cómo?

—Aceptando el venir a almorzar o cenar en mi compañía, cuando le parezca.

—¿Por qué tiene ese interés en invitarme? —respondió, sonriendo.

—Tengo curiosidad por ver cómo se lleva el tenedor a la boca.

Habíase roto entre los dos el muro de frialdad, y sentíanse muy felices, sin comprender a ciencia cierta el motivo.

—No sea tonto —le reconvino, con su frase habitual.

—¿Vendrá conmigo...? —insistió Mauricio.

—Sea —aceptó, tras un instante de duda.

—¿Cuando yo la avise?

—Si no tengo otro compromiso.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Estoy contento —dijo alegremente—. ¿Qué desea en este momento? ¿Que me tire al agua? ¿Que le compre un transatlántico? ¿Que atropelle al primer *policeman* que veamos?

—¡Que me lleve a casa! —repuso Isabel, un poco asustada de su vehemencia.

—Usted manda, querida Enemiga —dijo poniendo el motor en marcha.

Los dos suspiraron, lamentando terminar aquella escena. Ahora otra vez las luces..., el ruido..., la gente..., la vuelta a la realidad, que les haría creer que fueron un sueño los momentos vividos junto al Támesis.

Al atravesar el vestíbulo de los Flynt para subir a su cuarto, Isabel

vio con sorpresa que aún tenía entre las manos el pañuelo de Mauricio, humedecido por sus lágrimas.

XIV

h

Diario de Isabel

Vivo en una tensión de nervios insostenible. Miss Flynt predice que muchos días así nos harían caer gravemente enfermas. Porque si yo estoy nerviosa, tía Ermyntrude lo está más todavía. Esta última semana, en particular, ha sido una especie de película vertiginosa, interpretada por las dos. Tan pronto entrábamos en los salones del modista como salíamos del zapatero, para volver a entrar en otro establecimiento semejante. Al mediodía tomábamos el *lunch* en cualquier *grill room* del Strand, e inmediatamente reanudábamos la marcha, recorriendo la interminable lista de lugares diversos que tía Ermyntrude llevaba anotados en un papel dentro del bolsillo. Casi siempre nos acompañaba Miguel Leiva, al que yo consideraría como mi sombra si no fuera porque la sombra viene a estar subordinada a cada uno, y las que estamos subordinadas a Miguel somos miss Flynt y yo. No comprendo cómo mi hada madrina, que es tan dominante, cede y se ablanda a las exigencias del mexicano como la más sumisa de las criaturas. Está sugestionada por él. Le aprecia y admira de un modo extraordinario. Yo también, naturalmente, aunque a veces me fastidia que fiscalice mis actos de un modo tan severo. No puedo mover un dedo sin advertírselo de antemano, para ver si da o niega su consentimiento. Todo sea por el arte.

Después de mi lucha grecorromana con miss Agatha, estaba casi decidida a renunciar al debut con tal de no tener que volver a enfrentarme con tan terrible mujer. Así se lo dije a Leiva, aunque sin explicarle el motivo de mi decisión. Esperaba preguntas curiosas y muestras de asombro. Pero reaccionó de un modo distinto. Parecía como si lo hubiera esperado ya.

—Perdone si hay en este asunto algo que la moleste. No vuelva a pensar en ello. Yo buscaré una suplente.

Y, ante mi natural sorpresa, al llegar al día siguiente al Auditorium me fue presentada una nueva «Amneris», de tipo contrario a miss Agatha, rubia, bajita y un poco regordeta.

No he sabido cómo se las arreglaron para despedir a la fiera contralto. Solamente me ha parecido comprender que ha mediado el talonario de cheques de Miguel.

Como consecuencia del cambio de artista hemos tenido dos ensayos diarios. Percy ponía cara de mártir cuando míster Green le advertía que a las ocho tenía que volver a ensayar. A este hombre no le interesa nada de lo que ocurre telón adentro. Yo creo que ni siquiera

se ha enterado del cambio de «Amneris», y que probablemente se dirá para sí: «¡Caramba! Miss Agatha se ha teñido el pelo y ha engordado bastante...»

Todas las revistas publican mis retratos con graciosos y fantásticos detalles de mi niñez. Miguel se ha encargado de esta propaganda, y no creo que haya nadie en Londres que no sepa quién es la cantante española.

También se ha introducido en mi vida otra novedad.

Me refiero a mi «casi» amistad con Mauricio de Viera. Aunque no he vuelto a verle desde el día de la pelea con la contralto, en que él se mostró tan bondadoso conmigo, me llama diariamente por teléfono, a las nueve de la noche. Como siempre lo hace a la misma hora, soy tan boba que no puedo apartarme del aparato hasta que oigo sonar el timbre. Siempre me saluda con idéntica frase: «¿Sigue empeñada en debutar?», y yo le contesto invariablemente: «Por supuesto, Mauricio». (Me ha pedido que le llame así y no señor Viera). Él entonces muestra su contrariedad y empieza a pedirme detalles de lo que he hecho durante el día. Parece un enamorado celoso, aunque bien sé que no lo es, porque no puedo creer que me quiera en serio. Jamás podría aceptar su cariño... Aún recuerdo la frase de Beatriz: «Si no me quiere, me moriré de pena...». No; nunca podré mirar a Mauricio de Viera de otro modo que como a un buen amigo.

h

Tía Ermyntrude me interrumpió esta mañana y no pude volver a escribir hasta este momento, en que me siento profundamente disgustada. He tenido mi primer altercado con Miguel Leiva y guardo un recuerdo desagradable.

Por rara casualidad no acudió él al ensayo, y por una circunstancia también fortuita fue a Mauricio de Viera a quien encontré esperándome a la puerta del Auditorium.

—¿Quiere tomar el té conmigo? —me preguntó.

—Primero tengo que hacer unas compras. Si no le molesta acompañarme de tiendas... —Por toda contestación echó a andar a mi lado—. Se trata de adquirir un regalo para mi hermana Beatriz. Cumple veintiún años la semana próxima.

Apenas habíamos dejado atrás dos o tres manzanas de casas, cuando Miguel Leiva detuvo su coche en la calzada al lado nuestro y abrió la portezuela dirigiéndose a mí.

Mi acompañante lanzó una exclamación de disgusto, y con un movimiento instintivo me cogió del brazo. Cuando mi empresario se aproximó, sus enfadados ojos chocaron con la mirada de hielo de Mauricio de Viera.

—¡Cómo es eso, Isabel! —me dijo en un tono bastante descortés. Noté que algo le molestaba horriblemente, y ese algo era la presencia del rubio y guapo muchacho que me tenía cogida—. Le advertí que iría a esperarla al teatro para acompañarla al Garrich, donde había de presentarla a un redactor del *Morning Post*, y porque me he retrasado no se toma la molestia de esperarme cinco minutos...

Lo altanero de sus palabras fue causa de que me sintiese molesta. Exclamé con sequedad:

—No recuerdo que me advirtiese eso; pero, de todos modos, excúseme.

—Vamos de prisa —continuó, haciendo ademán de llevarme al coche, sin dirigir una sola mirada a Mauricio, igual que si ignorase su existencia.

Este tomó cartas en el asunto.

—El caso es, señor... —Miguel no le dijo su nombre—, que la señorita de Arozamena había hecho otros planes para pasar la tarde en mi compañía —declaró, y apretó con más fuerza mi brazo.

Miguel alzó su mirada hacia la cara del novelista, que le llevaba una altura considerable, como si acabase de verle.

—¡Ah, de veras! —comentó en un tono impertinente—. Lo siento; Isabel ha de venir conmigo. Temo que se haya marchado ese periodista cuya amistad nos interesaba.

—Me es indiferente que el periodista esté esperándoles o se haya marchado. Isabel vendrá conmigo...

—¿Lo cree así? —interrogó Miguel con desagradable sonrisa—. La carrera de Isabel exige sacrificios, y no creo que este sea excesivo.

—La carrera puede esperar una tarde —replicó Mauricio oprimiéndome hasta hacerme daño.

—Puede ser; pero hoy, precisamente, no. Vamos, Isabel.

Me sentía molesta y fastidiada por su tono de mando y por la actitud de los dos hombres. Veía las mandíbulas fuertemente apretadas de Mauricio, y temí un incidente más desagradable todavía.

—Por favor... —dije desasiéndome afectuosamente.

—¿Se va...? —preguntó, sin poder creerlo.

Y en sus ojos leí tan cruel desilusión, que en aquel momento me resultaron odiosos Miguel Leiva y sus exigencias. Comprendí lo mortificante que era aquello para Mauricio. Pero no podía desairar a quien tanto agradecimiento debo.

—Otro día saldremos juntos y cenaré con usted —murmuré con mi mejor sonrisa, tratando de endulzarle la despedida.

—Está bien —fue la seca respuesta, que hizo que mi corazón se inundase de frialdad—. Adiós.

Saludó y dio media vuelta, desapareciendo entre los numerosos transeúntes.

Cuando subí al coche de Miguel y vi su aire de triunfo sentí deseos de estrangularle. Me contuve y guardé un hosco silencio.

—El otro día me dijo que ese tipo no era su amigo, Isabelita —habló con poquísima amabilidad.

—El señor Viera no es un «tipo», como usted insinúa, sino un caballero, y un escritor conocidísimo en todo el mundo —contesté con firmeza—. Y respecto a si es o no mi amigo, solo le diré que ahora lo conceptúo así.

—¡Qué suerte la suya! —murmuró—. ¿Tan grande es la amistad, que se marcha con él cuando se ha citado conmigo?

—Me parece que está usted irritado hoy —le reconvine—. Ya he explicado que olvidé esa cita a que se refiere. Y sigo sin recordarla. Por lo demás, tengo derecho a elegir libremente mis amigos.

Mi voz enfadada le enfureció.

—Estoy gastando una millonada para que usted debute con todos los honores, y no creo que deba pagármelo así.

La alusión al dinero me pareció de muy mal gusto.

—Lamento que se haya gastado tanto, y se lo agradezco sinceramente. Usted mismo me ha dicho que piensa resarcirse con el éxito que obtengamos. Pero de todos modos doy por descontado que en cuanto gane dinero podré abonarle sus gastos...

—No se trata de eso —dijo con voz más suave—. Se trata de que estoy... celoso.

El asombro me hizo mirarle fijamente.

—¡Celoso! ¿Usted?

—Sí, Isabelita... —asintió, cogiéndome una mano, que estrechó con fuerza—. Hace tiempo que la quiero, y no puedo soportar verla en compañía de otros hombres.

Con un movimiento instintivo retiré mi mano de entre las suyas.

—Nunca... me había hablado de eso... —balbucí.

—Es cierto. No quería que usted se sintiese obligada con respecto a mí... Además... soy refractario al matrimonio, y usted es una chiquilla ingenua que aún cree en la bondad de ciertos procedimientos...

Volví a mirarle estupefacta.

—Hubiera sido más correcto callar.

—Quizá. Pero deseo que se vaya haciendo a la idea y me tome un poco de cariño.

—Siempre le he mirado con afecto puramente fraternal. Después de lo que ha dicho no tendría objeto el que yo me enamorase.

—¿Por qué no? —preguntó con sonrisa insinuante.

—No me creo con los suficientes méritos para hacerle variar de idea con respecto al matrimonio.

—Quizá yo variase la suya...

—¿Qué quiere decir? —Me parecía adivinarlo, y un rubor violento

enrojeció mis mejillas.

—Nada por ahora, Isabel. Es usted demasiado chiquilla para hablar de ciertas cosas, y sería capaz de ofenderse... —Dejó oír una risita terriblemente molesta—. Cuando sea una artista consagrada y haya conocido la vida más a fondo, será el momento adecuado para que volvamos a hablar de este asunto.

Sin ser artista consagrada ni mujer de mundo, comprendí perfectamente lo que me decía. Sentí que se agolpaba toda mi sangre en la cabeza y que me invadía una desanimación absoluta ante la imagen del nuevo Miguel que acababa de vislumbrar. Era cierta, pues, su fama de tenorio empedernido, que no respetaba personas ni cosas, y por lo tanto miss Agatha estaba justificada al hablarme como lo hizo.

—¿Adónde me lleva? —pregunté viendo que no seguíamos la dirección del club «Garrich».

—A su casa. Tiene expresión fatigada y faltan solo dos días para el debut...

—¿Dejamos la entrevista con ese periodista?

—Fue un pretexto para alejarla de aquel tipo que me desagradaba —dijo con una sonrisa divertida.

No volví a hablar hasta entrar en casa de los Flynt. Él se quedó en el salón ultimando detalles con tía Ermyntrude y el almirante. Subí a mi cuarto presa de una laxitud intolerable.

Recordaba con amargura la mirada que me dirigió Mauricio al alejarse, mirada que expresaba un mundo de celos..., ira..., desilusión...

He escrito esto por la noche, para esperar su llamada... Pero no ha llamado, y el día no puede acabar de peor modo...

XV

h

Diario de Isabel

Voy a narrar todo lo ocurrido en el día de mi debut, que debió ser el más maravilloso de mi vida, sin adelantar ningún comentario, tal como las cosas ocurrieron.

Mi despertar de aquella mañana fue precedido de un escalofrío de emoción al recordar que tan solo faltaban unas horas para vivir la gran aventura de cantar delante de unos reyes y ser consagrada artista.

Miss Flynt entró en mi dormitorio, vestida con una bata de terciopelo verde y llevando una gran cesta de flores.

—¿Qué es eso, tía Ermyntrude? —pregunté palmoteando de gozo —. Es usted la encarnación de la primavera.

—Flores de tu empresario, queridita —me dijo, guiñando un ojo—. Empieza bien el día. —Tendióme la tarjeta de Leiva, en la que leí: «Mi aplauso anticipado y todo mi amor».

Impulsivamente hice un gesto de contrariedad. Su supuesto amor me ofendía.

—¿Qué es eso, Isabel? ¿No te agradan las gardenias y los jazmines azules?

—Me encantan —aseguré—. Pero tengo un miedo terrible.

—¿Miedo, chiquita mía? ¡Si va a ser el día más divertido de nuestra vida!

Tía Ermyntrude vino a rodearme el cuello con sus brazos.

—¿Usted cree que lo haré bien? —interrogué angustiada.

—Maravillosamente. Reposa toda la mañana y ya verás lo descansada que te encuentras a la hora oportuna.

Miss Flynt marchose de la habitación, después de advertir a la doncella que no cargase el té del desayuno para no irritar mi garganta.

No pude seguir su consejo de continuar en el lecho. Estaba excesivamente nerviosa y necesitaba moverme para desahogar mi angustia. Continuamente estuve recibiendo tarjetas y ramos de flores, tantos eran los amigos de los Flynt que esperaban con gran interés el debut de «la muchacha española». Entre los obsequios me fijé en un precioso jarrón de porcelana antigua, lleno de tulipanes holandeses, con una simpática tarjeta de Sprules. Pero nada de Mauricio... Ni una palabra, ni una llamada telefónica, desde el día en que desligué mi brazo del suyo para seguir a Miguel. Sin duda estaría gravemente enfadado conmigo, la chiquilla que no dejó de mortificarle a partir de aquella mañana en el «Pico del Moro»...

A las cinco de la tarde, tía Ermyntrude dio orden al mayordomo de que no recibiera más visitas —salvo la de Miguel, naturalmente—, porque iba a descansar un poco.

—Si no, pareceré un vejestorio luego —me explicó, acariciándome la cara. Y al advertir lágrimas en mis ojos, aludió—: Pero ¿estás llorando?

—Perdóneme, querida tía Ermyntrude... Es la emoción —dije, sollozando.

El almirante vino también a animarme, y los tres hicimos una patética escena, mezclando abrazos y lágrimas.

Cuando se restableció la calma me retiré a mi cuarto a preparar la ropa. Empezaría la ópera un poco tarde, ya que primero habría unos bailables y una distribución de premios a los niños inválidos. Mi turno solo llegaría hasta las nueve de la noche. Después Miguel daría una fiesta en mi honor en los jardines de su magnífica villa.

El traje que yo había elegido para este acontecimiento era una idealidad hecha vestido, por obra y gracia del mejor modista de Londres.

—Ya no se trata de un vestido de jovencita ingenua —habíame aconsejado miss Flynt—. Es el de una gran artista que preside un banquete ofrecido por sus admiradores.

Por lo tanto, el modista decidió que lo que mejor iría para el caso era un vestido negro, fino como la espuma y brillante como una noche estrellada.

Ajustado hasta el talle, desde donde partía una cascada de tul formando volantes. Como complemento, una chaquetilla cuajada de azabache. Era un traje enormemente moderno y algo atrevido, pero maravilloso como ningún otro. Cuando la doncella lo colocó sobre la cama me quedé extasiada contemplándolo.

Una llamada del teléfono interrumpió mi arrobamiento. Cogí el aparato, creyendo que sería Miguel. Había llamado quince veces y había venido siete más. Pero la voz que sonó al otro lado del hilo no era la de Leiva, sino una cálida y alegre, que hizo latir mi corazón sin saber por qué.

—¿Isabel...? ¡Habla Mauricio!

—¿Es usted? —dije con entusiasmo, que temí pareciese excesivo—. Creí que nunca más volvería a llamarme después de lo que tuve que hacer el otro día.

—¿Ha leído a los poetas españoles? —fue su desconcertante respuesta.

—A algunos —repuse—. ¿Por qué?

—Para responder a su pregunta con un verso de Campoamor.

No puedo luchar contigo,

pues mi mayor enemigo

es mi mismo corazón.

¿Le gusta?

—Mucho —dije riendo—. Así, pues..., ¿somos amigos otra vez?

—De usted depende.

—¿De mí?

—Tengo algo que pedirle.

—Hágalo y no le dé vergüenza —le animé burlona.

—Se trata de recordarle su promesa.

—¿Qué promesa?

—La de venir a cenar conmigo el día que yo la invite.

—Estoy dispuesta a cumplirla.

—Bien. Pues la invito hoy.

—¿Esta tarde...? ¡Imposible! ¿No recuerda que es hoy mi debut?

—Lo recuerdo perfectamente. Pero ha de ser esta tarde. Necesito una prueba de afecto para olvidar el desaire.

Quedé silenciosa, sin saber qué responder.

—Comprenderá —dije al fin— que no puedo dejar de debutar.

—Bastante lo siento. Puede cenar conmigo y yo la acompañaré al teatro a la hora justa.

—¡No es posible!

—¿Por qué no?

—Sería muy precipitado.

—En ese caso... ¡adiós! —dijo secamente.

—¡Espere! —atajé—. No sea terco.

—No es terquedad. Yo la invito. Si usted rechaza por tercera vez mi compañía, me limito a decirle adiós y a desearle un buen éxito.

—¿No irá al Auditorium? —pregunté con infinita angustia.

—Desde luego que no. Mataría a todos los hombres que la mirasen.

—¡Es usted una fiera!

—¿Acepta o no...?

—Pero... ¿qué dirá tía Ermyntrude si me voy a cenar por ahí un día como hoy?

—No dirá nada si sabe que va conmigo... Vivo en el hotel «Celtic». Es el que tiene el mejor grill de Londres y la mejor orquesta. Podríamos cenar aquí mismo, y luego la llevaría al Auditorium... Le advierto que ya he encargado una cena especial, contando con que vendría.

—Es usted muy obstinado. ¿No podría dejarlo para mañana?

—Mañana estará envanecida con su triunfo y no querrá nada conmigo. Si no viene, me consideraré un hombre desdichado.

—En ese caso, no voy a poder negarme.

—¿De veras? ¿A qué hora voy a buscarla?

—No... No venga aquí... Si se tropezase con mi empresario lo echaría todo a perder. Yo iré al «Celtic».

—La espero a las siete. ¡Adiós, Isabelita! —Y el muy pícaro colgó el aparato antes de que tuviera tiempo de objetar nada.

Sentíame alegre y me tentaba una cena en su compañía, que me daría ánimos para cantar mejor. Así se lo dije a miss Flynt cuando traté de convencerla de que era una cosa perfectamente natural el que, yendo a debutar a las nueve de la noche, me fuese a cenar dos horas antes con un compatriota.

—Cenaremos en cualquier restaurante del Soho, como dos buenos camaradas —dije, no queriendo darle la dirección del «Celtic», para que el temible Miguel Leiva no fuese a aguarnos la fiesta si por casualidad aparecía por casa de los Flynt.

Mientras tomaba un baño caliente en la estupenda bañera verde, pedí a Dios que mi dominante empresario no creyese necesario venir a darme más instrucciones. Fue un instante delicioso aquel en que deslicé sobre mi combinación de raso el indescriptible vestido negro y me contemplé al espejo. La Isabel que contemplaban mis ojos semejaba una flor exótica de pálido rostro, emergiendo entre la nube de tules y azabaches negros. Sonreí a mi propia imagen, recordando la frase de un poeta:

«Qué dulce es ser bella... cuando se es amada...».

Tía Ermyntrude quedó satisfechísima de mi aspecto y volvió a repetirse la escena de los abrazos.

Cuando el auto cruzaba las enormes calles de Londres, relucientes y animadas, creí haberme convertido en una princesa de cuento. Estaba viviendo la novela que tanto deseé. Dentro de dos horas, aquel público indiferente que cruzaba las avenidas aplaudiría con entusiasmo a la nueva artista. Mauricio estaría entre los espectadores, pues yo me encargaría de hacerle asistir.

El coche se detuvo ante la mampara de cristales del gran hotel «Celtic», cuyo suntuoso vestíbulo atravesé, sintiendo que todas las miradas convergían en mí. De un sillón se irguió la elegante figura del escritor, vestido de *smoking*.

—Bienvenida, Isabel —me dijo, visiblemente contento—. Viene maravillosa. A su entrada se ha escuchado un murmullo de admiración que me ha puesto verde de celos. Ya empieza a cosechar aplausos.

—No exagere —repuse riendo—. Bien. Ya ha conseguido lo que quería. Estoy aquí, cumpliendo mi promesa.

—Y yo le quedo agradecido eternamente.

—Siento no poder dedicarle más que una hora justa. No podré hacer adecuado honor a su cena. Mi empresario me ha advertido que coma poquísimo..., pero usted lo ha querido...

—¿Qué le parecería que mandásemos a paseo a su empresario durante esta velada?

—No me parecería mal... A veces siento impulsos de hacerlo.

—Pues, entonces, aprobado. ¿Quiere pasar ya al comedor, o prefiere descansar en el salón?

—Mejor será cenar ahora...

Juntos atravesamos varios salones suntuosos; mientras caminábamos noté que no apartaba sus ojos de mí.

—Isabel —dijo inclinándose un poco para hablarme en voz baja—, es usted la más divina de las mujeres, y me gustaría mucho que me volviese a raptar.

—No me recuerde lo que quiero olvidar —dije, entrando en el espléndido comedor.

Estaba lleno de gente, y todas las cabezas se volvieron curiosas a mirarme. Tuvimos que bordear la enorme pista donde se bailaba. Detrás de la orquesta, en una mesa discretamente retirada, y separada del resto del comedor con grandes macetas de palmera, nos instalamos alegremente. Sobre el mantel de encaje, y ante mi plato, descansaba un pequeño ramo de las más exquisitas orquídeas que jamás había visto.

A espaldas de Mauricio, un balcón de cristales entreabiertos dejaba ver una terraza, completamente desierta.

—Vive en una linda choza —opiné.

—¿Le gusta? Yo mismo la he fabricado con hojas de palmera.

—Ya sabía que era usted un poco Robinsón. Comprendo que escriba tan fantásticas novelas viviendo siempre en ambientes como este.

—Hoy he publicado otra —dijo sonriendo.

—¿Cómo se llama?

—E*stoy loco por Isabel*. ¿Le agrada el título?

Asentí riendo.

—Por fin la tengo frente a mí, contemplándolo todo con sus grandes ojos... ¡Míreme un poco, Isabel! —rogó con voz ardiente.

—Por favor, si sigue así no podré pasar bocado —dije, confusa.

Desvió su mirada y llenó mi copa de un vino oscuro y dulce.

—Ya se habrá acostumbrado a beber, desde aquella noche en «Los Abetos», cuando rechazaba, asustada, una copa de champán —comentó.

—Miss Flynt me ha enseñado a beber discretamente, entre otras muchas cosas. Es mi hada madrina.

—Y la mía. Si no hubiese venido a Londres, no podría tenerla sentada ahí, con ese vestido tan lindo y esa carita tan...

—Sea discreto. No me impida saborear esta deliciosa comida. ¿Ha elegido usted los platos?

—Siento defraudarle. Le encargué al *maître* que se superase. Yo soy hombre que se siente satisfecho con un buen rosbif y una taza de café.

—Una ventaja para su esposa, si se casa usted —dije.

Y enrojecí por la mirada burlona con que acogió mis palabras.

—¿Insinúa que haré un buen marido? Opinando así, ¿por qué no me acepta?

—No recuerdo que haya usted pedido mi mano —repliqué bromeando.

—¿No...? Se lo he dicho de mil modos distintos; pero lo haré directamente. Isabel, ¿quiere usted ser mi mujer?

Fingí abstraerme en la contemplación de una orquídea y tardé en responder.

—No.

—¿Por qué? —Su voz se alteró.

—Beatriz...

—¿Solo por eso? —dijo alegremente—. Un día respondió usted: «Porque no le amo». Hoy ya no está segura de ello. —Sonreía entusiasmado, y alcanzó una de mis manos por encima de la mesa—. Dígame al menos que no es imposible.

—¿Podría usted decirme si esto es caviar? —interrogué, como si no le hubiese oído y retirando mis dedos.

Lanzó una exclamación ininteligible y contestó:

—Sí; este potingue es caviar. ¿Por qué lo pregunta?

—No lo había probado hasta ahora. No está mal.

Los deliciosos vinos me producían una sensación de felicidad que su compañía acrecentaba. Parecíame mentira haberle querido mal alguna vez. A pesar de la prohibición de Miguel, no podía dejar de disfrutar de todo aquello, y, siguiendo el consejo de Mauricio, olvidé cuanto no se refiriera a aquel momento. Parecíame cosa lejana e irreal el teatro Auditorium, Miguel Leiva y hasta la propia miss Flynt.

Habíamos concluido el asado. Yo rechacé los helados, que tenía terminantemente prohibidos, y tomamos unas frutas.

—Ha sido una cena deliciosa, Mauricio... Los vinos se me han subido a la cabeza..., casi siento calor.

—¿Quiere salir a la terraza? —me invitó al ver que había concluido —. La vista es agradable.

Asentí. Se levantó, abriendo la puerta de cristales. Era casi de noche y corría un poco de viento.

La terraza era más grande de lo que me pareció en un principio, rodeada de un enrejado de madera cubierto de madreselvas, lo cual le daba aspecto de un pequeño jardín.

—Venga aquí y verá Londres de noche.

Me llevó hacia la balaustrada de mármol y contemplé el maravilloso panorama de la gran ciudad hecha un ascua de luz.

Quedamos silenciosos. Sentía a Mauricio cerca de mí, deliciosamente cerca, y no deseaba romper el encanto del silencio y de la penumbra.

—¡Qué agradable es vivir! —musité impulsivamente.

—¡Cuando estamos juntos! —respondió más bajito aún, de modo que sentí su aliento en mi cuello.

—Es delicioso Londres... y la cena... y todo —proseguí, sintiendo que se me escapaban las palabras sin poder contenerlas—. Esta noche me siento feliz...

—¡Si pudiera ser siempre así...! —susurró Mauricio—. ¿No ha deseado poder detener la vida en un momento preciso...?

—Nunca... hasta ahora —confesé.

—Lo siente así porque me quiere, a pesar suyo —me dijo otra vez, mientras su mano aprisionaba la mía.

Esta vez no intenté retirarla.

—Mauricio... —murmuré—, ¿habla usted igual a todas las mujeres?

No le miré; pero sentía sus ojos fijos en mi persona.

—Solamente a usted, Isabel, se lo juro. Y sé que usted también me corresponde, aunque intente negarlo... Por eso debería echar a rodar lo de su debut y casarse conmigo... mañana mismo...

—¡Qué impetuoso!

—Si supiera qué horrorosos celos me produce la idea de que vaya usted a exhibirse en un escenario...

—Necesito ganar dinero.

—¿No lo gano yo para los dos?

Recordé en aquel momento a Miguel Leiva y su distinta manera de hablarme de amor.

—De todos modos, no es posible.

—¿Por qué?

—Ya lo he dicho antes. Por mi hermana.

Volvimos a guardar silencio, y en aquel momento la orquesta, que se oía lejana, empezó a preludiar los primeros compases del vals *Las mil y una noches.*

—¿Lo oye? —preguntó Mauricio—. Es nuestro vals. El vals que nunca pudimos bailar. Ahora sí que vamos a bailarlo.

—¿Aquí?

—¿Por qué no?

Y enlazando mi cintura, empezamos a bailar, juntos por primera vez en nuestra vida.

Cerré los ojos, dejándome llevar por su fuerte brazo. Bailamos lentamente, meciéndonos al compás de la música. Apenas sentíamos el fresco de la noche ni veíamos nada de lo que nos rodeaba. Así estuvimos largo rato, sintiendo una inexplicable delicia ante aquella música alternativamente endiablada y acariciadora, que infiltraba en

mi alma una deliciosa sensación.

—¡Isabel! ¡Entremos dentro! Me estoy volviendo loco y sentiría hacer una tontería —dijo Mauricio de pronto. Pero una voz que debía de ser la mía respondió, sin que yo pudiera evitarlo:

—No se vaya, Mauricio. Soy tan feliz aquí...

Mi tono debió de ser también extraño, porque aproximó su cara para contemplar mis facciones en la oscuridad.

—¿No comprende que si continúo cinco minutos más la besaré...?

—No sé lo que me pasa —dije turbadísima, sin levantar los ojos—. Creo que es la hora de marcharme. Temo que se haya hecho un poco tarde.

Atravesé el comedor sin esperarle y entré de nuevo en el vestíbulo, que había perdido animación.

Retoqué un poco mi peinado ante uno de los grandes espejos, y cuando Mauricio se reunió conmigo, vi que su rostro estaba alterado y pálido.

—Isabel —dijo—, me advierten que en mi saloncito particular la espera su... empresario...

—¿Miguel? ¿Miguel ha venido? —exclamó sobresaltada.

—Sí. La espera arriba...

Tan confusa estaba, que le rogué precipitadamente:

—¿Quiere acompañarme? Temo que haya ocurrido algo imprevisto.

Subimos en el ascensor y recorrimos varios corredores alfombrados.

—Isabel —suplicó—, no se marche. Desista de debutar.

—¿Está loco? —dije, asombrada.

—No quiero que debute —continuó—. Odio a ese maldito empresario.

Detúvose ante la puerta de su habitación y la abrió, dejando ver un pequeño salón, moderno y masculino, decorado en tonos grises. Entré, esperando encontrarme con la mirada recriminadora de Miguel Leiva; pero, la sala estaba vacía.

—No está aquí —dije angustiada—. ¿Habrá vuelto a marcharse?

—Eso creo —murmuró con voz opaca—. Espere un momento y mi criado telefoneará al vestíbulo, preguntando si ha salido.

Alejose a dar la orden y volvió al poco rato.

—No se impaciente. ¿Por qué teme tanto a ese idiota?

—No le temo —repliqué, sonriendo para animarme a mí misma—. Es muy elegante su saloncito... —añadí, deseando parecer tranquila.

—¿Le gusta? Voy a presentarle a *Baltasar*.

—¿Quién es *Baltasar?*

Indicome una gran pecera de cristal que ocupaba el centro de la estancia, sostenida por un trípode de piedra negra, en donde nadaba tranquilamente un insignificante pececillo rojo.

—¡Qué gracioso! ¿Por qué le llama *Baltasar*?

—Porque vive como un rey, en esa pecera tan grande para él solo —me explicó—. Es un gran amigo mío. Cuando estoy triste, y lo estoy siempre que usted no está cerca de mí, pega su cara a los cristales y me contempla con ojos llorosos.

—¡Casi me da miedo ese *Baltasar* tan excesivamente listo! —objeté.

Reímos los dos.

—Su criado no viene —balbucí—. Y temo que se me haga tarde. Debo maquillarme de esclava negra.

—¿Por qué no lo hizo antes? Hubiera sido delicioso verla con la naricilla embetunada...

Quedamos en un silencio molesto, y vi que su cara variaba de expresión para decirme de nuevo con angustia:

—Isabel..., ¿sigue empeñada en debutar?

—No sea terco, Mauricio. Ese es mi deseo, y ya no tiene remedio. El señor Leiva debe de haberse marchado. ¿Quiere acompañarme al teatro?

Noté que vacilaba, y dijo, tras una pausa:

—De ningún modo.

—Es poco atento dejándome ir sola. Me hubiera hecho ilusión verle allí.

—¿Para contemplarla al lado de ese necio que la trata como a un objeto de su propiedad...? ¡De ningún modo!

—En ese caso... deséeme buena suerte...

—No se moleste en querer abrir la puerta, Isabel. Lamento hacer esto; pero no tengo otro remedio. Usted no debutará.

El asombro me paralizó.

—He mentido diciéndole que la esperaba aquí su empresario. Deseaba hacerla desistir por las buenas.

—¿Ha dicho que no debutaré? —pregunté.

—Sí. Que no debutará —recalcó.

—No sé cómo va a poder evitarlo.

—No dejándola salir de aquí hasta dentro de... —consultó un reloj que había sobre la chimenea— dentro de una hora...

—¡Pero si empiezo dentro de veinte minutos! —expliqué, nerviosa.

—Por eso no saldrá del hotel hasta que la obra se haya suspendido o hayan buscado una suplente...

—¡No sea loco! —dije, asustada—. No puedo faltar a mis compromisos. Miguel Leiva se ha gastado un dineral.

—Yo se lo devolveré tirándoselo a su cara de idiota —dijo con furia.

—Estarán los reyes de Inglaterra…

—¡Que se vuelvan a su casa!

—Se frustrará mi carrera...

—¡Eso es precisamente lo que deseo...!

—Se ha vuelto loco. Adiós —dije, intentando abrir la puerta. Pero el picaporte no cedió—. Creí que era un caballero.

—Lo soy, Isabel. No la molestaré si se sienta tranquilita en ese sillón y contempla las idas y venidas de *Baltasar* durante una hora justa...

—Entonces esto significa...

—Sencillamente: ¡QUE LA HE RAPTADO A USTED!

Su frase, idéntica a la mía, me hizo estremecer.

—Es una broma pesada —repuse.

—No es broma. La quiero. Sé que usted me ama, y voy a despertar «el amor durmiente».

—¿Para eso me ha hecho venir? —pregunté, decepcionada—. ¿Para devolverme lo que le hice en Villarza?

—No. Ya le he dicho que aborrezco la idea de verla en escena patrocinada por Leiva.

—¿Y supedita mi carrera, mi vocación, mi felicidad...? —añadí, a punto de llorar.

—Su felicidad no es esa. Leiva es un vividor y su sola compañía la ofende. Por lo demás, como no quiero que piense mal de mí, voy a marcharme abajo, dejándola aquí encerrada. Volveré a la hora justa...

—Por favor, Mauricio, déjeme salir...

El reloj marcaba las nueve. Me figuraba la angustia con que todos estarían buscándome. El teatro rebosaría de gente. Jorge VI en su palco..., y yo sin llegar...

Me levanté furiosa.

—¡Si no me deja salir gritaré...!

—Sería un escándalo desagradable.

—¿Dice que me quiere y no atiende mis súplicas?

Ni un músculo de su cara se alteró.

—La quiero. Pero no irá... Quédese tranquila. Volveré enseguida.

Al verle dirigirse a la puerta me eché a llorar.

—Es uste odioso. Jamás podremos ser amigos...

—¡Querrá el destino que sea usted siempre Mi adorada Enemiga...!

Las manecillas del reloj marcaban las nueve y diez minutos. ¿Qué haría Miguel Leiva?

—Señor Viera —dije solemnemente—, aún es tiempo. No sea terco.

—La adoro, Isabel —fue su respuesta, negando con la cabeza.

Estaba cruzado de brazos, ante la puerta, y ni siquiera me miraba.

—Miss Flint no me perdonará este escándalo.

—Yo abogaré por usted, no se preocupe.

—La prensa lo comentará desagradablemente.

—Yo la haré callar.

—Miguel se enfurecerá...

—¡Será la última vez en su vida!

Hubo otro silencio; por mi mente pasaron las más locas y absurdas escenas. Los reyes mandando detenerme y condenándome a la última pena. Miss Flynt secando las lágrimas de Miguel Leiva, que sollozaba como una chicuela... Los vinos se me habían subido a la cabeza y esta me daba vueltas. El tictac del reloj acabó de descomponerme.

—¡Le odio! —grité, paseando furiosamente de un lado a otro de la habitación.

—Ya me lo ha dicho infinitas veces y jamás lo he creído.

—Es usted un fatuo... De todos modos, aunque no debute, jamás me casaré con usted.

—Espero que sí...

Su terquedad me sacó de mis casillas.

—¡Le aseguro que no! —le increpé con rabia.

Y en el mismo instante ocurrió la catástrofe. Tropecé con la larga falda de mi vestido y fui a chocar con la enorme piscina de *Baltasar*, que derribé íntegra sobre mi impecable y fastuoso traje. El agua estaba muy fría y lancé un grito, sintiéndola correr por mi cuerpo, desde el escote hasta los pies, poniéndome en un estado indescriptible.

Mauricio acudió rápidamente al lugar de la catástrofe, levantándome en vilo para separarme del inmenso charco o laguna que empapaba la alfombra.

—¡Criatura rebelde! —me dijo—. Ahora ha estropeado usted su vestido y creo que ha matado a *Baltasar*.

Efectivamente, el pececillo daba los últimos coletazos sobre el suelo, maldiciendo en sus postreros momentos mi visita.

Mi aspecto debía de ser terrible, porque Mauricio dejó de reír y me acarició la cabeza como podría haberlo hecho con una niña.

—¡No se preocupe, Isabelita! —me tranquilizó dulcemente—. Solo siento su vestido, tan bonito..., pero quizá se arregle cuando se seque... Voy a encender la chimenea.

Así lo hizo, mientras mis dientes castañeteaban de frío y de remordimiento ante el cadáver de *Baltasar*.

—Le traeré una bata para que se cambie, si no quiere coger un resfriado —dijo.

Abrió la puerta, dejándola entornada. Esta vez no pensé escapar por el iluminado pasillo, atribulada por aquella tragedia. De vez en cuando cruzaban por mi imaginación las caras de Miguel y de tía Ermyntrude, estremeciéndome de espanto.

Mauricio volvió con un grueso batín.

—Póngaselo y quítese eso para ponerlo a secar —ordenó—. Y se marchó, dejando la llave por dentro para que yo cerrase.

Mientras me quitaba el empapado vestido, pensé que estaba pagando cara mi ligereza al haber aceptado su convite... Jamás me hubiera figurado que aquella noche acabaría así.

La suave y caliente bata de Mauricio me produjo un gratísimo bienestar. Olía a tabaco rubio y en un bolsillo hallé uno de sus grandes pañuelos y una boquilla. Solo me quité el vestido y dejé que la ropa interior se secase sobre mi cuerpo.

Mauricio llamó suavemente.

—Pase —dije con sequedad.

—Le traigo una taza de café —explicó, sirviéndomela él mismo—. Así reaccionará. No quisiera por nada del mundo que enfermase.

—¡Bastante le importa mi salud!

—¡Qué bien le sienta mi batín! —siguió, como si no hubiese oído —. Parece hecho a su medida.

Miré las largas mangas, entre las que desaparecían mis manos, y le lancé una mirada enfadadísima.

—¡No se burle...!

—¿Va a volver a hacer pucheros? Si pone esas caritas tan raras, mi amor se va a enfriar —dijo para hacerme reír.

—¡Señor Viera! —lamenté—. ¿Por qué se habrá cruzado usted en mi vida?

—Porque Dios lo ha dispuesto así, señorita de Arozamena —contestó sencillamente.

—De no haberle conocido, no hubiese salido de España, ni hubiera intentado debutar, ni...

—... se habría muerto mi pobre Baltasar —concluyó Mauricio.

Estaba arrodillado para atizar la chimenea y, sin cambiar de posición, volviose hacia mí y me cogió las manos.

Y este fue el momento elegido para que se abriese la puerta y entrase... ¡Gladys Sinclair-Leigs!

Hubo un minuto de terrorífica expectación.

La inglesa, admirablemente vestida y linda, quedose sorprendida del cuadro, que no esperaba ver. El asombro, la ira y, por último, una estudiada frialdad pasaron por su rostro, divinamente maquillado.

—Perdón —se excusó cortésmente—. He llamado y, al no ser respondida, creía que no habría nadie en la habitación. —Avanzó unos pasos, inspeccionándolo todo—. Siento haberles interrumpido —añadió con sarcasmo—. Veo que estaban muy ocupados en esta dulce intimidad...

Mauricio y yo nos habíamos quedado tan atónitos por su inesperada intromisión, que tardamos un instante en rehacernos.

—Hola, Gladys —dijo al fin el novelista—. No te esperaba por aquí.

Gladys dejó oír una risa molesta.

—¡Ya me lo figuro...! He venido porque tengo más intuición que los demás. Estaba en el Auditorium, esperando asistir al debut de tu... de... miss Arozamena, y cuando salió alguien a explicar que la debutante se hallaba indispuesta y que en su lugar cantaría una

suplente, me metí entre bastidores.

—¿Qué decía Miguel? —pregunté, sin poder contenerme—. ¿Estaba enfadado?

—Todo era barullo y desconcierto. Miss Flynt telefoneó aquí, y alguien dijo que el señor Viera y la señorita Arozamena no estaban.

(Después supe que esto lo contestó el mayordomo de Mauricio, según órdenes recibidas).

—En vista de ello —continuó Gladys—, Miguel y miss Flynt empezaron a buscarlos por todos los restaurantes de moda. Yo he sido más lista.

Nos miró con sonrisa de triunfo.

—Es usted bastante... desenfadada, señorita de Arozamena —me increpó, viendo que no le contestábamos—. Desde el primer momento supuse que lo era. Mientras el público está esperando, se dedica con su amado de turno a representar escenas de amor. —Miró mi vestido puesto a secar sobre una silla—. ¡Qué imperdonable ligereza! —comentó riendo.

Habíame levantado del asiento, pálida por sus insultos. Pero Mauricio me detuvo con un gesto. También él estaba demudado.

—¡Calla, Gladys! Te equivocas —explicó fríamente—. La señorita Arozamena, que vino a cenar conmigo, ha tenido un accidente, tropezando con esa pecera y empapándose de agua. —Señaló el charco que llegaba hasta cerca de la puerta...

—¿De veras? ¡Qué divertido! —comentó con impertinencia—. La prensa estará encantada de poder dar una noticia tan sensacional.

—¿Qué quieres decir?

—Que mañana todos los periódicos describirán ese cuadro encantador.

Apenas pude contener un gemido.

—Siempre has sido mordaz, juzgando por ti misma a los otros —replicó el novelista—. Si haces o dices algo que perjudique a Isabel, no vacilaré en actuar contigo del mismo modo. Isabel vino aquí esta noche porque hace unas horas decidimos casarnos en breve. Yo no he consentido en dejarla debutar.

—¿Os habéis prometido? —preguntó Gladys, tras una pausa.

—Nos casaremos la semana próxima.

—¡Qué callado lo habéis tenido!

—Isabel no se ha decidido, verdaderamente, hasta antes de cenar.

—En ese caso... ¡felicitaciones! Probablemente Leiva tendrá un disgusto. Es una chica lista y sabe elegir. El otro es más rico..., pero no hay quien le lleve al matrimonio —murmuró con ironía—. Ya me indicaréis la fecha de vuestra boda...

—Por supuesto —concluyó Mauricio.

—Mi enhorabuena, queridos. —Desde la puerta hizo un gesto de

despedida—. Ya enviaré mi regalo.

Cerró dando un portazo, y entonces nos miramos Mauricio y yo.

—Isabel..., no sé cómo pedirle que me perdone... No creí que esto pudiera tener tales consecuencias —dijo con voz en la que vibraba una terrible desesperación—. Pero yo la he metido en este lío y yo la sacaré de él...

—No solamente ha destrozado mi carrera, sino que ha puesto en entredicho mi buen nombre —respondí amargamente—. ¡Y aún dice que me quiere...! ¡Es usted el último de los hombres para mí...! —Palideció aún más, pero no sentí ninguna compasión hacia él—. ¡Márchese! —dije—. Voy a vestirme.

Y él obedeció sin mirarme, profundamente consternado.

Rápidamente me despojé del batín y volví a ponerme el vestido medio seco. Temblaba de disgusto y de fiebre. Los dientes me castañeteaban y apenas tenía fuerzas para andar cuando me dirigí a la puerta.

Mauricio apareció en el umbral.

—Isabel, le juro que no esperaba que esto terminase así —se excusó —. Lo que he dicho a Gladys de casarnos es verdad, solo con que usted consienta...

—Déjeme ahora —contesté, empujándolo—. Creo que me siento enferma...

Esperé el ascensor y vino detrás. El vestíbulo estaba casi desierto cuando lo atravesamos.

Mauricio llamó a un taxi.

—Por favor, no me acompañe —supliqué—. No podría soportarlo.

Le vi quedar entristecido, iluminado por las luces rojas y verdes del rótulo del hotel.

Al llegar a casa no encontré a nadie, felizmente. Subí a mi cuarto y me dejé caer en la cama, olvidándome de todo cuanto me rodeaba.

Así concluyó el día que debió ser el de mi debut.

XVI

h

Diario de Isabel

¡Ya está! Yo, la Isabelita traviesa de Villarza, compañera de excursiones de Toni y terror de Martina, me he convertido en la esposa de Mauricio de Viera.

¡Soy una mujer casada...! Esto me digo y repito, contemplándome al espejo de la confortable habitación que ocupo en el hotel «Tudor», situado en el bellísimo condado de Warwick, y por más que pretendo descubrir en mi cara algún nuevo gesto que esté de acuerdo con mi nueva situación, nada advierto cambiado en la un poco pálida y delgada Isabel que me devuelve el cristal.

Llegamos aquí anoche, y una lluvia pertinaz nos ha impedido ver el campo y visitar todo esto, que debe de ser interesante.

Acabo de levantarme, abandonando el enorme lecho en el cual me he sentido perdida como en un tobogán.

Todos los muebles que me rodean tienen el mismo tamaño gigantesco, y me ha divertido lavarme en el tosco tocador, de jofaina de porcelana, con agua fría como el hielo.

He descorrido las cortinas que ocultan las ventanas y me he asomado a contemplar el campo, verdísimo, que tanto me recuerda a Villarza, aun sin tener este la grandiosa belleza de mis montañas navarras.

No he visto aún a MI MARIDO. Lo escribo con letras grandes para convencerme de que Mauricio de Viera tiene ya todos los derechos legales sobre mi persona.

Si hace veinte días alguien me hubiera dicho lo que iba a ocurrir, me habría reído. ¿Casarme yo con Mauricio, mi irreconciliable enemigo...? Pero después de los incidentes del «Celtic», los acontecimientos se precipitaron.

—Por primera vez en mi vida no encuentro una cosa divertida — dijo miss Flynt al entrar aquella noche en mi cuarto, donde yo la esperaba con angustia febril.

Mi protectora tardaría mucho tiempo en olvidar la ansiedad pasada mientras me buscaba por todos lados en compañía de Miguel Leiva, de un Miguel Leiva furioso, completamente desconocido, que, perdiendo su corrección, la apostrofaba rabiosamente, haciéndola culpable de todo. Ni tampoco olvidaría la escena siguiente, cuando, tras de recorrer inútilmente los restaurantes del Soho, de Pall Mall y de media ciudad, llegaron al «Celtic», donde Miguel y Mauricio tuvieron una terrible y bochornosa escena.

—Sí. Isabel ha sido mi invitada esta noche, y ya ha regresado a su casa, desistiendo de debutar, porque va a ser mi esposa la semana que viene y a mí me fastidiaba ese debut.

Tía Ermyntrude se dejó caer en un sillón, desfallecida, mientras los dos hombres cruzaban entre sí frases violentísimas. Miguel Leiva amenazaba con procesarle, acusándole de daños y perjuicios, y Mauricio le invitaba a que lo hiciera, ya que estaba dispuesto a devolverle cuanto se hubiera gastado. La anciana tuvo que separarlos, diciendo que yo pondría en claro todo aquello.

Aterrada y exhausta, no hice sino confirmarlo débilmente...

Después, durante varios días, los periódicos se han ocupado del asunto. Miguel habíame dado tanto bombo que yo era casi popular. El suceso no pudo pasar inadvertido.

«La muchacha que por amor renuncia a su carrera artística». «La joven española acepta el amor de un famoso escritor y suspende su debut». Así rezaban los sueltos de diferentes publicaciones. Y así se iba embrollando el asunto, haciendo inevitable lo que, de otro modo, yo hubiera rechazado indudablemente.

Mauricio intentó vanamente verme. Al fin no tuve más remedio que acceder a ello. Estaba tan pálido y demacrado, que me hubiera dado lástima. Pero todavía era yo más digna de compasión.

—Isabel..., ¿no podrá perdonarme? Le juro que no sospechaba el alcance y el giro que tomaría el asunto.

—No se moleste en disculparse... Ahora no le queda otro recurso que someterse.

—¿Someterme?

—Sí. A casarse conmigo. De sobra sé que no pensaría usted llevar el *flirt* tan lejos. Pero bastante lo siento yo. Ni mi nombre puede quedar en entredicho ni el de miss Flynt tampoco... Solo una cosa quiero pedirle: que me evite la mortificación de su presencia en todo lo posible hasta el día de la boda.

No le fue fácil complacerme. Las conveniencias sociales exigieron que nos presentásemos en público repetidas veces durante el breve tiempo del noviazgo.

La bondadosa miss Flynt encargose de todo lo referente a mi *trousseau*. Por mi parte, me encargué de la cuestión más difícil: la de comunicar a tía Patricia mi próxima boda, suplicándole que no dijese nada a Beatriz, para evitarle un mal rato, prometiéndole que yo misma se lo diría más adelante... Por vez primera en su vida, mi tía se mostró comprensiva. En lugar de responder con el silencio, como venía haciendo desde mi salida de Villarza, me escribió una larga carta llena de sanos consejos, diciéndome que se alegraba de mi boda con Mauricio y prometiendo que nada diría a mi hermana, la cual estaba otra vez más animada. Añadía a esto mis documentos oficiales y cierta

cantidad de dinero como regalo. Doña Asunción, la tía de Mauricio, fue enterada también, tras de lo cual preparó su equipaje y se presentó en Londres para asistir a la ceremonia del enlace de su queridísimo sobrino.

Esta tuvo lugar ayer tarde. En la mansión de los Flynt, mi generosa madrina hizo un derroche de lujo y de buen gusto, convirtiendo la casa en un florido jardín. Los regalos recibidos llenaban varios salones. Las damas de honor, primas lejanas de Mauricio, vestidas de organdí, me hacían pensar, con lágrimas en los ojos, en mi adorada hermana, tan lejos en aquellos momentos.

El almirante Flynt, con su uniforme de gala, parecía más joven y más animoso. Miss Flynt, al verle así vestido, no se atrevió a llamarle «mi pobre hermano».

Lo que ocurrió después está grabado en mi imaginación como las escenas de una película pasada rápidamente.

Isabel, subiendo al coche, cuajado de flores blancas, entre una multitud de curiosos, que se apiñaban para verla. Doña Asunción, cerca de ella, con los ojos húmedos de emoción. Miss Flynt, luciendo un elegantísimo modelo de Chanel, gris perla, completamente feliz y divertida otra vez... Caras y más caras, entre ellas la de Mauricio, pálida y seria, más rubio a la luz del sol, ofreciendo el brazo a la madrina al detenerse el coche ante la iglesia católica donde va a celebrarse la boda. Después luces, cánticos, perfume nupcial de azahares, y la aristocracia inglesa escuchando las promesas de amor y fidelidad de Mauricio de Viera e Isabel de Arozamena.

Más tarde, el banquete en casa de los Flynt, que parece pequeña para contener tal número de personas. Bromas de Sprules, sonrisas de los invitados, besos de las amigas y, por último, despedidas tras de cambiar precipitadamente el traje de desposada por un sencillo *tailleur* blanco. Adioses, abrazos cariñosos de tía Ermyntrude y otro chaparrón de lágrimas.

Por fin la carretera, sentada en el coche de Mauricio, camino de Warwickshire.

—Un poco fatigoso, ¿no? —fueron las primeras palabras que cambiamos.

—¿El qué?

—La ceremonia. ¿Estás muy cansada?

Mirome con expresión indefinible, que me recordó un poco la de antes, cuando éramos amigos.

—Si tuviera que soportarlo todos los días, creo que no lo resistiría —respondí.

Me sentía satisfecha de abandonar la calurosa capital y respiré a pleno pulmón el aire embalsamado del campo en aquel atardecer del mes de julio.

—Bueno —dijo de pronto—. Ya somos marido y mujer. —La frase, aunque sabida, me hizo enrojecer al escucharla en sus labios.

—Sí —dije—. Eso parece...

—¿No se te ocurre otra cosa? —interrogó, sonriendo, la primera sonrisa que le vi desde la noche fatal de la muerte de *Baltasar*.

—Se me ocurren varias —repuse.

—Tales como...

—Como que no siento el temor que imaginaba yéndome contigo en plan de esposa sumisa.

—¿Sumisa tú...? Creo que siempre harás alguna trastada de las tuyas.

—No has sido muy afortunado cuando has intentado plagiarlas.

—¿Lo dices por... lo del rapto? —preguntó, tras un silencio.

—Por eso mismo.

—Podía haber acabado peor —murmuró.

—Puede que sí... Pero tampoco es agradable un matrimonio a la fuerza.

Quedose terriblemente serio y propinó al volante un giro peligroso.

—¿Lo dices por ti? —preguntó, pendiente, al parecer, de los azares de la carretera.

—Y por ti.

Lanzó una carcajada, en la que no vislumbré el menor síntoma de alegría.

—¿Crees que me he casado contigo a disgusto?

—¿No te parece que vamos demasiado de prisa? —pregunté, eludiendo la respuesta.

Acababa de ponerse el sol, y los húmedos campos exhalaban un olor agradable.

—Hemos de llegar a Warwick esta noche. ¿Te asusta la velocidad?

—En absoluto.

Callamos, y durante largo rato presté atención a los cambios del paisaje. El Warwickshire, llamado poéticamente «el condado de las rosas y de los corderos», era un regalo para la vista, con sus colinas de un verde brillante y sus bosques espesos, por donde aparecía de vez en cuando una granja con techos de ladrillo rojo, rodeada de madreselvas, o la mole gigantesca de algún castillo histórico.

Cuando divisamos a lo lejos el célebre castillo de Warwick, era ya noche cerrada. Nos detuvimos a pocos kilómetros delante de un enorme caserón, en cuya entrada, con letras muy grandes, se leía el rótulo: «Tudor Hotel».

—Ya verás qué interesante es esto —me dijo Mauricio mientras llamaba con la bocina para que salieran a recibirnos, pues, por lo avanzado de la noche, todos debían de estar ya durmiendo—. Este edificio sería, en el siglo XV, la noble mansión de alguna familia del

condado. Lo conservan a tono con la época, y cree uno haber dado un salto atrás en la Historia.

Un botones y una rolliza camarera salieron a hacerse cargo de nuestro equipaje, y mientras Mauricio se ocupaba de encerrar el coche, entré en el inmenso vestíbulo, de piedras grises y muebles oscuros, confortable dentro de su vetustez.

—¿Los señores desean una habitación?

—Dos, naturalmente —respondí con viveza a la encargada, que quizá no encontrase tan natural ese capricho de unos recién casados.

—¿Quiere seguirme, señora?

Atravesé tras ella enormes corredores, en donde nuestros pasos retumbaban. Hizo sonar las llaves de la faltriquera y se detuvo ante la puerta número 24.

—A ver si le agrada, señora. Es lo único que tenemos libre, porque en el verano está todo lleno de turistas.

La habitación —ya la he descrito anteriormente— comunicaba por una puerta interior con otra semejante, en donde hice colocar las maletas de Mauricio.

—Está bien. Gracias.

Retirose, después de mostrarme el manejo de los timbres y de advertir que si queríamos tomar algo no teníamos más que bajar por «la escalera de honor», torcer a la derecha, luego a la izquierda y en seguida encontraríamos el comedor.

Me despojé de la chaqueta, quedando con una sencilla blusa blanca. Me estaba arreglando el peinado ante el espejo, cuando Mauricio golpeó ligeramente en la puerta. Abrí y echó una mirada a la habitación.

—¿La has elegido tú? —preguntó con voz inexpresiva.

—Sí... La tuya es aquella...

Señalé la de al lado, con mano algo temblorosa.

—¡Ah! —dijo por todo comentario. Y se dirigió allá, empezando a revolver furiosamente las maletas.

Le oí, a través de la puerta entreabierta, y al fin le pregunté, conteniendo una sonrisa:

—¿Buscas algo?

—Un pañuelo limpio. Pero a no ser que la maleta tenga un doble fondo secreto, el criado debe de haberlos olvidado en el armario. —Su tono impaciente me impelía a risa.

—¿Quieres que te ayude?

—Si no te asusta ver a un hombre sin chaqueta...

Sin responderle entré en la habitación. Aquellos momentos habían sido suficientes para que reinase en ella el más terrible desorden. Los zapatos, los pijamas, el *smoking,* una pila de camisas y una porción de objetos heterogéneos ocupaban toda la superficie de los muebles.

Mauricio, en pie en medio de todo aquello, parecía la imagen del hombre desdichado. Estaba en mangas de camisa, atuendo que, según mi opinión, es el que más favorece a todos los hombres, con el primer botón del cuello desabrochado, dejando ver la piel morena.

«Es guapo —pensé en aquel momento—. Cualquier mujer se consideraría orgullosa de tenerle por marido».

Contrastando con mis pensamientos, la frase que pronuncié no pudo ser más vulgar:

—¿No son estos los pañuelos?

Le tendí unos cuantos que estaban encima de todo, y lanzó una carcajada, que, a pesar mío, imité.

—Me he vuelto atolondrado, o es que estoy nervioso —dijo—. Dentro de poco no podré pasarme sin tu ayuda.

Su mirada y la intimidad que nos rodeaba me hizo sentirme confusa. Volví rápidamente a mi habitación.

—¿Estás dispuesta?

Mauricio, peinado y oliendo a colonia, me interrogó desde su cuarto, al cabo de un momento.

Asentí y ambos salimos al corredor, en busca de la escalera, que encontramos en seguida.

Un gran silencio nos rodeaba. Instintivamente hablamos en voz baja, para que los ecos no atronasen los oídos de los huéspedes que descansaban.

—Esto es majestuoso —murmuré bajando los peldaños de piedra, apoyada en la artística barandilla, que rezumaba humedad.

—Pareces Dorothy Vernon, solo que mucho más bonita —dijo Mauricio.

El comedor era una inmensa sala, con una larga chimenea de campana al fondo. Una gran puerta de cristales dejaba ver el jardín, iluminado por la luna.

La camarera surgió como por arte de magia, preguntándonos amablemente:

—¿Desean los señores cenar aquí o en el jardín?

Mauricio me consultó con la mirada.

—En el jardín —sugerí.

Y allí nos dirigimos, sintiendo aumentada la sensación de silencio, interrumpido solamente por el murmullo de las hojas agitadas por el viento. Ocupamos una mesa, bajo el tronco de una gruesa acacia. La noche parecía cuajada de misterios y de sensaciones nuevas.

—Isabel —dijo de pronto—, confiesa que no eres tan desgraciada como temías.

Enrojecí al ver que adivinaba mis pensamientos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque debes de estar pensando que soy menos malo de lo que te

figurabas.

—No es eso, precisamente. Pero te agradezco que seas para mí un agradable compañero, ya que no puedes ser otra cosa.

—¿Qué es lo que no puedo ser...?

Su voz resonó rara en el silencio nocturno.

—Un marido corriente —respondí, turbada.

—¿Y por qué razón no puedo ser yo «un marido corriente»?

No distinguía bien sus facciones y no pude adivinar si hablaba en serio o en broma, lo que me produjo un desasosiego especial.

—Ya comprendes lo que quiero decir...

—No comprendo absolutamente nada —recalcó.

La camarera recogió las copas vacías, que antes habían estado llenas de frutas heladas, y colocó en la mesa una fuente de doradas truchas. Hasta que no se perdió el rumor de sus pasos no volvimos a hablar.

—Estoy intrigado, Isabel...

—¿Por qué motivo?

—Por lo que has dicho de que no soy un marido corriente. ¿Qué entiendes por eso?

—Pues... un marido enamorado... y correspondido...

—¿Nada más?

—Creo que no.

—Entonces quizá lo sea, porque estoy enamorado de ti. Y tú... espero que olvides la pena que inconscientemente te he causado y me quieras de verdad. ¿No me quieres un poquito, Isabel, a pesar de todo?

Al igual que aquella noche inolvidable, alcanzó mi mano por encima de la mesa. Su contacto cálido hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo.

—Por favor, hablemos de otra cosa —supliqué retirándola.

Comprendí que le había dolido mi sequedad. Pero no lo demostró y siguió hablando festivamente.

—Temo que si no decimos *stop*, la camarera continúe sirviéndonos platos hasta que amanezca —dijo al ver que traía un guisado de perdiz.

—No tengo apetito, pero sí mucho sueño. ¿No podríamos abreviar la cena?

—Desde luego. —Indicó que nos sirvieran la fruta—. El día ha sido muy agitado. Espero que la estancia en Warwick te distraiga. No sabes cuánto daría por verte dichosa.

Guardamos silencio, contemplando el cielo estrellado, sin una nube.

Tras de tomar el postre me puse en pie con el deseo de retirarme. Una emoción desconocida apoderábase de mi corazón y de mis

nervios cuando, apoyada en su brazo, subíamos la escalera de honor. La puerta de la habitación estaba abierta. La camarera preparaba las camas y ponía en orden la ropa de mi marido.

Sonrió amablemente al retirarse. Yo sentí mis manos heladas cuando la puerta se cerró tras ella.

En contra de lo que esperaba, Mauricio no me miró, sino que pareció muy distraído en la contemplación de una anilla de la cortina. Hubo un silencio embarazoso, que yo rompí con débil voz:

—Estoy muy cansada... Te... deseo muy buenas noches.

Volvime de espaldas, abriendo la puerta de comunicación para dirigirme a mi cuarto. Con la mano en el pomo de la puerta, oí su voz alterada:

—¡Isabel!

Una angustia creciente apoderose de mí y apenas pude volver la cabeza.

—¡Isabel! —dijo—. Esta es nuestra noche de bodas y te despides así... ¿Tanto rencor me guardas?

Callé, incapaz de pronunciar palabra. Habíase aproximado y oí su voz a mis espaldas:

—¿No podrías darme... ni siquiera un beso?

—Si te diera un beso —repuse con la boca seca—, no me dejarías marchar.

—Te juro que sí. Sé lo que querías significar cuando decías que nuestro matrimonio no era un matrimonio corriente. Por eso no quiero violentar tus deseos, y no abuso de mis derechos de marido. A pesar de que te adoro, Isabel...

El tono ronco con que hablaba me descubría su emoción.

—Buenas noches —repetí.

Pero antes de que hubiera dado un paso, añadió:

—¡Ni siquiera un beso, Isabel...!

Mirándole transformado por la pasión, comprendí que en aquel momento no debía fiarme de sus juramentos. Antes de que se hubiera dado cuenta entré en mi cuarto, cerrando la puerta. Corrí el pestillo y apoyé la cabeza sobre la madera, sin saber si estaba satisfecha o triste de mi decisión.

Oí su voz a través de ella.

—¡Eres cruel, Isabel! —dijo—, y adiviné por el roce de sus cabellos que él también estaba apoyado como yo.

Guardé silencio.

—Isabel, si me hubieras dado un beso me habrías hecho feliz...

—…

—En cambio, me siento desdichado en este momento.

—…

—Te adoro. ¿No te da lástima de mí?

Ante mi obstinado silencio, optó por cambiar de tono.

—Isabel... Me gustaría ser un marido corriente —dijo, bromeando.

No respondí, temiendo que la voz me traicionara.

Sentí deseos de abrir, pero un temor irreprimible me lo impedía.

—Por favor, Isabelita mía... Abre un poco; me das un beso muy rápido y vuelves a cerrar.

—…

—¡Isabel! ¡Eres de hielo!

Durante un cuarto de hora dejose oír su voz suplicante y acariciadora por entre aquellas maderas del tiempo de los Tudor. Yo continuaba hechizada, incapaz de marcharme ni de abrir. Cansado de suplicar, movió el picaporte, visiblemente enfadado.

—¡Ábreme, Isabel!

—…

—¡Soy tu marido!

—…

—¡Vas a obligarme a echar la puerta abajo...!

—…

Por un momento temí que lo hiciera, tal fue el estrépito que armó, empujándola y golpeándola furiosamente. Cedió después, viendo que todo era inútil.

—Escucha, Isabelita. Sé que estás ahí, tras la madera. Si no estuviera aquí este maldito impedimento —le propinó un puntapié—, podría estrecharte entre mis brazos. ¡Isabel...! —parecía que no podía dejar de nombrarme, como si el pronunciar mi nombre le sirviese de consuelo—. ¿No sabes lo que es un beso, un verdadero beso, dado y devuelto por dos que se quieren? Debe de ser el paraíso. ¿No quieres probar?

—…

—¡Isabel! —Otra vez los golpes arreciaban.

—…

—Creí que eras una mujer de carne y hueso; veo que eres de mármol.

Se alejó de la puerta y aunduvo por su habitación dando golpes a los muebles.

Me dejé caer en el inmenso lecho, con deseos de llorar y con los nervios en tensión. Apagué la luz, y hasta que amaneció vi la rendija iluminada que salía de su cuarto, lo que me indicó que no dormía.

Y esta ha sido nuestra «noche de bodas».

XVII

h

Los días que siguieron fueron alegres y divertidos, en apariencia dedicados a hacer excursiones por los alrededores.

Después de la escena ocurrida la noche de su boda, Mauricio amparose en una cortés frialdad, herido en su dignidad por Isabel, y ambos se limitaban a tratarse como dos buenos camaradas. Isabel aceptaba la situación con una especie de nostalgia, de la que ni ella misma se daba cuenta, por volver a ver en los ojos de su marido aquel brillo de pasión que vislumbró en otro momento.

Aquella tarde, Isabel sintiose fatigada y deseó quedarse en el hotel. Mauricio, huyendo de una intimidad peligrosa, salió solo, en compañía de su aparato fotográfico.

La joven entretúvose leyendo, a pesar de lo cual la soledad se le hizo excesivamente pesada, y, tras de tomar el té en el jardín, decidió llegarse al pueblo a comprar unas postales.

Colocose un ligero abrigo, color fresa, que armonizaba con su vestido blanco, y al atravesar el vestíbulo del hotel la encargada entregole un telegrama.

Mientras salía a la carretera y caminaba rápidamente, lo abrió con cierta curiosidad.

Al leerlo, quedó extrañada, sin comprender el significado. Era de tía Patricia y decía lo siguiente:

«Estamos bien, a pesar dolorosos sucesos».

Su corazón dejó de latir. ¿Qué quería decir su tía? Asombrada, se detuvo en mitad del campo, dándose cuenta en aquel instante de que el aire estaba cargado de electricidad, presagiando tormenta.

Apretó el paso hacia el pueblo, con la ilusión de encontrar por allí a su marido. Al pasar por una tienda ocurriósele la idea de comprar periódicos.

—¿Tiene periódicos de España? —preguntó al dependiente que la recibía solícito.

—¿De España...? ¡No, señorita! ¡De España no llega prensa hace una semana, con los horribles sucesos ocurridos...!

—¿Horribles? Pues ¿qué ha pasado? —interrogó con angustia.

—¿Acaso es española, señorita? Aquí tengo periódicos de todas partes. Son atrasados, pero puede llevárselos.

Con mirada compasiva la vio alejarse, e Isabel, sin acordarse siquiera de dar las gracias, salió a la carretera. Allí mismo detúvose a leerlos con ansiedad. Había franceses, italianos, ingleses, y por ellos enterose de la tragedia producida por la guerra y revolución estalladas

en España unos días antes.

Durante una hora estuvo Isabel en la carretera, sin prestar atención a otra cosa que no fuese la lectura, y sin advertir la lluvia, que empezaba a caer en abundancia sobre su cabeza. Cuando alzó los ojos hacia el plomizo cielo pareciole que habían transcurrido años desde que empezó a leer. ¡Su patria estaba en peligro! ¡Desde hacía seis días debatíase en una lucha cruenta, y ella nada sabía...! Lo que tanto temían había llegado. Todos los españoles esperaban durante los últimos cinco años que algo horrible tenía que pasar.

Un relámpago hízola gritar ligeramente, y echó a correr por la carretera, hasta divisar los grises muros del hotel, cubiertos de hiedra.

Entró en su habitación y despojose maquinalmente de la ropa empapada, poniéndose una bata y sentándose ante la ventana, para volver a leer las emocionantes noticias.

Mauricio no había vuelto aún, y deseaba ardientemente que llegara para referírselo todo.

La prensa inglesa explicaba escuetamente que había estallado una guerra civil. Parecía querer quitarle importancia, pero entre líneas se comprendía la gravedad del caso.

Encontrose llorando sin poder evitarlo. Amaba a su patria sobre todas las cosas, y el sentirse lejos de ella en los momentos en que tanto sufría acongojábala más. Oyó unos pasos fuertes en el corredor.

—¡Mauricio! —llamó.

El joven se detuvo en el umbral de la puerta. También él era presa de viva emoción.

—Me alegro de encontrarte, Isabel —balbució torpemente—. Vengo de..., he estado por casualidad en la oficina de Telégrafos, donde había un telegrama para mí...

Rehuía su mirada, no sabiendo mentir y no queriendo explicarle lo que le pasaba.

—Resulta que... te vas a extrañar de lo que te voy a decir... —continuó—; pero tengo que marcharme de viaje... Y nada menos que a California, una corta temporada. El telegrama es del director cinematográfico que tiene mis novelas. Urge mi presencia allí.

Isabel, excitada y nerviosa, no advirtió lo burdo de la mentira.

—¿Has leído lo que pasa? —dijo con un hilo de voz.

Mauricio miró con expresión indefinible los periódicos mojados por la lluvia y murmuró sin mirarla:

—Sí... Siento que te hayas enterado... No debes preocuparte. Eso acabará pronto...

—¿Qué hacemos? ¿Qué piensas hacer?

—¿Yo...? Ya te lo he dicho. Tengo que ir a California y...

—¿…y qué?

—Pues nada más. Que tengo que atender a mis negocios. Tú puedes

quedarte en Londres, en casa de miss Flynt, o en una casa propia hasta mi vuelta...

—Olvidas un detalle... —dijo Isabel con voz helada.

—¿Qué detalle?

—Que soy española...

—Bien... ¿y qué?

—Pues que, como soy española, me voy a España a sufrir con ella, a vencer con ella o hundirme con ella.

Mauricio la contempló con emoción.

—También yo soy español...

—¡Mientes...! —Su voz salía hiriente—. ¡Mientes! —repitió—. Tú no eres español... Eres inglés, y por eso pretendes que me quede aquí. ¡Me quema el suelo bajo los pies! ¡Tú puedes irte a California, ya que no tienes valor para coger un fusil y defender tu patria!

Lanzole al rostro el chaparrón de palabras, y en los ojos del joven brilló un relámpago de ira.

—¡Tú qué sabes de mí, si jamás te has tomado la molestia de adivinarme! —dijo con rabia.

—Vete en busca de dólares, que los verdaderos hombres lucharán sin necesidad de ti...

Mauricio apretó los puños.

—¡Cállate, Isabel!

—¡No me callo, Mauricio de Viera! ¡Me avergüenzo de llevar tu nombre! ¡Eres un cobarde!

El insulto le hizo vacilar un momento. Con gesto brusco sujetola por las muñecas.

—¡Escucha, Isabel! Toda la vida has sido injusta conmigo... Jamás me has comprendido y siempre has pensado de mí lo peor...

Soltola de nuevo y continuó, con voz ronca:

—Hace dos horas que me he enterado de esta espantosa catástrofe, y me ha faltado tiempo para telegrafiar alistándome. No quise decírtelo repentinamente, temiendo que el pequeño afecto que pudieses sentir hacia mí te hiciese sufrir y preocuparte. He sido un estúpido deseando evitarte un dolor que de todos modos no hubieras sentido. ¡Quiero a mi patria lo mismo que tú!

Isabel, medio paralizada por su brusquedad, no pudo proferir palabra. Oyó el portazo que dio al salir de la habitación y el ruido de sus pasos al alejarse.

Pasaron muchos meses antes de que volviera a encontrar a su marido.

TERCERA PARTE

ISABEL Y LA GUERRA

h

XVIII

h

—Señorita de Arozamena, ¿quiere poner la inyección al herido de la cama veintiséis, que está hoy muy rebelde? Isabel alzó la cabeza, cubierta con la blanca toca de enfermería, y respondió a la monja que la llamaba:

—Enseguida, hermana.

Había cambiado visiblemente. Las horas de dolor vividas durante muchos meses habían hecho evolucionar su carácter, que perdió aquella espontaneidad de chiquilla ingenua. Isabel habíase convertido en mujer, una mujer valiente, que aliviaba los sufrimientos con sus sonrisas, pero que sufría y amaba y compartía las penas de cada uno.

Llegó a España en los primeros días de agosto, sin haber podido averiguar nada respecto a su marido, que tomó el tren la misma tarde de su discusión, dejando el coche para que Isabel volviese a Londres. Solo supo que había partido como voluntario a su patria.

El encuentro de Isabel y Beatriz tuvo lugar en medio de una jubilosa manifestación popular, ante la toma de la primera ciudad arrancada de las manos del enemigo. Careció, por lo tanto, de la menor tirantez. Isabel había suplicado a su tía que siguiese guardando silencio respecto a su matrimonio, ya que ella misma informaría a Beatriz cuando lo creyese oportuno.

Las dos jóvenes ofreciéronse como enfermeras. Un invierno había transcurrido y la primavera las encontraba en un hospital de sangre de la costa guipuzcoana; Toni luchaba también en primera línea.

El enfermo de la cama 26 era un moro enorme, de pobladas barbas y gesto fiero, que no había temblado ante las balas y que temblaba, sin embargo, ante la aguja de una inyección.

—¿Cómo sigues, Achmed? —preguntó, deteniéndose ante él.

—Morito seguir bien. Pero morito no querer dejar pinchar brazo —murmuró con gesto hosco, suavizado al ver a Isabel.

—¿Cómo es eso, Achmed? —dijo, cogiendo la jeringuilla de manos de la atribulada monja—. Vas a hacerme pensar que tienes miedo.

—Morito miedo no tiene a nada. Pero pinchar brazo no deja —se obstinó el herido.

—Está bien —declaró la joven haciendo ademán de retirarse—. Cuando el capitán vaya a Marruecos y hable con tu mujer, le dirá que eres cobarde.

La barba del moro osciló a impulso del fruncimiento de labios.

—Escucha, niña. Moro no gusta que mujer crea cobarde. Pincha brazo si quieres. —Y remangó su camisa, dejando ver el brazo

musculoso y moreno.

Como siempre, Isabel había triunfado. Era la enfermera predilecta de los heridos, a quienes alegraba con su sonrisa juvenil.

Visitó a todos sus enfermos y, tras de dejar apuntadas las incidencias de su turno en el cuaderno del doctor, buscó por los corredores la figura de su hermana. La vio empujando el sillón de un herido por las galerías soleadas.

Beatriz, lindísima con el blanco uniforme, era causa de que muchos heridos dejasen su corazón en el hospital.

—Me marcho, Beatriz. ¿Tú no sales ahora?

—Dentro de cinco minutos —respondió la aludida—. Puedes ir andando, y si llegas a casa antes que yo, prepara la merienda.

Echose Isabel sobre los hombros su capa azul marino y abandonó el edificio, deseosa de descansar. Hacía un día hermoso, y, aunque habituada a la belleza del panorama, se detuvo a contemplarlo una vez más. La bahía lucía esplendorosa entre las dos montañas, de un verde exuberante, que cerraban a medias la vista del horizonte, donde el mar se juntaba con el cielo. La playa, de dorada y fina arena, estaba completamente desierta, ya que la relativa proximidad del pueblo con el frente hacíanla poco atractiva para la población civil.

Detúvose Isabel ante la puerta de una casa e hizo minar el aldabón. Abriole una mujer de edad avanzada, que cubría su cabeza con una pañuelo negro, a usanza del país.

—Buenas tardes, Mariacho —saludó la joven—. ¿Puede prepararnos la merienda? Tenemos mucha hambre.

Despojose del uniforme, cubriéndose con una sencilla bata. Abrió la ventana, por la que entraba un delicioso olor salino, y apoyó la frente en los frescos cristales. Llevaba dos noches sin dormir, velando a un enfermo que se había agravado. Recordándolo, dos lágrimas brotaron de sus ojos, tan azules. Cada uno que moría era una espina clavada en el corazón de Isabel. Jóvenes, patriotas, valientes.., y, en un momento dado, una bala maldita les quitaba aquella vida que ellos amaban con todas las fuerzas de su juventud.

Cuando la guerra acabase, todos los años se debería hacer una manifestación espontánea a los cementerios. Nada de ceremonias oficiales, llenas de protocolo... Una peregrinación a los cementerios: allí era donde se daba cuenta uno de la grandeza del sacrificio de los que cayeron.

El ruido que hizo Mariacho preparando la mesa la distrajo de sus pensamientos.

¡Qué lejos estaban de aquella realidad cruenta Gladys Sinclair-Leigs, Miguel Leiva, el teatro Auditorium, las bromas de Sprules... y la terraza del hotel «Celtic», donde vivió los mejores instantes de su vida! ¡Y qué ridículas y pequeñas sus antiguas complicaciones, ante la gran

tragedia de España! En Londres, todo seguía igual..., la vida frívola, las fiestas elegantes, los hogares felices...

La amargura de Isabel aumentaba por no saber nada de su marido. Ignoraba si vivía o si había muerto. Todas las indagaciones que hizo para averiguar lo que era de él dieron resultados infructuosos. Y el dolor intolerable que sentía ante la idea de que podía haber muerto hacíale comprender lo mucho que había representado aquel hombre en su vida desde el momento en que le conoció. Habíale hecho reír y llorar, ser feliz o desgraciada.

Mientras Beatriz regresaba, decidió escribir a miss Flynt, que había enviado una fuerte suma para comprar materiales sanitarios.

Sentose ante una pila de blancas cuartillas, recordando con ligera sonrisa su antiguo papel gris con membrete rojo. Hasta los pequeños detalles se habían simplificado en su vida.

«Querida tía Ermyntrude: Gracias. Un millón de gracias por su generoso cheque. Hoy mismo se lo entregué al coronel, que se lo agradecerá oficialmente.

»¿Qué le podré contar de mi vida? Su Isabelita ya no es la misma que la acompañaba, paseando a caballo, por las avenidas de Hyde Park, recorriendo los bazares de Bond Street y devorando golosinas en los salones de té. La Isabelita actual es una mujer que ha aprendido a sufrir y que aceptará agradecida toda la felicidad que la vida quiera depararle más adelante, si es que me depara alguna.

»Porque he visto el sufrimiento en todas sus fases y me he dado cuenta de lo vana e insulsa que fui hasta ahora. La guerra vuelve estoicos a los españoles, querida miss Flynt, y no se dará en nuestra generación nunca más esa especie de seres inconscientes que ha habido en otra época.

»Dirá usted, querida miss Flynt, que no sé hablar más que de estas cosas, pero es que solo vivo para la guerra y por los que sufren...»

Detúvose Isabel viendo entrar a Beatriz, que la saludó alegremente.

—¡Ya estoy aquí, Isabelita...!

Despojose, como su hermana, del uniforme, y mientras lo hacía comentaba las incidencias de la jornada.

—Un teniente de artillería me ha llamado esta mañana, diciendo que iba a dictarme una carta. Me hizo llenar pliegos y más pliegos con frases de amor, y después ¿qué dirección creerás que me dio?

Quedó en suspenso esperando la respuesta de Isabel mientras se cambiaba los zapatos por unas chinelas.

—Señorita Beatriz de Arozamena, hospital militar —insinuó la otra…

—¿Cómo lo has adivinado?

—No es cosa difícil tratándose de ti, que traes loco a medio hospital.

Isabel vertía el café en las tazas mientras escuchaba la conversación de Beatriz, que hablaba en el cuarto contiguo.

—¿A que no sabes de quién he oído hablar hoy?

—¿De quién? —preguntó con indiferencia.

—Espero que no te molestará que te hable de él. Por mi parte, hace tiempo que he olvidado y perdonado aquel estúpido asunto.

Beatriz asomó por la puerta su cara, cubierta de jabón.

—¿A quién te refieres? —se impacientó Isabel con un angustioso presentimiento.

—A aquel novelista. Al sobrino de doña Asunción. Es decir, a Mauricio de Viera.

Isabel derramó el café sobre el albo delantal, presa de un violento temblor.

—¿A... Mauricio de Viera...? —repitió.

—Sí, querida. ¿Es posible que hayas perdido la memoria hasta el extremo de no saber quién es?

Isabel no pudo contener una risa nerviosa. ¡Olvidar a Mauricio, cuando todos los minutos del día le parecían pocos para recordarle...!

—Y... ¿qué te han dicho? —interrogó con temor.

—Como patriota se porta bien —repuso Beatriz, intercalando las frases con un chorreón de agua sobre su rostro—. ¿Sabes quién es? El «as de los trimotores».

La joven no pudo contener una exclamación.

—¡Imposible!

El «as de los trimotores» era el nombre festivo que daban los soldados a un aviador que había derribado con su caza muchos aparatos de bombardeo. Cien veces habíales oído Isabel comentar las hazañas del «as», sin poder sospechar que hablaban de su marido.

—Pero..., Beatriz, ¿estás segura? Repíteme lo que te dijeron.

—Fue un herido del frente de Madrid. Contaba que en el último combate, Viera había incendiado dos aparatos enemigos y hecho huir al tercero. Yo pregunté: «¿Viera?» Y él dijo... —Aquí, Beatriz, ignorante de la atención con que la escuchaba, se interrumpió—. Por favor, ¿quieres alcanzarme la toalla? Tengo los ojos cerrados por el jabón y he cogido la colcha equivocadamente.

Isabel contuvo un rugido de indignación y le entregó lo que pedía, apremiándola:

—¿Y qué dijo el soldado?

—¿El soldado? ¡Ah, sí...! Pues dijo: «Mauricio de Viera, el "as de los trimotores"». Excuso decirte que me quedé estupefacta.

Salió de la alcoba, limpia y peinada, y sentose ante la mesa.

—Eso hace que me sea menos antipático —continuó, sin mirarla—. A veces pienso que la culpa de todo lo ocurrido fue mía, por creerme enamorada de él, y tuya por alentarme. El pobre muchacho se iría pensando que éramos unas chicas ridículas. —Alzó los ojos hacia su hermana mientras se llevaba la taza a los labios.

La alterada fisonomía de Isabel la sobresaltó.

—¿Qué te pasa, Isabelita? ¿Te has molestado conmigo? Te aseguro que todo aquello pasó y que no te guardo el menor rencor. ¿Estás llorando?

Dirigiose hacia ella, que se había dejado caer en la silla, apoyando la cabeza sobre la mesa.

—Lloro porque me haces feliz con tus palabras —dijo entrecortadamente la esposa del «as de los trimotores».

—¿Creías que te guardaba rencor? Cuando te marchaste a Londres, pensé que jamás podría perdonarte; pero luego..., en fin, algún día te hablaré de algo que aún quiero tener secreto... ¿Todavía lloras?

—Déjame, Beatriz... Esto aplaca los nervios.

—¿Te ha sorprendido lo que te he dicho de Viera? Comprendo que te disguste tener que volver a verle.

—¿Volver a verle? —Isabel levantó sus llorosos ojos.

—Sí... Dijo aquel muchacho que vendrá destinado al aeródromo que han concluido la semana pasada aquí cerca.

Quedó asombrada ante el efecto producido. Isabel cesó de llorar y la abrazó. Se dejó caer en el destartalado diván, para volver a levantarse en el acto y dar dos vueltas por la habitación, desgarrando con un picaporte la manga de su bata floreada.

—¡Isabel! ¿Te has vuelto loca?

—¡Loca! Sí. Loca de felicidad... Tú no comprendes..., no puedes comprender... —Beatriz confesó que, efectivamente, no comprendía nada—. ¡Ahora seré feliz! ¡No me riñas! Cuando le vea me tiraré a su cuello y le suplicaré que me perdone y que me bese.

La cara de su hermana reflejaba un mundo de sorpresas.

—Pero, querida..., no sabes lo que dices.

—¡Ya lo creo que sé lo que digo...! ¡Le daré todos los besos que una noche le negué!

—Estás trastornada, Isabelita. Toma esta taza de café y te tranquilizarás —rogó, aterrada ante aquella sarta de lo que a ella le parecían atrocidades.

—¡No puedo tomar café ni nada! ¿Cuándo dices que vendrá Mauricio?

—Mañana, probablemente... Pero explícame: ¿acaso le volviste a ver después de lo del torreón?

—Por supuesto, querida... Se me ha olvidado decirte..., no sé si sabrás... —Isabel no sabía cómo continuar—. Resulta que el «as de los

trimotores», es decir, Mauricio, es mi marido...

Hasta media hora después, Beatriz no consiguió salir del estado de embobamiento que la noticia le produjo.

—Será verdad todo lo que dices..., pero no puedo creerlo —dijo cuando pudo hablar.

—Doria Asunción lo sabe, miss Flynt lo sabe, todo Londres lo sabe... —Salió de la habitación y volvió al poco rato con un montón de papeles y la alianza de oro en su dedo anular—. ¿Ves, hermanita? Este es el anillo. Y esta la pulsera de pedida. —Sin darle tiempo a terminar su exclamación de «¡Qué maravilla!», prosiguió—: Aquí están los periódicos que publican fotos de nuestra boda. En esta, Mauricio me está pisando la cola del vestido sin darse cuenta. Aquí, miss Flynt y el almirante salen del brazo, de la iglesia. Este de la gardenia en el ojal es Sprules, como ves.

Beatriz, completamente aturdida, se dejó caer en la silla más próxima.

—¡Basta! Te creo... Es una novela como las de Mauricio... Pero no puedo perdonarte el que no me lo dijeras.

—Temí que sufrieras aún —murmuró Isabel.

—¿Sufrir? —Beatriz hizo un gesto de picardía—. No, Isabelita. A los quince días de tu marcha ya me di cuenta de que Viera no había sido nada para mí. Yo también tengo un secreto.

—¡No irás a decir que también te has casado!

—Esas cosas solo ocurren en Londres. No me he casado; pero me casaré en cuanto acabe la guerra, si Dios quiere conservarme a Toni...

—¡A Toni! ¿Es posible? —Esta vez fue Isabel la sorprendida—. Verdaderamente... siempre opiné que te admiraba demasiado. —La besó con entusiasmo—. Ahora sí que soy feliz, Beatriz, sin esa sombra, sin el remordimiento de haberte robado tu amor.

—A veces creo que si durante las Navidades me dediqué a enamorar a tu... a Mauricio, fue porque estaba despechada por la simpatía de Toni por Gladys... —Frunció el ceño recordando la escena del invernadero—. Era odiosa. Me alegro de que esté lejos.

—De acuerdo. ¿Te parece que empecemos a merendar? Si no lo hacemos, Mariacho pondrá morro durante una semana. Las dos se sentaron alegremente, haciendo planes para el futuro.

—No —decía Isabel—. Esta vez no dejaré escapar la felicidad.

XIX

h

Diario de Isabel

—Perdone, doctor. ¿Podría dejarme salir durante media hora?

El director del hospital levantó los ojos para ver quién le hacía la anterior pregunta.

—¿Puede ocupar alguien su lugar?

—Mi hermana está libre y hará mi turno.

—Entonces salga a tomar el aire, Isabel. Está usted un poco pálida.

Sonreí al doctor y me eché la capa sobre los hombros, saliendo al campo. Desde la colina divisábase, al otro lado del pueblo, el magnífico aeródromo recientemente construido. Para las doce estaba anunciada la llegada de una escuadrilla, que quedaría en aquella base. Con ella, pilotando su aparato, llegaría mi marido.

¡Volver a verle después de tanto tiempo! El corazón quería salírseme del pecho mientras corría locamente, temiendo llegar tarde. En el cielo no se divisaba ningún rastro de aviones, y por un momento me asaltó la cruel duda: ¡si no llegaran hoy!

Deseché la idea, no queriendo que entibiase la intensa felicidad que sentía. El día estaba hermoso y no había motivo para ningún retraso. Dentro de unos momentos le vería..., iría a él..., le pediría perdón... y... ¿qué eran aquellos diminutos puntos del horizonte? ¿Aviones... o pájaros...? Apreté el paso y al poco rato me detuve ante el hangar. Habíase reunido multitud de gente, en su mayoría militares, que escudriñaban las alturas con la misma curiosidad que yo.

No quería que advirtiesen mi presencia. Conocíanme todos ellos del hospital y me hubieran hecho muchas preguntas, a las que yo no quería responder. Me hice a un lado, procurando pasar inadvertida, cosa un poco difícil, dado lo llamativo de mi uniforme. Pero por fortuna nadie miraba a tierra, y pronto oí un grito que hizo vibrar mis nervios en tensión:

—¡Ya están ahí!

Altos, muy altos, volaban doce aparatos en perfecta formación. Sabiéndose observados, iniciaron unos movimientos arriesgados, que me aterraron, y poco a poco pudimos distinguirlos a simple vista.

Alguien gritó: «¡Vivan los aviadores españoles!», y yo intenté responder con un «¡Viva!» que se ahogó en mi garganta. Los aparatos volaban a ras de los árboles y casi podríamos reconocer las caras de los pilotos. Tenía las manos frías y la sangre se me subía a la cabeza,

cubierta con la toca de enfermera.

¿Sería aquél...? Imposible verlo. Los aparatos no estaban quietos, y eran todos tan iguales...

Descendieron rápidamente y tomaron tierra uno tras otro y de dos en dos, según permitía la anchura del campo. El grupo de militares salió a recibirlos, y yo, aunque deseaba hacerlo, sentí que las piernas se negaban a sostenerme.

Bajó el primer piloto, menudo, moreno, saludando alegremente. No era él. Miré al segundo, fuerte, también sonriente. Volvió la cara hacia donde yo estaba y divisé unas facciones desconocidas. Tampoco... Más allá... Toda la sangre de mi cuerpo afluyó al corazón, contemplando al piloto del aparato que acababa de aterrizar. Aquella figura alta, aquel cabello que brillaba al sol al despojarse del pasamontañas, aquellos ojos claros, aquella cara morena, más delgada que antes y con una expresión de firmeza que la hacía desconocida... ¡Era él! ¡Era mi marido! Intenté andar, y me fue imposible. Una fuerza superior me detenía junto a aquel paredón del hangar... Vi cómo le saludaban todos. Era el «as» de nuestra aviación. Estaba orgullosa de ser su mujer, a pesar de que me sentía tímida e insignificante, ocultándome tras la pared. Si consiguiese reunir fuerzas... y llegar hasta él... ¿Qué cara pondría? ¿Me hablaría cariñosamente, después de nuestra última entrevista, o me dirigiría una mirada de hielo semejante a la que me lanzó desde la puerta de mi cuarto en el hotel «Tudor»?

No... Nunca me atrevería a presentarme así. Por un instante temí que me advirtiera, pues todo el pelotón de militares se dirigía hacia donde yo estaba. Un temor ridículo impulsome a correr. Y corrí en dirección al hospital, incapaz de saber por qué lo hacía... Desde lo alto de la colina contemplé el hangar, donde le vi recibiendo felicitaciones de sus camaradas.

—¿Le has visto?

Beatriz, tan nerviosa como yo, atisbaba mi llegada saliendo a mi encuentro.

—Sí —dije confusa—. Le he visto, pero no me he atrevido a acercarme.

Entré en el hospital, sin fijarme en que mi hermana echaba a correr ladera abajo.

La sala, llena de sol, me pareció fría y poco iluminada. Estuve impaciente con los heridos, en particular con Achmed, que no se dejaba poner la inyección.

Desinfectando la jeringuilla, ante la mesa de madera blanca, pensaba en mi estúpida cobardía, cuando me sentí cogida por los hombros y levantada en vilo. Y oí la voz adorada pronunciar como antes, como siempre, mi nombre:

—¡Isabelita!

No supe qué responder; rodeé su cuello con mi brazo, y allí, ante los heridos de mi sala, nos dimos el primer beso... después del que me diera en el torreón.

Cuando volví a tierra vi la divertida cara de los soldados y la de Mauricio, que, lanzando su acostumbrada exclamación indefinible, explicó, con alegre sonrisa:

—Es mi mujer y no la veo hace muchos meses...

Lo que ocurrió después apenas lo recuerdo. Creo que alguien aplaudió. Otros dieron vivas a los héroes de la aviación y a las enfermeras que cuidaban a los soldados de España. Y cuando salíamos de allí buscando la soledad para explicarnos, oí la voz de Achmed que decía:

—Morito estar contento. «As de trimotor», marido de niña. La niña, mujer del «as del trimotor». Los dos se quieren... y morito no se pone inyección.

Lentamente nos dirigimos a la playa, que ofrecía una soledad invitadora. Allí, ante el mar azul que rompía suavemente a nuestros pies, oculté mi cabeza en su pecho, sobre la guerrera que pronto ostentaría la más alta condecoración militar.

—¿Quién te dijo que estaba en el hospital...?

—Beatriz. Y, además, ya lo sabía. Por eso pedí venir a este frente. Ni un instante he dejado de saber de ti por mediación de tu tía. Pero le prohibí, para castigarte, que te dijera nada.

—Mauricio..., ¿podrás olvidar mis tonterías? —supliqué.

—Imposible —dijo con fingida seriedad.

—Yo te juro que jamás, jamás volveré a ser injusta.

Tapó mi boca con su mano.

—No digas que jamás lo harás, Isabelita. Entonces dejarías de ser tú, y yo te quiero tal como eres. —Alzome otra vez en vilo, con sus fuertes brazos, a la altura de su cara—. Es otra cosa la que no te podré perdonar —dijo.

—¿El qué? —Antes de que hablase había adivinado su respuesta.

—Que hace diez minutos que he llegado y no me has dado más que un beso..., ¡y me debes tantos, tesoro mío! Pero un minuto después mi deuda quedó saldada.

XX

h

—Mauricio, hijo mío... No os entretengáis demasiado allá arriba y volved a la hora del té. Ya sabéis que adoro la puntualidad.

Tía Patricia, con su consabida labor de punto y sus gafas cabalgándole sobre la nariz, hizo esta observación al joven matrimonio, que emprendía la ascensión de la montaña.

—Si no se lo advierto, volverán a la hora de cenar —explicó a su interlocutora, la bonísima doña Asunción, que acariciaba al perro acurrucado en su falda.

—El amor hace olvidar el estómago... —comentó esta.

Miráronlos alejarse, llevando el joven su brazo izquierdo en cabestrillo, a consecuencia de las quemaduras sufridas en un accidente, del que salió ileso por un milagro.

Subía la pareja lentamente al Pico del Moro, complaciéndose en recordar a cada paso los mil detalles que les sugería aquel camino.

—Aquí me dijiste aquella madrugada: «¡Cuánto siento molestarle, señor Viera...!» —recordó Mauricio.

—Y tú contestaste: «No es molestia». Pero tu cara demostraba lo contrario.

—¡Qué tonto fui, Isabelita!

—¿Tonto por qué?

—Por no haber sido yo el que te encerrase a ti...

Rieron ambos. Llegaban a lo alto del torreón y detuviéronse a contemplar el valle, en el que se destacaba la silueta de «La Rinconada», cubierta de flores, y más lejos «Los Abetos», que apenas se distinguía entre el tupido ramaje de los árboles.

—¿Entramos en el torreón?

Por toda respuesta encaramose la muchacha en lo alto y mostró la llave como un trofeo victorioso.

—Esta vez entrarás tú antes —dijo Mauricio—; aunque tropieces con las castañas...

—Enciende una cerilla.

—¿Para qué? Si hay algún ratón, no te molestará a ti...

Y cogiéndola con el brazo sano, la levantó en vilo.

—Vamos a tropezar y caeremos rodando —aseguró Isabel, sintiéndose inmensamente feliz.

—Imposible, mi vida. Conozco este lugar como la palma de mi mano. ¿No ves que estuve seis horas buscando una salida?

Isabel le obligó a callar del modo que lo hacía siempre. Y, cosa rara, ni una sola vez protestó Mauricio de aquella manera tan

agradable de imponer silencio.

—Isabel... —murmuró al cabo.

—Dime, Mauricio.

—Repite aquello que dijiste aquí...

—¿Para qué? —rehusó, turbada aún por el recuerdo.

—Porque estabas deliciosa. ¿No me darás ese gusto?

Libertose ella de sus brazos para complacerle.

Y alejándose unos pasos le miró con aire retador, pronunciando las palabras que jamás mujer alguna dirigiera a un hombre:

—Sencillamente:

LE HE RAPTADO A USTED, SEÑOR VIERA...

FIN

h

h

Otras obras de Luisa María Linares
Publicadas por la Cuadra Éditions

Solo volaré contigo.
Esta semana me llamo Cleopatra.
Soy la otra mujer.
Escuela para nuevos ricos.